

REVILL VIVE EN EL BOSQUE





Vive en el bosque

Tyrone Revill

Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.

PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798510995251

Diseño de la portada:

Luis Perozo Cervantes

Correcciones:

Álvaro D'Marco

Diagramación y maquetación:

Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com

+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

A Stephen King, el maestro más grande.

Contenido

Nota del autor	7
Capítulo 1: En el valle de la muerte.	11
Capítulo 2: Hogar	23
Capítulo 3: La sombra	40
Capítulo 4: Un tipo simpático	45
Capítulo 5: El rapto	51
Capítulo 6: Fantasmín.	59
Capítulo 7: San Quinting	75
Capítulo 8: Kuzimu	77
Capítulo 9: Brujas y demonios	85
Capítulo 10: Un paseo por el bosque	93
Capítulo 11: Economía y religión	101
Capítulo 12: Cuando los perros aúllan	105
Capítulo 13: Días lluviosos	111
Capítulo 14: Taijitu	119
Capítulo 15: La fiesta	129
Capítulo 16: La danza de sangre	133
Capítulo 17: En el corazón de diablo	147
Capítulo 18: Henry Camacaro	151
Capítulo 19: Lo inefable	155
Capítulo 20: Fuego Negro	159
Capítulo 21: El Monstruo	167
Epílogo	173
Agradecimientos	179

Nota del autor

Sáncrito es una ciudad ficticia ubicada en el estado Miranda, al norte del Parque Nacional Guatopo en Venezuela. He utilizado datos reales acorde al año correspondiente para ambientar la trama.

El Clordano es una sustancia química real, sin embargo, los años de vigencia difieren de las fechas utilizadas en la novela. La Montaña de Sorte es un monumento natural al cual acuden espiritistas y religiosos cada año para rendir homenaje a la Diosa María Lionza. Mucha información es parte de mi imaginación.

Todos los personajes son ficticios, cualquier implicación o parecido son, en efecto, pura coincidencia.

Titular de EL HERALDO (25.10.15):

MASACRE EN SANCrito: TIROTEO DEJA seis MUERTOS Y DOS HERIDOS EN EL MERIDIONAL DE LA CIUDAD

La masacre fue perpetrada durante la noche de este sábado en el sector Las Calles, zona residencial que colinda con el Parque Nacional Guatopo.

El autor del siniestro fue identificado como Héctor Carver, quien...

Extraído de La Casaca Roja, págs. 4 y 5:

Al menos doce personas se encuentran desaparecidas tras el tiroteo de sancrito.

Las autoridades de Venezuela informaron este domingo (25.10.2015) que buscan a doce personas reportadas como desaparecidas tras el tiroteo que tuvo lugar el viernes pasado conocido como la masacre de Sáncrito.

Entre los desaparecidos se encuentran los estudiantes Nicole Lusinchí, Sasha Carreño, Christian López y Kevin Varela, quienes presuntamente se dirigían a una fiesta en...

Entrada del Blog del licenciado en comunicación social Gerardo Villaroel.

Sobre el misterio de la ciudad de Sancrito. Van ya treintaidós desaparecidos este mes.

En lo que va de mes se han reportado más desapariciones y eventos violentos que en los últimos 3 años en la ciudad de Sánrito.

Según el informe más reciente del CICPC, el perfil de los desaparecidos comprende tanto adultos como adolescentes y niños, por lo que no existe un patrón fijo en el perfil de las víctimas. La primera desaparición se registró el primer día del mes con Meredith Marques de 15 años de edad. A partir de entonces las cifras no han hecho más que aumentar a medida que transcurrían los días. Asesinatos, violaciones, suicidios y agresiones en masa son de las fatalidades que podemos encontrar en los informes de la policía, la cual ha visto sus fuerzas mermadas desde los hechos posteriores a la famosa masacre de Las Calles donde varios uniformados fallecieron en servicio en sus labores de protección de la población. Considerando el largo historial criminal de Sancrito, es evidente que algo pasa allí desde hace años. Las cifras son tan alarmantes que rayan lo inverosímil y no me explico cómo es que no ha llegado a más oídos. Además de la evidente ausencia de medios de comunicación de calidad en el país, pareciera como si Sancrito fuese algún secreto indeseable, un tema tabú de la localidad que lleva sufriendo durante décadas un descenso gradual e indetenible de su población...

Capítulo 1: En el valle de la muerte.

Ciudad de Sancrito, Municipio Acevedo, Estado Miranda. 9
de Octubre de 2015.

Héctor Carver estacionó en el arcén de la avenida Cloris; el impala negro dejó de rezongar en cuanto quitó la llave del contacto dejando que el silencio se reanudara en la desértica calle. Consultó su reloj de muñeca: 9:13 pm. Era buena hora, no tan temprano como para estar tan concurrido ni tan tarde como para tratarse de una soledad inhóspita. La oscuridad hacía juego con el auto, fundiéndose con la carrocería y haciéndolo parecer un negro y reluciente pedazo más de la noche. Se retrepó cómodamente en el asiento de cuero sintético y clavó la mirada en la calle: vacía, lóbrega. Por las mañanas solía pasar el juvenil grupo de scouts hasta la avenida principal diez cuadras más adelante, seguidos por los corredores y ciclistas. A eso del mediodía concurrían los testigos de jehová y liceístas, hasta que por la tarde el repertorio de transeúntes se reducía a individuos casuales que iban seguramente a la plaza o al mercado. Ya por la noche, de vez en cuando, algún que otro mocoso iba por ahí con su pareja o algún viejo triste llegaba del trabajo desde la parada de bus, doblando la esquina por la principal. Era un vecindario tranquilo, corriente. Y solo.

Héctor encendió un cigarrillo y extravió la mente en la pelea del próximo sábado. Vivir solo provocaba dependencia a algunas actividades en las que se perdía por horas hasta casi desconectarse por completo de la realidad: películas, series, torneos deportivos, pornografía... Podía pasar horas frente a una pantalla viendo casi cualquier cosa sin inmutarse. También le gustaba bastante el boxeo y el UFC. Esas peleas eran lo más cercano al tipo de entretenimiento que más le llamaba la atención, al menos de manera legal. Muy divertidas las películas y todo, pero una vez que le agarras el gusto a ver sangre real, pocas veces la ficción podía suplir el morbo. Incluso viendo el UFC, fantaseaba con la idea de que peleaban a muerte. Luego estaba el cigarro, otra de sus manías favoritas.

Había empezado a fumar desde los once años y desde entonces no paró, y cuando no lo hacía, era cuestión de tiempo para comenzar a malhumorarse. Además, había descubierto que fumar lo sumía en un estado como de sosiego, pero también de lucidez, en el que podía quedarse completamente inmóvil, nada más que respirando, con cada sentido funcionando a plenitud; era algo casi místico. Esperar podía llegar a ser insufriblemente aburrido en ocasiones como esa, pero cuando la nicotina entraba en su sistema era capaz de esperar toda la noche si era necesario.

Casi una hora después, mientras terminaba el tercer cigarro y recorría con la yema del pulgar los contornos de la mujer de acero del yesquero, apareció alguien. La silueta estaba aún muy distante como para tomarle bien las medidas, pero parecía alguien menudo, joven, de paso despreocupado. Arrojó la colilla por la ventana y se inclinó para divisarlo mejor. Las farolas a un costado de la calle le iluminaron el rostro ya a pocos metros: era un adolescente, un chico. Iba caminando con los audífonos puestos y la mirada al suelo, moviendo la cabeza al ritmo de lo que sea que estuviese escuchando, aparentemente ajeno al mundo. El cabello negro, largo y apelmazado bajo un gorro verde oscuro de lana, una cara de virgen indeleble, la ropa holgada y desteñida, la mochila escolar donde llevaría más porros que cuadernos y los Converse desgastados. Un hippie de mierda.

Héctor exhaló el último vapor del cigarro en una sonrisa que se habría visto desde la calle a pesar de la oscuridad.

2

El mundo de Marco no era el solitario arcén por el que caminaba, ni los árboles ni las casas alrededor, su mundo era música a todo volumen, emoción y deseo. Foo Fighters desgarraba el silencio con un solo de guitarra al son de sus lascivos pensamientos, todavía no creyendo su suerte. Es que Sasha estaba demasiado buena, una joyita codiciada por la plebe de bachillerato, cotizada en valores inalcanzables para alguien como Marco; y sin embargo, allí estaba él, regresando de su

casa. Evidentemente, sus amigos no le creerían, le dirían que dejara de drogarse con piedra de la mala, que no se fumara vainas vencidas. Desde un inicio, sabía que visualizar a Sasha con él era un auténtico reto, un muchacho solitario, taciturno, inadaptable a su medio; en cambio Sasha era de las que subía una foto a Facebook y medio colegio reaccionaba, de esas que desde joven prometen una vida de atención y aceptación social; simpática, coqueta, risueña, y por sobretodo, bella. Su anterior novio había sido el mismísimo J. Ray, quien ahora rapeaba para una disquera y se había convertido en una celebridad local.

Pero no era Ray quien había estado con Sasha ese día, era él, Marco Pascal, “El Periquero”, como le decían en el salón. Claro, el pretexto de ella había sido que le ayudara con las prácticas de física, pero no era posible que sólo lo hubiese invitado por eso. Había estado tan cerca de él, que por un momento, más allá del perfume, inhaló la fragancia de su cabello, pura miel y flores, cuando ella se dio cuenta, lejos de evadirlo, le echó una mirada que poco dejaba lugar a dudas.

Iba tan eufórico, tan distraído con sus pensamientos y la música a todo volumen, que cuando vio el carro estacionado a un lado de la calle y al hombre acercándose a él, ya era demasiado tarde.

Inmediatamente notó el cañón del arma apuntándole justo al pecho. La impresión fue tal que se quedó paralizado, como de un corrientazo, alzando las manos instintivamente sin fijarse en nada más que el oscuro túnel por donde podría asomar la muerte en cualquier momento. Notó entonces que el hombre le hacía señas para que se quitara los audífonos; por escasos segundos, hasta se había olvidado por completo de la música. —Teléfono —exigió el asaltante una vez Marco se los quitó. Iba todo de negro, desde las botas, el pantalón, la camisa, la chaqueta de poliéster con la cremallera abierta, la gorra y la bandana sin estampado que le cubría de la nariz para abajo. La farola más cercana hacía unos intentos patéticos por develar las características del hombre, pero pudo notar que era considerablemente más fornido, más alto, de voz áspera y profunda, y debido a la leve inclinación de la visera de la

gorra, no podía atisbar sus ojos.

Marco le entregó el teléfono sin titubear. Los audífonos se fueron colgando con él. Lástima, era un buen teléfono, de fiel batería y más que decente memoria donde tenía cientos de canciones, fotos y videos, sin mencionar todos sus contactos. Tendría que revisar su cuenta de ahorros en cuanto llegara a casa y averiguar los precios de un teléfono nuevo. El hombre se lo embolsilló en la chaqueta y, sin dejar de mirarle ni de apuntarle, le extendió algo, una especie de bolsa.

—Póntela —Marco recibió la funda de algodón negro. Ahora estaba confundido. No podía dejar de mirar el arma, pero tampoco quería perderse nada de lo que hacía o decía el hombre. Se acercó la funda a la cara con un gesto interrogativo.

—Póntela —apremió el desconocido.

Marco se cubrió la cabeza con la funda. Escuchó las pisadas del hombre muy cerca, sintió unas manos firmes sobre sus temblorosas muñecas que le obligaban a ponerlas tras su espalda y luego algo que le apretaba. Lo estaba atando. ¿Qué se supone que hacía? ¿Era para que no pudiera seguirlo o reaccionar mientras se escapaba? Comprendió lo peor cuando lo hizo caminar en dirección hacia el auto que había visto. La boca se le puso muy seca de repente, seguido de un hormigueo por toda la lengua y la garganta, las rodillas le fallaban y el sudor, de un segundo a otro, lo sintió como salido de una nevera en vez de su cuerpo. Lo estaban secuestrando.

Lo tiraron sobre lo que supuso era el asiento trasero. Era un error, no tenía qué ofrecer, su madre vivía al día con las cuentas y su padre había desaparecido antes de que él y su hermano nacieran. Tenía que hablar, tenía que explicarle.

—Por favor —en vez de la calmada y firme voz que había pretendido que saliera, lo que emitió fue un patético graznido tembloroso—, yo no... —un doloroso impacto en la frente le oscureció la vista más de lo que ya estaba bajo la capucha.

—No hables hasta que yo te diga, ¿entiendes? —tras recuperarse del golpe, asintió frenéticamente— Si empiezas a gritar, te mato. Un solo tiro. Aquí —le dio un golpecito con el cañón del arma entre ceja y ceja— ¿Entiendes? —volvió a asentir y escuchó cómo cerraban la puerta y encendían el auto.

No podía estar pasando ¿Cómo era posible? Hace un momento estaba convencido de que era el chamo más afortunado del colegio, y de pronto, porque al destino le dio la gana, estaba secuestrado por quién sabe quién, encapuchado y maniatado en el asiento trasero del carro de un hombre armado y enorme. Por más que lo intentó, no pudo controlar el llanto, las traidoras lágrimas le corrían por las mejillas y el nudo en la garganta se tensaba cada vez más hasta que le dio la impresión de que aunque dependiera de su vida y de su salvación, no podría emitir ni el menor ruido.

El bamboleo del viaje le pasó indiferente bajo la andanada de pensamientos y miedos que cosechaba en su mente a medida que transcurrían los minutos. ¿Qué haría en cuanto el hombre abriera la cajuela? Si salir corriendo a la menor oportunidad, si luchar... Sabía que el desenlace de cualquiera de esos escenarios no era muy alentador. Estaba atado, cegado y acorralado. Se veía superado en herramientas, tamaño, fuerza y sentidos. Lo único que le quedaba era intentar guardar la calma y pensar con claridad, estar atento a lo que ocurriese y a lo que le preguntase el secuestrador y de repente aumentar sus chances de vivir. Pensó en su madre, que estaría esperándolo en casa y que a medida que viese el reloj se preocuparía cada vez más. Pensó también en su hermano, en sus amigos... Hace unos momentos Sasha era lo único que ocupaba su mente y ahora ni siquiera estaba al final de la fila de sus pensamientos. Sólo quería llegar con vida a casa y abrazar a su madre, algo que nunca creyó que desearía tanto.

¿Qué hago, mamá? Ayúdame ¿Qué hago?

Recordó todas las veces que su madre se sentó en su cama junto a él luego de que los terrores nocturnos le devoraran el sueño. Marco gritaba y allí aparecía ella, no importaba la hora que fuera. Por más fuerte que gritara ahora, su madre no lo escucharía, seguramente nadie lo haría, y conseguiría que le metiesen un tiro.

—Ya, Marquito —el recuerdo era tan vívido que casi podía sentir su mano frotándole el pecho— Acuérdate de lo que siempre te digo: cuando tengas mucho miedo, clama la sangre de Cristo para que te proteja.

«Aunque ande en valle de sombra de muerte,
No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo;
Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.»
Era de los salmos que más repetía su mamá. Hacía que él lo recitara para volver a dormir.

Marco murmuró el salmo una y otra vez, pero muy a su pesar se convenció de que realmente lo que lo hacía volver a dormir era escuchar la voz de su madre en la oscuridad. De todas formas, siguió rogándole a Dios que lo sacara de ahí. Le juró que le pondría más empeño a su vida, a sus notas, a sus relaciones. Querría más a su familia, dejaría de fumar hierba y de desperdiciar el tiempo en idioteces.

Por amor a Dios, no quería morir.

Luego de lo que no supo si fue una eternidad o un par de minutos escuchó la puerta de la cajuela abrirse y las manos firmes y agresivas de antes lo jalaban de la camisa para que saliera. Iba a hablar hasta que recordó el culatazo en la frente y le ardió por puro instinto.

Lo hizo caminar frente a él, aún esposado y con la cara tapada, por un camino de tierra que improvisaba en pasto de a veces. Tenía la camisa húmeda de sudor y los miembros comenzaban a temblarle otra vez e hizo acopio de todo el autocontrol que pudo para no demostrar lo aterrorizado que estaba. Seguro hasta tenía el calzón cundido en mierda y no lo sabía.

La oscuridad dentro de la funda que era ahora su mundo se alumbró un poco cuando se aproximaron a lo que supuso (le llegó el olor a pinos y humedad) era una casa en alguna zona boscosa, lejos de la carretera, lejos de la ayuda. Más adelante unos fuertes ladridos quebraron el silencio nocturno; dos o tres perros, calculó, y por el volumen, la gravedad de los gruñidos y la rítmica ferocidad de cada ladrido, supo que eran enormes, unos Doberman o algo así.

—Para —le indicó el hombre detrás de él.

Sintió que le revisaba los bolsillos y le sacaba las llaves y la cartera. Luego le desabrochó el cinturón y le bajó los pantalones y los interiores. Fue suficiente para que perdiera de golpe todo el autocontrol que había reunido; el frío nocturno

le hizo apretar las nalgas y supo que la carne se le ponía de gallina en las piernas. La monstruosa combinación de frío y terror le hicieron reanudar los temblores, y no tardaría mucho en mearse dependiendo de lo que pasaría a continuación. Lo tumbó de una patada al hueco de la rodilla y en vez de aterrizar en el suelo, sus manos frenaron en una especie de tocón de madera.

Como el que usaban en otros tiempos para decapitar gente.

Manipuló las cuerdas de sus muñecas y se dio cuenta de que lo había atado a una parte del tocón, de modo que quedó de rodillas inclinado sobre el sobre el objeto. El hombre hizo callar a los perros de un grito, dando paso a un silencio que le pareció peor que el escándalo. Así Marco se hizo más consciente de su propia respiración agitada, de la copiosa película de sudor que le cubría todo el cuerpo y de los desbocados latidos de su corazón, que lo sentía en la garganta. ¿Le cortaría la cabeza? ¿Lo sodomizaría? ¿Lo torturaría? La incertidumbre se hacía incluso dolorosa, y mientras más segundos transcurrían, más transpiraba y más le costaba respirar.

—¿Cómo te llamas? —Por la claridad de la voz, supo que se había quitado la bandana. Venía de algún lugar detrás de él, y le extrañó porque preguntaba eso si probablemente ya había registrado su cartera.

—Marco —respondió entre jadeo y jadeo.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete.

—¿Qué hacías solo tan tarde en la calle, Marco?

—Estaba en casa de una amiga.

—¿Una amiga? —la monótona voz cobró un pequeño matiz de curiosidad— ¿Y tu novia? ¿Tienes?

—No.

—¿Eres virgen?

Un acceso de llanto interrumpió la conversación. Cada neurona, cada fibra de su cuerpo, le indicaba que iba a morir. No sabía exactamente por qué, puesto que el chiste de un secuestro era mantener con vida a la víctima, pero algo en el ambiente, algo en la voz del desconocido, algo en el aire...

apestaba a muerte.

—Responde —insistió con inusitada serenidad.

—Sí...

—Marco de diecisiete, virgen. Muy bien —escuchó como inhalaba y exhalaba profundamente, no supo si de excitación o de cansancio—. ¿Qué crees que vaya a pasar ahora?

Marco intentó concentrarse y decir lo adecuado, aunque nada se lo parecía.

—No sé... contactar a mi familia. Pedir una recompensa —otro silencio, más pesado que el anterior, y Marco se sintió como si fuera una cucaracha bajo la indecisa suela de un hombre que no sabía si aplastarla o dejarla ir.

—¿Qué dirías si te digo que estas a punto de perder la virginidad?

El estómago se le revolvió. No sabía cómo no estaba vomitando el almuerzo en ese momento.

—Por favor —masculló con la voz quebrada—, no me haga daño.

—No te confundas —el comentario le llegó entre risas apagadas—, no soy maricón.

Tenía miedo de preguntarle a qué se refería entonces. Escuchó cómo se movió de su sitio, caminando por la izquierda, hasta que el inconfundible sonido de unas cadenas y unas llaves lo alarmó: los perros. Los ladridos se reanudaron y nuevamente oyó al hombre hacerlos callar. Un hocico frío le hizo cosquillas por la nuca. La proximidad del animal le dio de nuevo la impresión de que era gigantesco, y por sus jadeos y su agitación, que era capaz de matarlo en apenas un instante, con tan solo una orden de su amo. Marco comenzó a llorar, de nuevo suplicó, imploró, pero la única respuesta fue una voz fría, cruel:

—Anda, muchacho. A él.

3

Héctor se estiró y tronó el cuello; miró el reloj: 6 de la mañana. Se preguntó si habría valido la pena otra noche sin dormir (debido a su insomnio, agradecía cada minuto de sueño por las noches) y se dijo que iría a acostarse apenas terminara de limpiar el patio.

La sangre apenas y se notaba en las zonas donde la grama estaba alta, pero en el claro frente a la parrillera había charcos que tendría que disipar con el chorro de la manguera.

A esa hora los padres del chamo ya estarían denunciando la desaparición con la policía, si es que se aguantaron de no hacerlo a altas horas de la noche. Registrarían la zona sur de la ciudad, pasando por los sectores limitantes con el parque nacional: El Prado, Villa del Mar, puede que el sector Los Robles (donde estaba la calle Cloris) y terminando, según sus cálculos, a lo largo de unos dos o tres kilómetros de la avenida principal, al suroeste. Por supuesto, la policía sabía que si el muchacho no se había quedado en casa de alguien y olvidado de avisar a sus padres, sino que le había pasado algo en el bosque, no volverían a verlo jamás. Todos en Sancrito estaban al tanto de la historia del bosque, esperaba que con eso las autoridades vean con resignación el caso como otro de esos callejones sin salida a los que se han estado enfrentado por décadas.

Con un récord de desapariciones por año, Sancrito era el lugar perfecto donde vivir sin ser molestado. El bosque y la montaña habían generado tanta inquietud por tanto tiempo que la gente se había vuelto supersticiosa y estúpida, y cuando había alguna desaparición la culpa recaía de inmediato en la misteriosa fuerza escondida entre la selva, de modo que cuando mataba a alguien, las investigaciones no lo involucraban. No demasiado. Después de todo, era de las pocas personas que vivía tan apartado de la ciudad, en lo que se consideraría la zona de peligro, y ya en una ocasión las autoridades habían llegado a su puerta para hacerle algunas preguntas.

Los perros ya se habían calmado desde su llegada, pero podía oírlos olfatear el resquicio bajo la puerta del cobertizo y las

constantes pisadas en la tierra. También tendría que revisarles los dientes en caso de que haya quedado algún pedazo delator que más tarde podrían escupir frente a la policía, si es que se presentaban por allí. Los dejó salir y ató las cadenas a la trampilla del sótano. Agramon, Atila y Goliat olfatearon el terreno y lamieron la sangre en la tierra. Eran perros gigantes y musculosos, alertas en todo momento. Agramon era un Pitbull castaño, robusto, de temperamento por lo general sosegado, y hasta se podría decir que alegre; era el que más cariño le pedía, y a diferencia de los demás, no parecía un simple animal salvaje. Agramon tenía una inteligencia en los ojos que le resultaba desconcertante. Luego estaba Atila, un Doberman altísimo, esbelto, no tan musculoso pero estaba seguro que era el más rápido; también era el que menos ladraba, él se limitaba a mirar a su presa, escrutarla, y apenas escuchaba la orden... Y por último Goliat, un verdadero demonio encarnado, un Rottweiler particularmente feo y atemorizante, violento y malhumorado.

Cómo se había ensañado Goliat con el muchacho. Incluso al final, cuando se lo comía, parecía como si lo torturara a propósito, destazándolo pedazo a pedazo con esos amarillentos dientes.

Marco había sido un entretenimiento encomiable pero olvidable, una simple distracción nocturna que ya mañana desdennaría con rapidez. Habría preferido a una mujer, siempre resultaba más satisfactorio lastimarlas y hacerlas gritar, sin mencionar que podía satisfacer otro tipo de necesidades. Por el contrario, con Marco dejó que Goliat lo desvirgara para después, una vez humillado y sangrante (la forzosa separación del animal le había provocado lesiones en el ano), acabarlo con los múltiples instrumentos de los que disponía en su caja de herramientas. Matar así sin más no tenía ningún sentido. Primero los ablandaba, los rompía física y psicológicamente y concluía con una puñalada al corazón u otro órgano vital. A veces el shock los desvanecía antes, otras veces morían desangrados, otras duraban más de lo previsto; cada caso era distinto, especial, vigorizante. Pero bajo ningún concepto debía mantenerlos con vida, por más placer que le proporcionase.

Una víctima viva podía escapar, podía gritar en el momento menos indicado, podía atacarlo durante el más mínimo descuido. Nunca había que subestimar al ganado por más grandes que fuesen sus colmillos de lobo. Ya por la mañana debía borrar toda evidencia o rastro que pudiese incriminarlo, intentar hacer parecer que esa persona jamás pisó su propiedad. Ya casi estaba todo listo cuando, en el momento en que enrollaba la manguera, un ruido lo hizo detenerse en seco. Levantó la vista. Provenía del bosque, de muy lejos, pero había sido tan potente que el eco le llegó con total claridad. “Una bestia” fue lo primero que pensó. No estaba seguro si había sido un rugido, un grito o un derrumbe. Un derrumbe... no seas imbécil, Héctor. Y sin embargo así había sonado también, como una mezcla entre un grito humano, llevado a tal extremo que desgarraría las cuerdas vocales, un rugido como de oso o de un león, y un estruendo atronador que no supo identificar si provenía del mismo ser. La mezcla resultaba en un grito monstruoso, demoníaco.

—Ya estoy como esos lugareños —le dijo a Agramon—. Demonios, brujas y monstruos, ¿verdad? —el perro, limitado por su cadena, intentó acercársele. Agramon había sido el primero, el consentido— A veces tu papá piensa estupideces ¿Verdad que sí? —colgó la manguera del grifo y terminó de guardar las cosas.

Era una mañana sosegada, brillante, y el efímero rocío previo al alba escarchaba los pinos de la infinita arboleda. La casa de Héctor estaba ubicada sobre una loma al linde del bosque, justo frente a un amplio claro que le brindaba una vista admirable del denso aglomerado arbóreo que se extendía como un manto hasta donde alcanzaba la vista, arrojando la montaña y estribaciones del erizado verde de los pinos.

El océano verde, pensó, y tal como en el océano, perderse sería muy fácil. Y, también como en el océano, no sabías qué te podría estar acechando desde las profundidades.

Capítulo 2: Hogar

Del sedán blanco se apeó un hombre alto que traía una chaqueta café abierta y una camisa color crema a juego con su cabello. Los ojos, de un azul frío, casi nívco, no cejaban de escudriñar el viejo edificio frente a él. Al caminar, se le adivinaba bajo la chaqueta la funda del arma ceñida a los jeans. Se acercó lentamente, como si la estructura fuese algún animal asustadizo. La fachada era un gran rectángulo de concreto gris oscuro, con hileras de columnas que delimitaban los pasillos exteriores a cada lado de la entrada.

La hemeroteca de Sáncrito.

Sin quererlo sonrió con el añejado sabor del recuerdo y entró por la tosca arcada de mármol. Lo primero que vio al entrar fue la recepción, donde el tapiz amarillento de las paredes comenzaba a desprenderse en las orillas superiores justo en las esquinas. En la amplia taquilla, sentado y encorvado, un hombrecito solitario se encontraba sentado tras el mostrador sin apartar la vista un monitor. Lo reconoció al instante. Luego lo saludaría, sabiendo que a él no lo recordaría.

Se fue por un pasillo a la izquierda y llegó a la gran sala; hileras de mesas y sillas de caoba oscura se disponían por toda la estancia en filas. Las paredes eran bibliotecas que se extendían de lado a lado en ambos pisos. Del elevado techo colgaban lámparas de capota ocre que proyectaban una luz lóbrega y atenuada que le daba un aire viciado a la estancia. La hemeroteca local, tal y como la recordaba, siempre había sido un antro vacío y fosco adonde solo iban los viejos y maestros a pasar las tardes leyendo libros y jugando ajedrez. La única diferencia de entonces era que ahora había computadoras, pero por lo demás, después de tanto años, ni quisiera habían cambiado de recepcionista.

Fue directo al pasillo lateral derecho, donde estaban las máquinas, y se sentó frente a una Windows 7 a comenzar las indagaciones, empezando por el 13 de abril de 1914.

Tecleó y clicó por al menos una hora, sacando toda la información de diversas fuentes y periódicos y adjuntándola en un archivo Word. Imprimió como mínimo dos docenas de imágenes en tamaño carta y todos los artículos que encontró y los llevó a la taquilla. El hombrecito levantó la mirada del monitor con un amplio movimiento para verlo a través de las gafas de semiluna. Como se esperó, no dio señales de reconocimiento alguno.

—¿Quiere una carpeta? —le preguntó al tiempo que pasaba factura.

—Sí, por favor —respondió con una sonrisa discreta—. Sigue igual que siempre, señor Morrison.

—Lo mismo digo de usted, señor Müller.

Erick Müller lo miró, atónito.

—Llevo más de veinte años fuera de la ciudad ¿Cómo me reconoció?

—Como usted sabe, nunca fui un hombre muy sobresaliente en nada, sólo un viejo bibliotecario. Pero puedo asegurarle que existen dos cosas en este mundo en las que soy un verdadero monstruo: el ajedrez —señaló el monitor con su lapicero y luego lo miró a los ojos— y las caras. Jamás olvido una.

Salió del complejo sosteniendo la carpeta y se detuvo un momento para contemplar nuevamente los alrededores. La calle que conectaba con el estacionamiento iba flanqueada por arboledas, bifurcándose en numerosos caminos y cruces solitarios. Sáncrio era de esas ciudades que se entremezclan armoniosamente con la naturaleza, de modo que en cada esquina a la que ibas te veías rodeado tanto de gris como de verde. La zona circundante a la hemeroteca se constituía de avenidas, prados recortados, edificios residenciales de cuatro pisos y locales apiñados frente a las aceras. En general, daba la impresión de ser un lugar tranquilo y cómodo, pero Erick sabía muy bien que distaba mucho de serlo.

Sáncrio era una de esas ciudades apartadas, escindida de las demás urbes por kilómetros de monte tupido, montañas y arboledas que parecían no tener fin. Alguien que viniese de Caracas, como Erick, tendría que ir a primero a la ciudad de

Guatire, agarrar la troncal 9, vía Higuerote, y doblar al suroeste hasta Aragüita. Cruzando la parroquia hacia el este se llega a otra carretera solitaria y casi oculta entre los árboles que eventualmente lleva a los senderos de Sáncrio, la ciudad tras la cordillera.

La única forma de entrar o salir por la ciudad era por la autopista municipal Juan Palacios, y una de las avenidas que colindaba con ella era la 17. Desde que tenía memoria, su familia siempre le había enseñado a temer a la avenida 17. Otro de los malos augurios que tan bien recordaba. Su vida allí había sido tan efímera como un sueño, y muchas de las cosas extrañas que percibía habían sido enterradas en lo profundo de su psique; pero ahora que estaba allí otra vez, en carne y hueso, estas afloraban como hiedras tóxicas en un huerto. Sáncrio daba miedo, y eso no lo recordó sino hasta ahora.

Se metió en el carro y salió a la deshabitada avenida. Todavía faltaba para el anochecer, de modo que decidió pasar primero por el café de Barto.

Tocó corneta y el vigilante del estacionamiento, el señor Guillermo, le abrió el portón enrejado con una pereza contagiosa. Había tardado más de la cuenta en el café y el último rayo de sol había fallecido hacía una hora. Los faros del sedán dispersaron la oscuridad del pequeño recinto, desvelando las placas y farolas de los demás autos estacionados. El espacio era muy limitado, por lo que le costó aparcar sin rozarse con nada. Cuando retiró la llave la penumbra engulló de nuevo el lugar y Erick se apeó con un extraño escalofrío; no había luces de ese lado del edificio; el transformador que daba energía a ese lado de la cuadra estaba averiado, de modo que ni el estacionamiento ni la calle adyacente con sus aceras estaban iluminadas. La única luz que se veía era la de la linterna del vigilante, que apagó cuando volvió a su caseta para seguir durmiendo. Estaba tan oscuro que cualquiera podría estar a menos de cinco metros de Erick y él no sería capaz de verlo. Usó la linterna del celular y se dirigió a la entrada del edificio. Una vez en la recepción, ya con luz y aire acondicionado, la mujer del mostrador le saludó con un

ademán y siguió leyendo su revista.

—Úrsula —la saludó él de vuelta y se metió al ascensor.

Lo que se supone era el ascensor apenas y hacía su trabajo con éxito. Erick se hospedaba en el cuarto y último piso y realmente nunca estaba de ánimos para subir a pie, pero una vez dentro de aquella porquería, siempre se arrepentía. Aquel armatoste temblaba y renqueaba como si un anciano con epilepsia estuviese jalándolo a pura fuerza desde arriba. La puerta doble se abrió con el usual estrépito y Erick salió de inmediato. Dobló por el pasillo a la derecha hasta que estuvo frente a la habitación 7. Giró la llave y entró; nuevamente la penumbra escondía la mayor parte de su dormitorio, y nuevamente Erick se imaginó a alguien observándolo desde una esquina, esperando a que se acercara como un pobre idiota al interruptor. Lo encendió; pese a que el bombillo apenas iluminaba, la habitación parecía vacía. Dio un suspiro, no de alivio, sino de irritación; tenía tiempo que no sufría así de los nervios. De hecho, ni siquiera recordaba la última vez que había estado tan nervioso, tan paranoico.

Bueno, sí lo recordaba, y era durante su adolescencia, cuando ese era su hogar.

Se acercó al escritorio pegado a la pared y vació la carpeta a la concentrada luz de la linterna de mesa. Sobre el escritorio colgaba una cartelera de corcho con fotos clavadas con alfileres; en ellas los rostros de Meredith Marques, Astrid Gagnar y Marco Pascal le devolvían la mirada con una sonrisa. Esparció el contenido de la carpeta y una a una fue clavando las hojas en la cartelera hasta formar un esquema más o menos claro de los hechos, de izquierda a derecha y desde arriba los cuadros se sucedían en orden cronológico y Erick fue escribiéndoles una leyenda fijándose en las hojas que no había colgado. A la amarillenta y saturada luz de la mesa, hizo un repaso de cada uno.

13 de abril de 1910: Desaparición de Daniel Peranni y Franklin Gillet.

Empleados de la planta química de la corporación Arvo. Daniel Peranni de 33 años y Franklin Gillet de 50, trabajaban en el turno nocturno aquel 13 de abril junto con un equi-

po de otros veinte empleados. Iván Esther, el ingeniero en jefe durante aquel turno, declaró que Daniel y Franklin se reportaron junto con los demás obreros a las 7:15 pm para empezar su turno. Trabajaron con regularidad y a las 10 pm aproximadamente Esther notó la ausencia de ambos en la planta. Los buscaron en ambos pisos y en el patio pero se habían esfumado; temieron que pudieran haber caído dentro de alguna de las máquinas, pero no hubo rastros.

24 de octubre de 1910: Melanie Klas (34 años).

Melanie Klas era gerente de ventas, también trabajaba para Arvo. Fue vista por última vez la noche del 24 de Octubre cuando salía de la sede principal de la empresa en la plaza mayor. Sus compañeros declararon que se comportó de manera normal durante toda la jornada y se fue a la hora exacta de su salida. Al día siguiente se encontró su sombrero en un camino de tierra.

En la foto que Erick imprimió, que a su vez era la primera foto registrada de la serie de desapariciones, se podía ver en sepia a dos funcionarios de la ley en un sendero solitario flanqueado por árboles sin hojas a la derecha y un precipicio a la izquierda. “Por supuesto, la 17” meditó Erick. En el suelo del camino uno de los oficiales señalaba un sombrero negro de ala ancha y pluma blanca. La fotografía, aparte del opaco tono sepia, estaba muy pixelada, por lo que tenía que esforzarse para apreciar todos los detalles. Sin embargo, parecía que eso era todo. La información rezaba que más tarde se encontró más ropa al adentrarse en el bosque; su abrigo con borlas, sus tacones y su falda. Todo desperdigado a lo largo del bosque como si la señora Klas hubiese estado corriendo por ahí desprendiéndose de sus prendas gradualmente.

A pesar de no haber sido la primera, Melanie Klas fue la desaparición que más se hizo eco y también una de las más reconocidas incluso décadas después, ya que para la época Klas era una mujer muy importante y poderosa, activa incluso en la política, hecho inusual para una mujer en esa época. Es

por ello que se dice que muchos la miraban con odio y rechazo, que varios de sus empleados no toleraban que una mujer mandara. Luego está el tema de su esposo, que se comportó de manera, dicho entre líneas, “inusual” durante la investigación. Aunque la policía nunca pudo relacionarlo directamente con la desaparición, se sabía que le tenía poco afecto a su mujer. Incluso se llegó a culpar a la compañía, ya que posteriormente se rebeló que Melanie estaba teniendo en su último año conflictos legales con sus jefes. Muchos sospechosos, muchos móviles viables, pero ninguna evidencia, y la demostración más grande de que alguien le hubiese hecho daño, su cuerpo, jamás apareció.

2 de diciembre de 1910: Rita Masda (17 años).

Ni bien había transcurrido poco más de un mes, otra desaparición consternó a la ciudad. Rita Masda desapareció sin dejar rastro. Vista por última vez en su casa por la mañana, cuando sus padres la dejaron para irse al trabajo. Era una chica muy conflictiva y rebelde, por lo que se sospechó que pudiese haber huido, pero ni su familia ni amigos supieron más de ella. Además, la investigación de Melanie Klas aún estaba muy reciente y opacó casi por completo la noticia de Rita.

5 de junio de 1911: Roman Azino (66 años).

El viejo Roman había dejado de trabajar en la imprenta por un problema grave de osteoporosis. Sus hijos cuidaban de él hasta el verano del 11, cuando sus dos varones salieron a trabajar y al regresar no lo encontraron en la terraza, donde se la pasaba todo el día, ni en ningún otro sitio. Al revisar el área más a fondo, se encontraron con marcas de violencia en la madera de la valla y algunos chispazos de sangre sobre la misma. Algo se había llevado al señor Azino por encima de la valla, según se especuló, pero era difícil determinar si un oso habría podido ser capaz, visto y considerando la aparente meticulosidad con que había sido llevado a cabo el rapto, apenas dejando minúsculos rastros de sangre y marcas.

23 de diciembre de 1911: Carlos Millner (13 años).

Otras navidades arruinadas para otra familia, en este caso la familia Millner, que era conocida por ser de las más amistosas, felices y solidarias en la localidad sufrieron una tragedia cuando su hijo Carlos fue en horas de la tarde del día previo a noche buena a manejar bicicleta con sus amigos, pero ni ellos lo vieron llegar nunca a su casa ni sus padres lo vieron volver. Su bicicleta se encontró cerca de un despeñadero, en un valle a dos kilómetros de su casa. La foto en la cartelera mostraba una bicicleta antiquísima, de ruedas blancas y bocina, tirada entre el barro a las orillas del lago. No hubo ningún otro rastro, ni de prendas ni de sangre, y mucho menos, del cuerpo. A estas alturas, un detective, el teniente Christian Amaro, inició una rigurosa investigación en la que intentó correlacionar todas las desapariciones y dar con un posible asesino en serie. Investigó a los testigos, circunstancias y las escasas evidencias de todos los hechos (justo como Erick en ese momento) e inició una cacería que pareció llegar a buen puerto.

Richard Mater, de 37 años, fue detenido tras encontrárselo vagando en el bosque con un arma de fuego sin registrar. Parecía fuera de sí, como bajo los efectos de alguna sustancia alucinógena, y estuvo tras las rejas hasta el día de su juicio el 2 de Febrero de 1912. Christian ya había dado con su nombre antes del arresto gracias al testimonio de varios vecinos que lo tacharon de loco, agresivo y alcohólico lo cual encajaba con el perfil del asesino realizado por los detectives de la policía. Vivía solo y tenía antecedentes de robo e intento de violación cuando era adolescente. Era el sospechoso principal (de los pocos que había) y su falta de coartada, sus antecedentes, su porte ilegal de armas de fuego y el testimonio de un vecino que dijo haberlo visto cubierto de sangre el día de la desaparición de Melanie Klas, le valió una sentencia de por vida en el centro de detención de Sáncrito, a 5 kilómetros de la localidad. A pocos días de su reclusión, Richard Mater fue encontrado muerto en su celda, ahorcado con su sábana.

La gente en Sáncrito celebró la muerte del supuesto asesino psicópata, y al mes siguiente Christian se trasladó a otro estado, pero las malas noticias no tardaron en aparecer.

5 de mayo de 1912: Lila Colares (12 años).

A solo un par de meses de la muerte de Richard, un horrible asesinato estremece a la ciudad. Este ha sido por lejos el más espantoso en la historia de Sáncrito hasta la actualidad, y el más famoso luego de Melanie Klas. Por primera vez aparece el cuerpo de la víctima, pero en condiciones muy deplorables. Todo empieza el 5 de mayo a la 2 de la tarde. Luego de que Lila llegara del colegio salió al patio delantero a jugar con el perro. La empleada doméstica de la casa la vio por última vez a un cuarto para las 3, cuando regresaba de recoger la ropa tendida en el patio trasero debido a una llovizna, se asoma por la ventana y no ve ni a la niña ni al perro. Supuso que habían ido a dar una vuelta, pero tras unos treinta minutos, se preocupa y sale a la calle. Pregunta a los vecinos y tras sus negativas llama a los padres. Ya a las 6 de la tarde la policía se encuentra buscando a la niña e interrogando a los transeúntes. Una señora a unas cuadras de la casa dijo que había visto a Lila con su Golden cerca del bulevar, que parecía estar contenta, paseando como si nada. Como la sirvienta había creído, la niña había ido a caminar un rato con el perro, pero algo le había pasado en el camino. A las 8 de la noche el perro vuelve a casa solo, sin heridas y como si nada. La búsqueda no da frutos sino hasta el día siguiente, cuando las autoridades peinaban el área suroeste, en el tan temido bosque, y se encuentran con lo que quedaba de la niña; Erick tenía la fotografía sin censura en la cartelera, y se acercó para examinarlas una vez más: Las dos piernas cercenadas sobre las hojas secas, aún con las lustrosas zapatillas puestas, restos su de carne sobre un charco de sangre, ramas y cabello, y a unos quince metros, el vestido de la niña, todo arrugado y manchado de sangre y cieno. El cuerpo realmente había sido cercenado desde la cadera, justo por encima del pubis, con el sexo asomando inmediatamente luego del aparatoso corte. La piel blanca y amoratada de las piernas lucía una palidez enfermiza en contraste con el espeso negro de la sangre y la carne expuesta. La mayoría de los órganos habían desaparecido al igual que el torso y la cabeza, y un enjambre de moscas cubría lo que quedaba, por lo que Erick imaginó que los restos estarían repletos de gusanos.

Las imágenes eran repugnantes, pero para su desgracia, no era nada que no hubiese visto antes en su trabajo. Sin embargo, para los habitantes de Sáncrito, la mera descripción de la escena les produjo una paranoia total que se vio reflejada en los días subsecuentes. Disturbios y protestas frente a las puertas de la comisaría, exigiendo justicia tanto para la niña como para el hombre que había sido inculpado erróneamente. Pese a que la policía prometió investigar a fondo y declaró que otro asesinato no aseguraba la inocencia del señor Mater, el ambiente en Sáncrito se volvió irremediablemente violento e inseguro. Los niños eran acompañados a todos lados por al menos un adulto, casi nadie estaba fuera de casa luego del anochecer, y el parque que estaba al linde del bosque, justo antes de llegar a la avenida 17, fue completamente abandonado. Nadie quería acercarse al bosque bajo ninguna circunstancia.

Otro sospechoso fue arrestado por el asesinato de Lila Colares, un hombre huraño y celoso que vivía con su madre cerca del bosque. El mismo caso que con Mater; coartada improbable, testigos improbables y móviles improbables. Parecía ser que el acusado, el señor Peña, sufría de trastorno límite de la personalidad, y había demostrado ser agresivo con sus anteriores parejas y amigos. Su juicio se pospuso indefinidamente, y a la primera semana tras las rejas, fue asesinado por los demás reclusos.

Erick se restregó los ojos. Aceleró el paso leyendo por encima lo siguiente.

23 de marzo de 1913: Catrina y Leonardo Poncier, de 30 y 42 años.

Pareja casada sin hijos que venía de visita por el cumpleaños del hermano de Catrina. Pasaron unos días hasta su partida, el 23 de marzo, cuando se les vio por última vez. Sus familiares pusieron la denuncia y la policía de Sáncrito inició la búsqueda: sólo fue encontrado el Chevrolet de la pareja cerca de la avenida 17.

15 de agosto de 1915: Arnold Vera (53).

Cazaba furtivamente por las cercanías del bosque. Buscaba un oso negro que había avistado a lo lejos días antes. El 15 de agosto se lo vio por última vez en un bar de la localidad, pero no se sabe con exactitud cuándo desapareció.

19 de enero de 1916: Bernardo Blanc (28)

Visto por última vez por su esposa antes de irse a trabajar a la fábrica de Arvo. Los empleados nunca lo vieron llegar a la parada de autobús de la empresa.

25 de enero de 1919: Henry Beltran (37)

También empleado de Arvo. Pese a que no fue una desaparición y uno de sus compañeros fue declarado culpable, las circunstancias de su asesinato eran extrañas. Fue encontrado con múltiples puñaladas en el basurero de la fábrica.

14 de noviembre de 1920: Catelyn (35), Johanna (15) y Fernando Viel (35).

Familia de clase obrera que salió a acampar al prado al sur de la ciudad. Sólo se encontró el auto cerca del sitio donde dejaron la sábana y las cestas.

30 de julio de 1930: Iván Montgomery, Carlo Estigio y Roger Atoli, de 14 años los tres.

Aquí Erick hizo una pausa. Casi 10 años sin otra desaparición. Continuó leyendo.

Los tres jóvenes solían andar por ahí fastidiando a la gente y vandalizando los parques. La policía ya había tenido intervenciones con ellos. Era el típico grupo de bullys y rebeldes que tomaban cerveza y se escapaban de clase. Sus cuerpos nunca se encontraron, ni ninguna otra prenda o pertenencia. Los chicos fueron vistos por última vez cerca del parque de la 17. Se adentraron en el bosque, riendo y aullando, sin saber que no serían vistos nunca más.

31 de diciembre de 1931: Paul Aster (43). Otro de los más famosos.

El mismísimo alcalde, desaparecido misteriosamente de su des-

pacho un día como cualquier otro. Varias conspiraciones y teorías se rumorearon por la época, enlazando a Aster con delitos de corrupción en asociación con grupos delictivos de alto nivel, pero jamás se esclareció nada. Ya entonces la gente de Sántrico consideraba insufrible la situación. Siguió una época de anarquía, donde la tasa de criminalidad aumentó el triple.

Hubo un gran éxodo en los años subsecuentes, familias enteras mudándose a otra ciudad u otro estado, gente que solicitaba traslados en sus empleos, asesinatos en las calles, motines, conflagraciones. El caos no fue contenido exitosamente sino hasta un mes después, pero las cicatrices seguían ardiendo en la piel de Sántrico, que ya para el resto de la localidad y el país tachaban de ciudad maldita. Y ni hablar del bosque y de la 17, a los que la gente aprendió a evitar como si fuera un lugar radioactivo.

No se sabe cuánto fue el número total de habitantes que huyeron, pero incluso en la actualidad se resienten los eventos de aquel diciembre y enero. Las industrias más poderosas de la localidad se fueron y las que decidieron quedarse quebraron ya que la ciudad se convirtió casi en un pueblo fantasma, de clase baja, más rural que urbano y con pocas oportunidades de trabajo o éxito. Durante esas fechas hubo más desapariciones y asesinatos, pero debido a la inestabilidad en el departamento de policía y la situación social y política, no hubo un conteo oficial ni registros, por lo que Erick no encontró nada concreto que apuntar. No fue sino hasta otros diez años después que se tuvo registro de otro asesinato.

10 de octubre de 1941: Catrina Levski (67).

Catrina era una anciana viuda que vivía sola. Desde la trágica muerte de su marido, producto de los disturbios de hacía 10 años no había sido la misma. De sonriente y amable pasó a ser introvertida y muy reservada, recelosa con la mayoría de la gente. Sufría una especie de paranoia y por las noches la atacaban terrores nocturnos, provocando que los vecinos llamaran a las autoridades por los horribles gritos. Decía que iba a por ella. Que la cosa que mató a su marido pronto iría a buscarla. Por más que se le aclaró que su marido fue asesina-

do por un impacto de bala durante un tiroteo en la calle, no cejaba en sus intentos de pedir auxilio a nadie en específico. El comisionado en jefe por aquella época declararía más tarde que pocas veces había visto tanto horror en los ojos de alguien.

La triste noticia llegó ese 10 de octubre, cuando a horas de la madrugada se escucharon los gritos de la anciana, terriblemente desgarradores, pero nada que los vecinos no escuchasen antes. Sin embargo, algo les hizo sonar las alarmas; un rugido.

Erick paró un momento. Qué coño era esto, la lectura de la línea de tiempo de los hechos sin resolver en Sántrico se estaba volviendo un cuento de horror. Claro, era imposible que quien fuera que estuviese detrás de todas esas desapariciones fuera la misma persona, ya que se remontaban a ya más de cien años. Pero pese a todo, la explicación tenía que seguir siendo racional, posible. El simple hecho de que la historia estuviese cobrando tintes sobrenaturales le dio cefalea, y los ojos comenzaron a escocerle. Necesitaba descansar, pero se convenció de seguir leyendo. Tenía que saberlo todo.

Cuando la policía llegó a la residencia, se encontraron con la mosquitera trasera abierta (que daba hacia la colina, por donde se subía al bosque), y al ingresar, se toparon con la sala hecha pedazos. Pero no solo los muebles estaban así; en el centro y recorriendo parte del pasillo, el cadáver mutilado de la señora Levski yacía tendido como un alce devorado en la Sabana. Las piernas estaban rotas y torcidas en ángulos imposibles, faltaba un brazo y varios órganos, y por primera vez la cabeza fue encontrada. Esta estaba al final del pasillo, la arrugada y delicada carne abierta de lado a lado en varias secciones, como a arañazos, la mandíbula fracturada y desenchajada, la boca rasgada por la comisura izquierda como en una sangrienta semi sonrisa, faltaban la mayoría de los dientes, como quebrados por múltiples golpes, la nariz mutilada y un párpado junto con la mitad del cuero cabelludo se habían ido. Las entrañas tapizaban el pasillo de madera y en las paredes chispazos de sangre se acumulaban en el anticuado tapiz crema.

Fue todo un trabajo reconstruir los hechos a partir de las heridas y los daños a la propiedad, pero se hizo lo mejor que pudo: la señora veía la televisión plácidamente a eso de las 6 de la mañana (uno de los vecinos se asomó a la ventana y vio a lo lejos la luz del televisor). Entonces, el animal (coincidieron en que tenía que haber sido un animal, confirmando así el testimonio de los vecinos de haber escuchado un rugido de bestia junto con los gritos) entró por la mosquitera de atrás, dándole apenas tiempo a la señora Levski de reaccionar, y la hizo pedazos para luego irse por donde llegó.

Las autoridades posteriormente registraron el bosque, en busca de rastros del animal, asumiendo que se trataba de un oso, pero como de costumbre, no hubo resultados satisfactorios. Tan solo algunos manchones de sangre que se perdían en la ciénaga.

Días después una nueva ola de asesinatos comienza.

15-16-17 de octubre de 1941: Elisa Furner (23), Vito Parson (39) y Emily Rego (21).

3-13-30 de noviembre de 1941: Vilma Coat (34), Harry Beltran (19) y Andrés Asmar (28).

11-15 de enero de 1942: Bri Alsen (10) y Nina Alsen (11). Gemelas. Y luego Jhonny Ramanon (48) Policía.

Más culpables, más paranoia y más desalojos. Luego un espacio de tiempo considerable.

7 de abril de 1949: Joan Laje (27).

6 de mayo de 1949: Bryan Liset (22).

9 de junio de 1949: Eric Brito (30).

27 de febrero de 1950: Pablo Rod (26).

30 de octubre de 1950: Nick Lobo (16).

20 de agosto de 1952: Leo Bernati (2).

17 de marzo de 1955: Ana Villaje (36).

29 de enero de 1958: Alejandra Escaret (15).

9 de diciembre de 1959: Eduard Billo (40).

Y hasta aquí, otro espacio de tiempo, el mayor habido entre los incidentes. 19 años sin ninguna eventualidad inexplicable, además de la desaparición de mascotas, del ganado, incen-

dios y un par de suicidios aparentemente bajo circunstancias normales. Pero entonces, en la primavera de 1979, ocurrió la peor tragedia en la historia de Sáncrito.

5 de enero de 1979: masacre escolar de San Quinting.

Melanie Klas y Lila Colares fueron en su tiempo eventos que llegaron a ser noticia nacional, pero la masacre escolar de San Quinting llegó a oídos internacionales y le dio cierta fama a Sáncrito. La pequeña ciudad se volvió de repente uno de los sitios más terribles del país. El turismo incluso aumentó y la gente, llevada tal vez por el morbo o una sinergia extraña con la ciudad, empezó a concurrirla más. Toda su historia, pasando por las desapariciones, los accidentes, la decadencia industrial y el tan mencionado bosque, atrajo a los mirones y noticieros como moscas, haciendo que publicasen documentales, artículos e incluso historias de terror. Tristemente la fama llegó con este aborrecible acontecimiento, y de todas formas no duró demasiado.

Con 12 estudiantes muertos de diversas edades y más de cincuenta heridos, la masacre se llevó a cabo por un sujeto anónimo que hizo explotar una bomba en el patio escolar durante un partido. Luego, emergiendo entre el humo, vestido de negro, sin que nadie lo hubiese visto antes y cubierto tras una máscara pálida, abrió fuego con una M5 a los escolares desorientados. Se acercó a una de las ventanas que daba a un salón de sexto grado y abrió fuego a través del vidrio. Finalmente, entre la multitud huyendo en estampida, los gritos y el fuego, el individuo desapareció. Por supuesto, la policía imaginó que se habría quitado el atuendo y mezclado entre la multitud, asumiendo que fuese uno de los estudiantes. Pero entonces, ¿dónde había dejado la ropa, el arma y la máscara? Los testigos juraban haber visto así al atacante, y sin embargo nunca se encontraron tales cosas.

11 de marzo de 1984: Camila Carrillo (22).

Erick tragó saliva. Él había nacido el 26 de marzo del mismo año. Eso no lo sabía. Leyó la poca información que había. El padre de Camila fue declarado culpable de la desaparición; el

hombre, alcohólico y de carácter fuerte, murió de un infarto poco tiempo después. En el sótano de la residencia encontraron sangre de la chica, igual que sobre algunas herramientas del taller.

31 de julio de 1985: Jazmín Skinner (33).

2 de enero de 1990: Samanta Siavic (24).

De esa se acordaba. Unos años después sus padres le contaron la trágica muerte de Samanta, una modelo y cantante muy talentosa que se preparaba para irse del país. La encontraron destripada y mutilada en una zanja, con partes del cuerpo faltantes. Y en la cima de un árbol alledaño, parecía haber restos de carne y piel guindando de las ramas, como si la hubiesen matado allá arriba y luego arrojado. La brutalidad de las imágenes era tan fuerte como en el caso de la anciana Catrina Levski. Y como en aquel caso, la postura de los oficiales se dividió entre los que creían que era obra de un animal, y de los que creían que había sido un sádico asesino.

17 de junio de 1999: Sarah Di Monte (18).

Supuestamente muerta tras un accidente de tránsito cerca de la 17. Murió con Patricio Gómez, el conductor del otro auto, pero el cadáver de Sarah desapareció.

14 de junio de 2004: Diego Eldrich (43).

6 de abril de 2005: Roman Berroterán (26).

10 de agosto de 2006: Georgina Varanni (51).

20 de enero de 2009: Oscar Millán (29).

20 de diciembre de 2009: María Perdomo (16).

8 de julio de 2010: Sabrina Ansara (19).

18 de noviembre de 2011: Mariana Bertucci (37).

11 de mayo de 2012: Victor Cruz (45).

30 de octubre de 2014: Olivia Mérida (17).

Y finalmente, los casos más recientes, siendo el de Marco el motivo por el que estaba ahí.

11 de Septiembre de 2015 Meredith Marques (15)

15 de Octubre de 2015 Astrid Gagnar (33)

19 de Octubre de 2015 Marco Pascal (17)

Cerró los ojos con fuerza. Más de cien años de historia, unas cuatrocientas víctimas de las cuales sólo tenía información unas sesenta. Ninguna explicación clara. Y no solo la ambigüedad de los hechos le incomodaba, sino lo que formaban todos en conjunto; un gigante imposible de descifrar. No descartaba aún que las desapariciones más recientes podrían no tener nada que ver con las de antaño, pero todo apuntaba a que se resumía a una explicación plausible y coherente, una verdad que sin bien resultaba extraordinaria, no dejaba de ser la resolución en muchas historias parecidas: Una secta. Qué mejor manera de lograr que todo encajase; una secta puede perdurar por décadas, y si está arraigada en la ciudad desde los mismísimos inicios de esta, lo más probable es que la conforme gente muy poderosa, gente que sabe mover los hilos para adulterar la información, la evidencia y los testimonios. De esa manera mantendrían un *modus operandi* relativamente consistente a lo largo de los años, tendrían códigos, sistemas y métodos.

Alaska

Era aterrador tan solo imaginar las dificultades que le saldrían al paso si decidía enfrentarse a semejante coloso, pero no toleraba lo inexplicable, y a eso se reducía el caso si no tomaba ese camino. Se levantó y miró por la ventana. Lo inexplicable. Sán-crito apestaba a ello. Por eso le había costado tanto regresar, no sólo sabía que su trabajo no sería fácil, sino que el ambiente le incomodaba, le enfurecía incluso, y revivía recuerdos sombríos de su infancia. Era como si cada fibra de su cuerpo se resistiera a estar en ese lugar.

—Ayúdame —le había suplicado Patricia por teléfono—, por favor, ayúdame a encontrar a Marquito.

Erick ya tenía comprado el pasaje a Estados Unidos para el primero de noviembre. Llegaría a Miami, donde Andrés lo estaría esperando para ir en auto hasta Fort Lauderdale. Estaría viviendo con él por un tiempo hasta que encontrase

trabajo y pudiese alquilar un apartamento para él solo. Al principio no le hacía mucha ilusión tener que trabajar en lo que sea que encontrase, pero viendo en retrospectiva, cualquier cosa allá era mejor que lo que Caracas le podía ofrecer. Andrés había demostrado ser un buen amigo en más de una ocasión cuando trabajaban en la policía nacional.

Pero, hasta noviembre, tendría tiempo de ir a Sáncrio para ayudar a su prima en la medida de lo posible. Sabía que en esos momentos Patricia no tendría una figura en la cual refugiarse; su esposo la había abandonado hace años, sus padres estaban muertos, el resto de la familia era mejor ni preguntarse dónde estaba...

Y Patricia había sido la única persona de su misma sangre, además de su madre, por la que había llegado a sentir afecto. No quería por nada tener que volver a Sáncrio, pero el remordimiento de no haberle ayudado no lo dejarían en paz.

—Tranquila —escuchó su jadeo esperanzado al otro lado de la línea—, en octubre estaré allá.

A pesar de haber insistido en pagar un motel, Patricia prácticamente le obligó a quedarse en el apartamento que ella tenía en venta.

Se acercó una vez más a la mesa y se fijó en la libreta. A Meredith Marques y Astrid Gagnar les había hecho el seguimiento primordial, pero Marco era una víctima muy reciente, tendría que empezar con las interrogaciones: quiénes habían visto a Marco por última vez.

Capítulo 3: La sombra

El bar del Marinero pasaba por otro de esos días lúgubres y apagados con la misma escasa clientela de siempre, el mismo ambiente impregnado a tabaco y la misma triste balada de jazz que acompañaba el silencio y el ocasional tintineo de copas. Desde la calle el modesto cartel de neón que dibujaba una especie de Popeye deformado apoyado en un ancla parpadeaba en verde y azul fluorescente. “El marinero” se leía en cursiva justo debajo. Aparte del bar, la calle era una carretera desierta, tan oscura que cuando las nubes ocultaban la luna lo único que podía verse en la distancia era la multitud de luces de Sáncrito bajando por la colina a pocos kilómetros. El marinero quedaba a las afueras de Sáncrito, casi llegando a la 17, en una vía que hacía intersección con ella al este de la ciudad. Poca gente lo frecuentaba y por lo general era la misma; hombres de mediana edad y alguno que otro anciano que pasaba la noche bebiendo en silencio. El bar tender era Víctor, un raquítico fumador empedernido que pasaba la noche casi igual que su clientela, sentado en una esquina, bebiendo y fumando, como en estado vegetal, mirando de reojo a los recién llegados y sirviendo los tragos de mala gana.

Como era evidente, el estacionamiento del Marinero era una cuadra de asfalto carcomido que apenas llegaría a ocupar los cinco o seis puestos. Junto a él, pegado a la salida de sólo personal del bar, estaba el contenedor de basura donde unos mapaches tanteaban las sobras de espagueti del almuerzo de Víctor. Mamá mapache se percató de la llegada de alguien y alzó la cabeza por encima del borde; en la penumbra, llegando por la carretera, apareció un joven enjuto y cabizbajo renqueando por la vía hasta el estacionamiento. Mamá Mapache era sólo un mapache, y no juzgaba, pero a los ojos de alguna persona el recién llegado parecería un pobre diablo sin rumbo que apenas podía mantenerse en pie. La figura entonces alzó la mirada y contempló el iridiscente neón del cartel, miró a los lados y se aproximó al basurero, donde mamá mapache tuvo que salir disparada con sus crías hacia la maleza. El jo-

ven, zarrapastroso, sudado y cadavérico, olisqueó el espagueti sobre la bolsa de basura y le dio una lamida. Tras un respiro ya se lo había comido todo hasta chuparse los dedos. Buscó más comida, pero el resto parecía solo eso, basura. Miró en dirección a los autos.

Andy llevaba días caminando de allá para acá, trasteando y robando, no sabía exactamente desde cuándo, pero sentía que llevaba toda la vida en eso. A duras penas recordaba su edad; había cumplido 16 la víspera del día del amor y la amistad, conceptos que ahora carecían de significado luego de todo por lo que había tenido que pasar desde que tuvo la desgracia de conocer a esa maldita chica ¿Por qué había sido tan testarudo? ¿Por qué no escuchó a su madre? Aquella chica lo acosaba, se la pasaba incordiándolo todo el tiempo. Andy recordaba haber tenido forúnculos menos molestos. Que quién es esa, que qué haces ahí, que con quién estas. Era guapa, sí, con un cuerpazo para su edad, pero de haber sabido lo que le esperaba jamás hubiese hecho el intento de conquistarla. Todo llegó al punto cumbre cuando aquel dolor de huevos llamado María llegó a su casa, le exigió saber por qué había estado en la discoteca sin avisarle, que con quién se estaba viendo, le reclamó todo de golpe y tan de repente que ni siquiera supo en qué momento llegaron a los golpes. Claro, él no se dejaría humillar de esa forma, y toda la rabia que había estado conteniendo fue detonada al instante, casi sin que pudiese hacer nada, también comenzó a gritarle y a golpearla. Para su sorpresa, la chica pasó de estar histérica a un estado totalmente inimaginable para Andy; le dijo insultos que nunca había escuchado en su vida, le deseó la muerte a él, a su madre y a toda su familia y que lo acusaría de violador y maltratador y arruinaría su vida.

Eran tan fuertes los gritos y tantos los golpes que ella le daba con sus puños cerrados en el pecho y los brazos, que fue demasiado, Andy, de la peor manera en la que pudo haber reaccionado, la hizo callar con más golpes, con lo que logró hacerla retroceder unos pasos con cara de desconcierto, pero eso no la hizo detenerse y volvió a arremeter contra Andy esta vez con las palmas abiertas en busca de su rostro, iba a

abofetearlo. Y así, como si la mala leche no tuviese límites en su vida, al propinarle un último empujón para escapar de su alcance María cayó golpeándose la cabeza del borde puntiagudo de la escalera de la casa. De pronto se hizo el silencio, María ya no estaba gritando y ni siquiera se movía, el escarlata de la sangre que brotaba de su cabeza había logrado asustar a Andy quien solo pudo permanecer allí de pie viendo como el charco cada vez aumentaba en volumen. Ni siquiera intentó despertarla, ni siquiera llamó a urgencias: sabía lo que había pasado, tenía la certeza de que María no volvería a gritarle jamás porque él la había matado.

De ese modo, dejando el cuerpo a su suerte, empacó sus cosas, robó los ahorros en efectivo de su madre y escapó. Haciendo autostop a veces, yendo en metro en otras y la mayoría del tiempo caminando, se alejó de Caracas y logró llegar a Ocumare. Había pasado por varios poblados en su camino, siempre en movimiento, siempre huyendo, seguro de que en cualquier momento la ley caería sobre él, y ahora iba de paso por la tal Sáncrio donde nadie quiso darle la cola, nadie quiso darle algo de comida por muy miserable que se viera y donde tenía la peor sensación en comparación con los otros lugares por donde había pasado. Sáncrio era un sitio sombrío, inquietante y poco acogedor. Ni siquiera quiso pasar la noche, por lo que caminó y caminó con la esperanza de que algún camionero lo auxiliara. Pero el sol se puso y nadie nunca se detuvo por él. Y ahí estaba, tan hambriento que podría arrancarle de un mordisco la oreja a alguien si esta tuviese salsa de tomate encima, terriblemente sediento y con ganas de echarse en cualquier esquina a descansar.

Mamá mapache lo escrutaba desde las sombras con ojos como luciérnagas. Andy le lanzó una piedra, irritado, y se fue a echarle un vistazo a los autos; la variedad era lamentable, apenas un par de Aveos, una camioneta Toyota y un Volkswagen. Fue mirando de uno en uno a través de la ventanilla. No sabía cómo encender un auto sin las llaves, cosa que a esas alturas ya resultaba necesario, pero tal vez, si don destino por fin le dedicaba una mísera sonrisa, si le lanzaba un hueso al menos, encontraría las llaves en alguno. Pero su suerte no

había cambiado, no lo haría nunca; no había carros con las llaves puestas. Dio un largo suspiro y acto seguido le propinó una patada al neumático del Toyota, ya al borde del llanto, y fue en ese momento en que se fijó de algo que había pasado por alto: a través de la sucia ventanilla del Toyota, vislumbró un auto que le quedaba por revisar, allá en la esquina más alejada del aparcamiento. Rodeó la camioneta y se acercó, temblando, rogando con todas sus fuerzas. Se asomó por la ventanilla del conductor y no pudo evitar soltar una carcajada. Las preciosas llaves puestas en el embrague. Echó un rápido vistazo a sus espaldas, pero no había ni un alma, ya hasta los mapaches se habían ido, y luego de nuevo al auto: un impala negro, en perfectas condiciones. Abrió la puerta y se recostó en el cómodo asiento de cuero sintético, deslizando las ansiosas manos sobre el volante. Giró la llave y el auto encendió con una facilidad que casi le provocó un orgasmo. Había tenido suerte esta vez, sólo tendría que manejar por la carretera hasta encontrarse con otro poblado (mientras más pequeño fuese mejor), deshacerse del carro y rezar de nuevo a todos los cielos para que...

Andy oyó algo justo detrás suyo. Su instinto respondió por él, y lo hizo bien, ya que de inmediato agarró la manija e intentó salir. Pero aun así fue demasiado tarde. Le dio tiempo de ver por el espejo la sombra en el asiento de atrás, y en lo que le pareció menos de un segundo, como el ataque de una víbora, la sombra se cernió sobre él rodeándole el cuello con un brazo y un penetrante olor a cigarro le inundó las fosas nasales. Cayó presa del pánico de inmediato, incrédulo de que hacía apenas unos segundos su mente era puro placer y alivio y ahora un terror puramente biológico lo invadía. Se debatió, pero el agarre era poderoso, firme, tal cual una boa enroscándose en su cuello. No pudo ni resistirse debidamente, la asfixia ocurrió al instante y Andy no necesitó verse la cara para saber que la tenía morada. Lo último que pasó por su cabeza antes de perder el conocimiento fue una pregunta: ¿Qué estaba pasando? No alcanzaba a ver quién lo atacaba, como si la oscuridad misma hubiese adoptado forma y lo estuviese estrangulando. Claro, tenía que ser una persona, pero

el hecho de no haber oído una voz, ni siquiera un jadeo, una respiración... era como si más que una persona, una sombra lo estuviese matando.

Capítulo 4: Un tipo simpático

El Almacén de Macri vendía casi cualquier cosa, desde artículos y chuchería importada hasta almuerzos y postres. Era una especie de fusión entre bodega, quiosco y panadería. El establecimiento siempre tenía sus puertas de cristal abiertas y afuera a cada lado había una docena de mesas que por las tardes se encontraban atestadas de gente. Tal como en el bar del marinero, la mayoría de los clientes se conocían bien, se reunían a almorzar, tomar café o cerveza y se quedaban conversando hasta bien entrada la noche.

Fue por eso que la llegada de Héctor no pasó desapercibida. El Impala negro se acercó lentamente a uno de los puestos vacíos del estacionamiento haciendo crepitar los neumáticos contra el asfalto. El motor del vehículo cesó de gruñir y se quedó así por un rato, como si el individuo dentro de él no estuviese seguro de salir, escudriñando desde el anonimato de los vidrios ahumados a todos los que estaban en las mesas. Finalmente se abrió la puerta y salió un hombre alto y fornido, de semblante hosco, cara ancha y ceño lampiño, vestido con unos Jeans y una camiseta de un gris sólido sin estampados. Al acercarse a las mesas su rostro exhibió de repente una sonrisa y un asentimiento a forma de saludo general. Cruzó las puertas del almacén y se adentró por uno de los pasillos en busca de la comida para perros, sintiendo la mirada de la gente afuera en las mesas todavía fulminándole la nuca.

Sáncrito podía ser una ciudad, pero era tan pequeña como un pueblo y los que siempre andaban en la calle, sobretudo en puntos de interés como el almacén de Macri, se fijaban en los extranjeros. Héctor no tenía la más mínima intención de entablar amistades, pero quería dar una buena imagen, algo que pudiera bastar para que al referirse a él fuera siempre en términos de “parece un tipo normal, tranquilo y sencillo”. No sabía si alguna vez pudiesen caer las sospechas sobre él, si de pronto la policía podía conectarlo de alguna manera e interesarse más en el misterioso extranjero soltero de la cabaña en el bosque. Era algo que siempre que lo pensaba lo ponía

nervioso.

Fue a la taquilla con las dos grandes bolsas de Purina y las puso sobre el mostrador. Una vez allí, agarró tres cajas de cigarros Marlboro y las puso con la compra. Macri, la mujer más gorda y pálida que Héctor hubiese visto jamás, le ofreció una cálida sonrisa.

—Ese perro come con ganas ¿no? —comentó ella mientras escaneaba el código.

—Los tres —aclaró él sacando la cartera para pagar en efectivo—. Cada uno come el doble que yo, te podrás imaginar.

—Sí me lo puedo imaginar, tengo cinco, sin contar mis tres hijos y mi esposo —contó el efectivo mientras le dedicaba otra sonrisa a modo de despedida— Paso la mitad de mi vida trabajando y la otra mitad preparando comida para todos ellos.

Una vez en el auto, Héctor miró a través del cristal ahumado a la obesa mujer atendiendo a los demás clientes detrás de la barra. Se quedó un rato así, mirándola, imaginando cuanto ahorraría en Purina si la deshuesaba y se la dejaba a sus perros. Tendrían al menos dos semanas de comida.

Una vez en la vía cambió el Nessun Dorma cantado por Pavarotti que llevaba rato sonando en la emisora local, pero en todas las demás estaciones o había música o hablaban estupideces, de modo que apagó la radio. La mayoría del tiempo, el silencio era lo que más le apetecía. Dobló por toda la principal, evitando la avenida Cloris donde se había llevado al niño de los audífonos. Dudaba que lo hubiesen visto. Siempre, antes de actuar, se aseguraba y verificaba y volvía a comprobar que no hubiese testigos. No importaba si era la víctima perfecta o si tenía más de un año sin matar, no actuaba si había más de una persona, así fuese de lejos, así fuese desde la ventana de un edificio. Si reconocían el carro, era el fin. Y, aun así, habiéndose asegurado, no volvió a pasar por el lugar de nuevo, solo para estar seguro.

El solo hecho de pensar en ser visto le daba escalofríos, no volvería a dormir jamás hasta que liquidase a ese testigo, y si algo era complicado, era tener que matar a alguien en específico, y mucho más con el factor tiempo, antes de que avisara a alguien

más o a la policía. No, algo así era inconcebible. Había encontrado el hogar perfecto, por fin un sitio donde podía ocultarse, donde podía despistar. Nadie se lo quitaría.

Bastó con recordar sólo por un momento aquel incidente en Caracas, aquel joven parecido al de los audífonos, un mocoso puberto de los que jugaban al fútbol y seguramente era popular en la escuela; alto, moreno, de sonrisa despreocupada y mirada petulante. Algo musculoso incluso. Debió reflexionar mejor las cosas antes de atacar a alguien así, el león no caza a otro león, caza lo que sabe que puede comer, y aquel muchacho, solo con su manera de andar, de moverse, de sonreír, se notaba que era más depredador que presa. Pero ese día realmente estaba de pésimo humor, de esas veces en que no podía pensar en otra cosa más que hacer daño a alguien, a quien sea.

El muchacho olió el peligro apenas vio al Impala acercarse, y en cuanto Héctor bajó el vidrio y le enseñó el arma, él ya estaba golpeándolo en la cara e inmovilizándole el brazo, se notaba que aquel chico era de ciudad, alguien duro, acostumbrado a desconfiar hasta de su sombra. Pero aun así era un idiota, pudo haber huido y salvarse, pero las sospechas de Héctor habían sido acertadas; era un león, no huiría sin mostrar los dientes. Forcejeó con él por un momento y por poco le parte el brazo, pero Héctor lo alcanzó a tiempo con la otra mano en el cabello y le estrelló la cara contra el borde del vidrio, el cual no se rompió, pero quedó embarrado de sangre y saliva. El muchacho cayó boca arriba agarrándose la boca y de inmediato intentó incorporarse, pero Héctor ya descargaba el arma sobre él. Vacío el cartucho, todas en el pecho y el rostro, y se largó a toda velocidad sin saber si lo habían visto o no, o si los vecinos se asomaron antes de que escapara. Aquellos días fueron algunos de los más terroríficos en su vida. Tanto fue la paranoia que a las pocas semanas ya se estaba mudando otra vez. Había cometido el error de ser confiado y desprolijo. Es por ello que decidió buscar una localidad con menos habitantes y una zona más boscosa.

Era una cosa impresionante, el miedo, podía ponerse de su lado con regularidad, pero en cualquier momento podía vol-

verse en su contra, como el que juega con fuego. Y nada lo aterraba más que volver a la cárcel.

Condujo por unos diez minutos hasta que llegó a la principal y siguió hasta los límites de la ciudad. El paisaje urbanizado pasó a ser completamente rural, colinas y lomas salpicadas de pinos y alguna que otra casa a cada lado de la carretera ligeramente ascendente. Tomó el desvío de tierra a la izquierda, bajó por un terraplén hasta que el terreno subió en una leve pendiente que lo dirigía directo a su patio.

De entre los árboles surgió su casa, la solitaria vivienda de dos pisos. Todavía le resultaba extraño considerarla “su casa”. El anterior dueño había sido un anciano que vivía con su hija, pero cuando ella se mudó, le insistió en vender la propiedad a un precio absurdamente bajo con el fin de deshacerse de ella cuanto antes y salir de Venezuela. Héctor, que precisamente buscaba casas espaciosas y apartadas, le vino como anillo al dedo. Desde que la vio le gustó, tenía el aire de una de esas casonas de la época del imperio español; no lucía tan lujosa, pero la fachada de ladrillo oscuro y tejado de hormigón negro, las ventanas de madera vieja y columnas de piedra desgastada, le conferían un aspecto elegante y añejado.

Héctor se decidió el mismo día que la fue a ver. El dinero que había apartado para la casa era como para comprar una el doble de caro, de modo que utilizó el resto para amueblarla y adaptarla a su gusto. Aún sí, le sobraron unos cuantos miles de dólares; fue entonces cuando, yendo un día al mercado, se cruzó con una perrera.

Agramon, apenas un cachorro destetado, le devolvía la mirada tras una jaula mugrienta. Poco después compró a Goliat en una perrera distinta, y más tarde adoptó ya de adulto a Atila, que estaba en un refugio.

De todo eso hacía ya casi seis meses. Había podido vivir hasta ahora de sus ahorros de todos esos años trabajando de cajero en Caracas y revendiendo artículos que pedía por internet. Incluso los días que tenía libre los utilizaba para hacer de taxista. Redujo sus alimentos y sus gastos al mínimo, ahorra compulsivamente y vendía todo lo que tuviera a la mano que no fuese esencial para sobrevivir. Desde que se empezó a

tratar con seriedad el tema de las desapariciones de mujeres y niños y alertaron casi que a toda la ciudad, Héctor supo que era cuestión de tiempo para que algo saliera mal. Supo que tenía que irse de Caracas cuanto antes.

Iba tan absorto en sus pensamientos que no reparó en el sedán blanco aparcado a un lado del montículo de leña. Se dijo que con razón se oían los ladridos desde la avenida. Se apeó y caminó hasta el auto, pero estaba vacío.

—¡Hola! —Héctor se llevó la mano al cinturón por instinto, pero había dejado el arma en el auto. La voz provenía del porche, de un hombre trajeado y rubio que alzó las manos a modo de disculpa—. Perdón, pensé que estarías adentro.

—¿Qué quieres? —preguntó sin interesarle si quiera quién era, escrutándole de arriba abajo con suspicacia.

Pese a que la sonrisa del desconocido decía una cosa, su mirada azul decía otra.

—Me llamo Erick. Me gustaría hacerle algunas preguntas.

Capítulo 5: El rapto

Ana siempre llevaba su paraguas en la cartera para momentos como ese, pero justo ese día se rompió. Creía que la superstición era de imbéciles, pero lo primero que se le vino a la mente por alguna extraña razón fue que se trataba de un mal augurio; siempre con el paraguas a la mano, y casualmente, cuando por fin lo necesita, se le jode. Y eso que no había caído en cuenta que también ese día, cuando tiene el auto en el taller y decide irse a pie, llueve a cántaros. De hecho, hacía años sin llover así; las calles comenzaron a inundarse, el viento arreciaba sobre los árboles con una furia que parecía viva y estremecía las ventanas de los edificios residenciales. Ella corría ya sin cubrirse la cabeza con la cartera, con los tacones chapoteando en la acera, entre el repiqueteo del agua de la lluvia. La tempestad nocturna, de paso, había engullido el cielo y ahogado la escasa luz de luna y estrellas, y cuando Ana miraba hacia arriba la masa nebulosa y condensada que era ahora el cielo se la devolvía con una oscuridad impenetrable interrumpida sólo por los esporádicos relámpagos. Ya tenía el cabello completamente empapado y el traje de oficinista, más que abrigarla, le congelaba hasta el hueso con el agua gélida, y la cereza del pastel, el viento soplaba en dirección contraria, terriblemente helado y potente, dificultándole la visión y el andar. Lo triste era que, al salir del trabajo, su asistente le había ofrecido llevarla, pero prefirió caminar sin hacer caso al ominoso cielo gris de la tarde. Ya hacía rato que hubiese llegado, y seguro él estará en casa tirado en la comodidad de su sofá mientras veía el catálogo de Netflix y ella afuera como una estúpida muriéndose de frío. Después de una buena eternidad visualizó por fin el portón de entrada de su residencia a unos 15 metros cruzando la calle. Desde que se divorció, su gata era la única que la esperaba en casa, hambrienta de gatarina. Y de cariño, como se sentía ella a veces. Pese a su disgusto por los animales, este último año Coco había sido su compañía incondicional, su confidente, su consuelo. El maldito de Ri-

chard ni siquiera la peleó, con todo y que la convenció de adoptarla juntos, pero, en fin, mejor así, no se merecía a la Coquito de todas formas.

Pese a las prisas, miró a ambos lados antes de cruzar, de modo que poco después no entendería de dónde había salido ese Impala, como si de un animal de la noche cazando se tratara. Dio brinquitos nerviosos sobre los canales desbordados hasta que llegó al otro lado de la calle, se inclinó sobre su cartera para que no se mojara tanto el contenido y tanteó en busca de las llaves. Un segundo después estaba en el piso, boca abajo, la cartera desparramada sobre un charco y el condenado paraguas inútil tirado a poco menos de un metro. Lo primero que hizo fue agarrarse la cabeza, de donde con seguridad le estaría brotando sangre. Incluso la absurda idea de que le impactó un rayo pasó por su mente, pero con la misma rapidez del golpe, algo la estaba jalando hacia arriba. Se incorporó como pudo, pero la fuerza desconocida la llevó hacia atrás y le hizo perder nuevamente el equilibrio, cayendo a medias en el arroyo del canal. Un segundo jalón la hizo incorporarse. Ni siquiera podía gritar, el golpe como que le había arrebatado facultades y no se dio cuenta de lo que ocurría sino hasta que su mundo se precipitó de la tempestad lluviosa al interior de un auto. Sobre ella apareció una figura, ensombrecida por una gorra y bandana negras, y de esa figura salía algo más que le hacía peso en el cuerpo, le paralizaba como si transmitiese corriente: la mirada de la maldad.

De esta forma, como activados automáticamente, sin ser ya dueña de su cuerpo, empezó a gritar y a lanzar golpes. Pero el extraño era más fuerte, más grande, y tan sólo un puñetazo al rostro le bastó para apagar las luces y dejar aquel horrible día en el limbo de la inconsciencia.

2

La mañana despejó por completo los cielos con un sol renovado y brillante que doraba los fríos campos del bosque. La humedad impregnó la casa de un aire cálido, donde antes se escuchaba el tormentoso crepitar de la lluvia contra la ma-

dera, ahora solo el silencio se arremolinaba por los pasillos y cuartos como una bruma invisible. Héctor salió al porche y comprobó el día; solitario, callado, radiante. Era perfecto. Era el día posterior a una noche estupenda. Nunca antes se había quedado despierto toda la noche con una víctima. Había pecado de imprudente, de inconsciente. Por errores así podría pagar muy caro. Tenía que admitir que se había encaprichado de una forma particular con esa mujer. Estaba buena, era de las suyas. Pero todo lo bueno siempre tenía que acabar. Era hora de acabarla, y así como se había encaprichado con ella, le provocaba que fueran los perros quienes le dieran muerte. Pocas veces lo hacía, pues no quería convertir a los perros en unas completas máquinas de matar sin cerebro, pero aquella era una ocasión especial; verlos devorar vivo a alguien era de esos espectáculos que no se olvidan. Aunque sabía que lo más probable es que nadie lo molestara, tenía que ser rápido y meticuloso. Ese detective había aparecido de la nada, haciendo preguntas que no le gustaron para nada y con un brillo en los ojos que reconocería en cualquier lado: el de un cazador.

Preparó el cobertizo y azuzó a los perros para bajar al sótano a buscarla. Estaba tal cual la había dejado, colgando y sangrando por toda su desnudez. No había muerto todavía y la mirada ya la tenía vacía. Ya no se sobresaltaba ni luchó cuando la descolgó y se la montó al hombro.

Había aceptado su destino.

La subió y llevó al patio, donde los perros esperaban ansiosos ladrando y salivando. La mujer entonces pareció avivarse un poco y comenzó a respirar agitadamente y a resistirse con un mínimo de fuerza. Los perros parecieron oler el renovado terror, porque se impacientaron aún más al punto de espumar por entre las fauces. La ató a uno de los postes del cobertizo y la comenzó a abofetear para despertarla del todo.

La mujer, con los gemidos y gritos limitados por la mordaza, ya empezaba a lagrimear y moquear como cuando la había traído, y el charquito de sangre a sus pies comenzó a expandirse gracias al corazón de nuevo bombeando desorbitado. Héctor miró alrededor y masculló una maldición. La idea era ir troceándola poco a poco con el cuchillo e ir lanzando

los jirones de carne a los perros, cortarle también las orejas y la nariz, tal vez sacarle un ojo, pero ya sería difícil sin que se desmayara o entrara en shock. Pero las herramientas que necesitaba las dejó en su caja en el sótano.

—Ya vuelvo cariño. Pórtate bien y vigílalos —señaló a los perros y luego le dio un beso en la boca. Bajó las escaleras al sótano limpiándose la sangre de los labios, sorprendiéndose de nuevo pensando en el detective ese. ¿Cuándo volvería? ¿Desenterraría su pasado? ¿Qué tanto sabía? Tal vez también por eso no le había entrado el sueño. El tal Erick Müller representaba la primera amenaza significativa que tenía desde que llegó a Sántrico. Erick. Tendría que parar las matanzas por un tiempo, sólo por si acaso, mientras el tipo seguía en la ciudad. Después de todo, se trataba del bosque de Sántrico; cualquier intento de encontrar la verdad se verá desbaratado por la inmensidad de éste y su enrevesada historia. Lo que ocurría ahí tenía ya unos cien años y un detective de segunda no lo desentrañaría jamás. Debía confiar en su instinto, debía confiar en que...

El rugido, el mismo rugido de hace días, pero ahora tan cerca que estaría frente a la casa, seguido de unos chasquidos y un estruendo crepitante, como si algo se abriera paso violentamente entre los árboles. Se quedó congelado por un momento, atento, aguzando el oído, y luego de unos segundos de silencio, escuchó con total claridad los alaridos de la mujer. Héctor se movió a toda prisa, agarró el rifle de la pared y subió corriendo. El corazón le golpeaba tan duro que lo sentía en la garganta; los gritos de la mujer eran escalofriantes incluso para él; ni siquiera cuando la violó, cuando la torturó ni cuando le sacó las uñas, en ningún momento había gritado tan desaforadamente como lo hacía ahora. Los gritos, de un volumen imposible para alguien que tuviese una mordaza, opacaba el escándalo de los perros, que también empezaron a ladrar como locos. Cruzó la sala a grandes zancadas mientras otro rugido bestial salía del patio junto con los gritos y más estruendos. Héctor quitó el seguro de la Winchester y embistió la mosquitera con el cañón por delante.

La puerta del cobertizo estaba abierta de par en par y en el in-

terior los perros continuaban ladrando, pero eran los únicos que se encontraban ahí. En el poste donde hacía un minuto estaba la mujer, quedaban sólo los amarres. Otro gruñido le llegó, esta vez a lo lejos, y salió para asomarse al bosque. Entre los árboles no había nada, sea lo que sea que había venido ya estaba lejos, y como última cacofonía, le llegó un último grito de la mujer, largo y desgarrante, no sabía si de terror o de agonía, o si de ambos, pero era un grito que Héctor nunca había podido arrancarle a ninguna de sus víctimas. Era un grito que Héctor reviviría una y otra vez en sus sueños durante los próximos días.

3

Entró con prisa al dormitorio, revolvió entre la ropa de las gavetas hasta dar con los cartuchos del rifle. Se cambió rápidamente la ropa y se puso las botas. Sobre la mesita de noche tenía la Colt. Se la llevó con un cargador extra. Bajó corriendo a planta, se puso la gorra y se colgó la bandana al cuello por si acaso.

En el cobertizo, Goliat lamía el rastro de sangre, Agramon caminaba inquieto de lado a lado y Atila todavía le ladraba al bosque.

—Vamos —dijo Héctor mientras les quitaba el mecate del collar y enganchaba la cadena—. Vamos por él.

Los perros menearon la cola con entusiasmo.

La tormenta agitaba el bosque con furia. El camino que intentaba seguir Héctor estaba empantanado lo que retrasó bastante su paso. Llevaba la correa de Atila y Agramon en la izquierda y a Goliat en la derecha. Pese a ser diestro y a llevar un solo perro en ella, le costaba mucho más controlar a Goliat. El Rottweiler clavaba las patas con fuerza en el cieno y se adelantaba con fuerza, impulsando a Héctor y a los otros perros fuera del pantano.

El rastro era evidente al principio. El pasto estaba aplastado por donde había pasado la bestia, formando un camino. Más adelante encontró árboles con marcas de garras y plantas pisoteadas. En uno de los árboles Héctor encontró incrustada

en la corteza una uña que reconoció de inmediato como de la mujer.

Entre el bullicio de la lluvia repiqueteando contra la maleza escuchó algo moverse a su izquierda. Héctor jaló las correas para detener a los perros y empuñó el rifle en dirección al susurro de la grama. La Winchester XPR era un arma de caza excepcional, completamente negra, de cañón altamente preciso y cerrojo mecanizado a partir de barras de acero de alta tecnología y revestido de níquel teflón que no estorbaba en el visor ni resbalaba entre los dedos. Un guardamano y empuñadura cómodos que mantenían la estabilidad durante el fuego y la culata de polímero de alta resistencia que poseía un acabado negro mate bastante elegante. Firmemente ensamblado con piezas de acero inoxidable, apenas y emitía sonido al manejarse. La Winchester, ensamblada en negro, parecía una extremidad más de Héctor, cuya ropa era completamente oscura. Bajo la gorra, era difícil adivinar la mirada asesina de su portador.

—Sal, maldito —susurró con la mejilla apoyada en la culata. La hierba alta de donde había provenido el sonido estaría completamente inmóvil de no ser por la lluvia. Héctor se acercó a ella, pisando con cuidado, hasta adentrarse en la espesa masa de monte empapado. Los perros olisqueaban el suelo y escudriñaban todo a su alcance con las orejas levantadas. Bajó por un pequeño talud que deparaba en un claro donde el pantano se volvía piedra en la mayor parte del terreno. Atila gimió mirando hacia la derecha, señal de que había olido algo. Al acercarse con el perro como guía, Héctor reparó en que una de las rocas tenía un pegote negro en el filo. Se inclinó para tocarlo. Pelo. Y entre los mechones enredados, un pedazo de cuero cabelludo sangrante.

Agramon gruñe. Héctor levanta la mirada. Entre los olmos y hiedras, algo los mira desde la oscuridad. Héctor no veía ojos, ni figuras, pero sabía que estaba ahí. Más que estar, era como una “presencia”, algo que podía aparecer y desaparecer de repente. Los perros ladraron y se agitaron. Él los intentó calmar con silbidos y jalones, pero estaban fuera de sí. Agramon aullaba y retrocedía todo lo que la cadena le permitía mientras

que los otros dos ladraban en una posición muy rígida con las patas flexionadas y la cabeza gacha, enseñando los dientes. El movimiento de los canes le impedía apuntar.

—¡Cállense! —bramó sin éxito.

La presencia se hacía cada vez más evidente, como si se expandiera. El corazón de Héctor galopaba con fuerza. Reafirmó los brazos todo lo que pudo, apuntó entre los árboles y disparó. La detonación sonó insignificante y vacía. El cielo tronaba y se encendía con la furia de los relámpagos, la lluvia caía inclemente hasta el punto de lastimar la piel.

Disparó de nuevo.

El segundo cartucho salió eyectado y volvió a correr el cerrojo. Lo que sea que estuviese ahí tras los árboles parecía no haberse inmutado. Héctor comenzó a entrar en pánico. Se devolvió por el talud escalando con pies y manos los pedruscos entre el barro. Los perros también intentaban subir con bastante dificultad. Las piedras se desprendían y el suelo inclinado cedía bajo el peso de los cuatro, triplicando el tiempo que les había tomado en bajar. Héctor aulló de dolor cuando se rompió la uña del dedo corazón contra una de las piedras, la miró y comprobó que la tenía levantada por la mitad. Dejó de guardar la poca compostura que le quedaba y pegó todo el cuerpo del barro para apoyarse mejor. Se arrastró camino arriba como un renacuajo, ayudando a los perros cada vez que lograba asegurarse a una parte del terreno. A cada segundo, tenía la desagradable sensación de que se le acercaban por la espalda.

Finalmente llegaron a la cima. Los cuatro estaban mugrientos de pies (y patas) a cabeza y lucían tan desorientados como unos cervatillos. Héctor ni siquiera echó un vistazo abajo antes de irse, no quería seguir en esa maldita ciénaga ni un segundo más. Caminó con rapidez por el sendero de regreso, pero cuando sintió de nuevo la presencia entre los árboles arrancó a correr. Los perros parecieron contentos con esta decisión.

Corrieron por varios minutos entre los matorrales y el monte. Las plantas arañaban a Héctor en la cara, como si el bosque entero intentase impedir que salieran de ahí. Cuando llegaron a la casa, vio de inmediato a lo lejos y entre la bruma de la

lluvia que algo estaba en su porche. Levantó la Winchester y miró por el visor. No lograba distinguir qué era, pero no se movía; parecía ser alguien, y sin embargo, Héctor no diría que se tratase de una persona. Se acercó con el rifle en alto, listo para descargar, pero cuando estuvo ya a pocos metros de la casa y vio el río de sangre que venía desde las escaleras del porche, supo de qué era.

La mujer estaba cortada por la mitad, al nivel de la cintura, con los brazos abiertos y las manos clavadas por algo a la madera, como una crucifixión. Del corte asomaban la columna vertebral y algunos órganos. Todo el suelo del porche estaba inundado en sangre. La cara de la mujer estaba completamente cubierta por su enmarañado cabello negro. Héctor subió las escaleras, ajeno a los ladridos y chillidos de los perros, ajeno al estruendo de la lluvia precipitándose sobre el techo y a los relámpagos hendiendo el cielo. El cadáver de la mujer ocupaba todos sus sentidos ahora, toda su atención. La carne pálida y rasgada, los senos húmedos de sangre y lluvia. Miró de nuevo al bosque. Todo parecía tan quieto y sombrío como de costumbre.

Capítulo 6: Fantasmín.

—Aló —A pesar de ser una anciana, la voz le sonó gruesa y rasposa.

«Pero no es cualquier anciana» meditó el investigador. Se aclaró la garganta antes de hablar, pero aun así percibió un ligero temblor en su voz.

—Tía Lurdes —levantó la mirada hacia unos cables de alta tensión que colgaban recortados contra el grisáceo cielo de la tarde—, soy Erick —y antes de proseguir, tomó una pausa con la esperanza de que eso bastara para que lo reconociera—. Fantasmín —Aclaró, ruborizándose.

De niño era tan pálido e introvertido que su familia por parte de madre le apodaba fantasmín. Habría sido tierno de no ser porque realmente lo usaban para burlarse de él. Odiaba cada vez que sus abuelos le recalcan que era un bichito raro que de seguro nunca hacía amigos en el colegio.

—Oh —la risa que sonó a continuación fue mordaz, casi hiriente—. Erick, qué sorpresa, cuánto tiempo.

Erick fue directo al grano. Le explicó el motivo de su visita a Sántrico, la desaparición de Marco, las investigaciones, incluso le habló un poco sobre su situación en Caracas. Ella mostró un interés cordial y taimado, intercalando algunas preguntas y exclamaciones. Fue entonces cuando le contó que se estaba quedando en el apartamento en venta de su prima

—¿Allá? No seas bobo. Aquí eres bienvenido.

Erick sintió un escalofrío. La tía Lurdes siempre le había dado miedo. Realmente era la hermana de su abuela materna, la señora Lurdes de Cristo. Tal y como la recordaba, era una anciana corpulenta y nervuda, de cabello entrecano que alguna vez fue rubio. Inquieta, perspicaz y un poco tosca, la señora Lurdes era una de las personas que más lo incordiaba de su familia.

Una vez, cuando él llegó del colegio (su madre trabajaba hasta tarde y varias veces lo dejaba toda una semana con ella), pasó a la abarrotada sala de estar, repleta de adornos y antigüedades, y vio que la tía Lurdes no estaba en su vieja

mecedora donde siempre solía encontrarla. Tampoco la vio en los cuartos. Supuso que había salido al mercado o al bulevar por lo que no le dio más vueltas al asunto, pero cuando venía de revisar el último cuarto, escuchó algo proveniente del baño de la sala. La puerta estaba entreabierta, pero estaba la luz apagada y el lúgubre ambiente de la casa no ofrecía la menor claridad. Se acercó con cautela al oscuro resquicio y aguzó el oído. Sí, ahí estaba otra vez, como una especie de siseo muy bajito. ¿Las tuberías? ¿Una fuga? ¿Tal vez una serpiente? Se acercó a la siseante oscuridad, algo nervioso, pero impulsado por la curiosidad. Fue entonces cuando, de un salto y con un horrible alarido, surgió de la penumbra su tía Lurdes; traía puesta su bata de color lima clara y girasoles pintados con la que solía dormir, los cabellos encrespados y decolorados que le llegaban hasta los hombros, el moftetudo rostro desfigurado por una expresión siniestra. La mujer se abalanzó sobre él, agitando como gelatinas sus enormes piernas celulosas. Erick salió disparado al instante. Ágil como un gato, cruzó corriendo la sala lo más rápido que sus piernas le permitieron, escuchando a sus espaldas los pesados y apresurados pasos de su tía, persiguiéndolo. Llegó al final del pasillo y se metió en el cuarto de visitas, donde él dormía. Cerró la puerta con llave y se alejó hacia la cama. El corazón le bombeaba desbocado y tenía la respiración tan agitada que sentía que no encontraba el suficiente oxígeno. Un silencio se apoderó entonces de la casa, ni siquiera el sonido de los pasos le llegaban más allá de la puerta. Él comenzó a temblar como un gatito asustado.

—Ay, mi fantasmín —su tía estalló de repente en gruesas carcajadas. Parecía que estaba justo detrás de la puerta, pero no distinguió ninguna sombra por debajo—. Perdóname, era jugando —graznó. Erick casi podía ver como su papada temblaba a cada risotada—. Qué cómico te viste. Ya, ya, abre la puerta, deja que te dé un abrazo.

Erick no abrió la puerta hasta que su madre llegó del trabajo para buscarlo, ya entrada la noche. No la miró a los ojos ni cuando tuvo que despedirse, ni cuando, muy a su pesar, tuvo que acercarse a darle un beso en la carnosa mejilla.

Su tía Lurdes hacía ese tipo de cosas a menudo, pero siempre de una manera distinta, de modo que siempre lo agarraba desprevenido.

—El ogro, Erick —le advertía ella de vez en cuando con esa susurrante y ronca voz, curiosamente como la de un ogro—, el ogro se mete a esta hora en el cuarto de visitas —él, con tan sólo seis años, miraba hacia la puerta cerrada del cuarto con desconfianza—. Está esperando a que entres para secuestrarte. Luego, en su cueva, te arrancará las piernas para que nunca puedas escapar.

Acto seguido, le sonreía con esos alargados dientes amarillos y esa achinada mirada fría, del azul del hielo.

Erick había intentado ponerse excusas para no tener que ir a ver a la tía Lurdes, pero sentía auténtica curiosidad por verla luego de tantos años. Además, al fin y al cabo, fue ella quien lo cuidó tantas veces, quién le contaba historias antes de dormir y le daba galletas por las tardes.

Pero quedarse en su casa ya era algo distinto.

—No, tía —la evadió—, Patricia insistió en que me quedara allí. Además, me queda cerca de la hemeroteca a la que necesitare ir todos estos días —mintió.

Mientras su tía le respondía, se recostó del poste de electricidad y miró a lo lejos el complejo de apartamentos, desde donde alcanzaba a ver parte de la ventana de su habitación. La señal en ese edificio era nula. Había estado caminando durante varios minutos por la zona intentando conseguir al menos dos barras de cobertura.

—... muy vieja, pero creo que te gustaría —seguía ella.

—Sí, claro, tía. Mire, no tengo mucha señal por aquí, mejor hablamos allá en su casa. Dígame cuándo puedo ir a verla.

—Mi fantasmín puede venir a visitarme cuando él quiera —aunque empleaba un tono de voz amable y cálido, las palabras salían raspando toda la garganta a su paso como piedras filosas—. Es más, ¿por qué no pasas hoy mismo? Te haré las galletas que te gustaban.

2

—Tía Lurdes —saludó Erick esbozando la sonrisa más cordial que pudo.

La tía Lurdes lo miró a través de la reja negra del portón de entrada. Entre los barrotes, dos ojos color zafiro lo escrutaban. Si no fuese por la sonrisa en sus labios, Erick diría que esos ojos denotaban hostilidad pura.

—Mi querido Erick —la reja se abrió y reveló por completo a una anciana inmensa, tan alta que aun estando encorvada superaba en tamaño a Erick. El rostro adusto y cruel era abultado y grotesco, con más carne de la necesaria; los mofletes tan flácidos que parecían cera derretida sobre el interminable campo de pliegues. Cada arruga estaba tan marcada que parecían más bien grietas, cientos, tal vez miles. Erick no quiso hacerlo, pero fue inevitable pensar en sapos.

«La reina sapo» recordó de pronto. Así la llamaba en su mente cada vez que lo jodía con el maldito fantasmín. Le tomó las medidas, tanteó con la mirada cada palmo, cada esquina de su cuerpo. «Sigue siendo la mujer más abominable que he visto en mi vida». Erick no veía a la tía Lurdes desde hace veinte años. Ahora tendría unos setenta y tantos, y realmente le sorprendía lo poco que había cambiado en nada menos que dos décadas. Tenía el pelo más canoso y el rostro más arrugado, sí, pero pareciera que fuese, en esencia, exactamente la misma.

—Pasa, pues, que se mete el frío.

La sala de estar era pequeña, el piso y los estantes, tal y como los recordaba, abarrotados de mesitas, jarrones y reliquias que tan solo dejaban un sinuoso y estrecho espacio por donde caminar. Considerando las dimensiones de su tía, era como si una ballena viviese en un estanque.

—Allá te puedes sentar —señaló ella hacia una esquina donde un sillón beige con textura de gamuza lo esperaba.

El sillón resultó ser tan incómodo como lucía. La gamuza era dura y rasposa.

—¿Agua, café o refresco? —ofreció caminando hacia la cocina.

—¿Refresco? —inquirió intentando acomodarse en vano en el apretado sillón— No deberías tomar refresco a tu edad.

—Hace mucho que debí haber muerto. Es ilógico preocuparme ahora por mi salud —respondió ella ya inclinándose sobre la nevera abierta. La bata de seda color crema que llevaba era bastante holgada, pero aun así se le notaban los rechonchos pliegues de grasa cada vez que se movía—. Será refresco para ambos entonces.

Mientras la anciana rebuscaba en la cocina, Erick paseó la mirada por la estancia. Había por lo menos una docena de jarrones barrocos distribuidos desordenadamente entre los muebles, piezas de artesanía que parecían datar del renacimiento, floreros y candeleros de oro asomaban en las esquinas bajo una espesa capa de polvo; las cuatro alacenas (una en cada pared), exhibían tras sus vidrios copas de plata, teteras cinceladas, platos y vajillas ornamentados. Los aparadores rebosaban de todo tipo de baratijas, algunas bastante llamativas, otras horribles: anillos de oro, plata y bronce, collares aparatosos, relicarios y cadenas, gargantillas y brazaletes, piedras y minerales de distintos colores y tonalidades, prendas y sábanas de seda, de satén y terciopelo que colgaban de las cómodas. Erick recordó el libro de *El hobbit* en el que un dragón protegía un tesoro inconmensurable, bañándose en él cada día y cada noche, durmiendo sobre él y deleitándose con sus riquezas. Él se sentía como ese pequeño hobbit, en la guarida de un monstruo rodeado de un tesoro que más que fascinarlo, lo abrumaba.

—Este sillón no lo había visto —exclamó Erick en un esfuerzo por disipar el viciado aire de silencio—. De resto, diría que todo sigue igual.

—Tal vez veas una o dos cosas distintas —afirmó ella regresando con las tazas de refresco.

Hasta la taza era hermosa, de acrílico blanco con filigranas doradas. Erick dio un sorbo y cuando se fijó, ella se había ido otra vez a la cocina.

—Recuerdo cuando quebré uno de tus jarrones —había sido a sus diez años. Estaba curioseando entre los adornos y cuando fue a mover el pesado jarrón, una pieza de porcelana estriada con incrustaciones de jade, se le resbaló de las manos y

se estrelló contra las baldosas marrones del suelo. —Estuve toda la tarde aterrado, esperando a que despertaras.

La tía Lurdes volvió con una bandeja de galletas que depositó en un escabel cercano y le hizo una seña para que agarrara.

—Mi jarrón italiano del sesenta y nueve —asintió su tía llevándose una galleta a la boca y pasándola con el refresco.

Erick también probó ambos. Las galletas eran muy pastosas y el chocolate sabía viejo, pero igual estaban buenas. Siempre le habían gustado las galletas de su tía.

—Pero no te molestaste. Creo que ni siquiera te importó.

—Por supuesto que me molesté —replicó ella esbozando una sonrisa—, sigo molesta, pero te quiero más a ti que a esos jarrones.

Erick recordaba que le había dicho que no se preocupara, que esas cosas pasaban; sin embargo, en los días posteriores aumentaron los sustos y las burlas. Su tía Lurdes había decidido escarmentarlo de otra forma, de la única que sabe, usando su ingenio para causarle temor y mantenerlo en vilo toda la noche.

—Sigues igual —agregó, ya agotadas las formalidades.

—Tú también —dijo mientras agarraba otra galleta—. Sigues siendo el pequeño fantasmín, sólo que más alto. Y con un arma encima por si te saco de quicio.

Erick se llevó la mano a la funda por instinto y sonrió.

—Te conviene llamarme por mi nombre entonces.

—Me da igual si me pegas un tiro, me ahorcas o me matas a patadas. Fuiste, eres y seguirás siendo fantasmín para mí —la sonrisa de ella se ensanchó un poco más—, un niño apagado, simplón, enfermizo y muy solo.

—Me alegro que así sea como me recuerdes.

—No seas llorón, Erick. Tú mamá, tus tíos y yo te veíamos por lo que realmente eras. Esconder la realidad para hacerte sentir mejor sería para ti todavía más insultante. Agradece que no te mingoneamos ni te malcriamos como a los maricones de tus primos. Míralos ahora, uno más inútil que el otro. En parte tenía razón. Sus primos Michael, Keiver y Ramiro se habían graduado de bachiller con un promedio que dejaba bastante que desear y no siguieron estudiando. Michael consi-

guió trabajo despachando en una bodega, Keiver se quedó de recolector en las camionetas de transporte público y Ramiro ni siquiera se puso a trabajar. Más tarde le llegaron rumores de que se había metido a malandro.

—Mi mamá no se metía así conmigo —se defendió blandiendo su sonrisa sardónica que pretendía hacerlo parecer desinteresado—. De todas formas, es un gusto volver a verte, tía.

—Oh... —el gesto fue como el de quien se sonroja ante un cumplido, pero el pálido rostro de la anciana no enrojeció ni un poco— Igualmente, corazón.

De pronto ya no sabía que más decir. Ya se había terminado de beber el refresco y de comer su porción de galletas; no tenía nada con que hacer tiempo para pensar en un tema de conversación. Respiró hondo. Un fuerte olor a incienso empalagaba la estancia. «Incienso y algo más... ¿Canela?»

—Bueno, tía, como te comenté, estoy aquí por Marco.

—Sí, el muchacho que mataron la semana pasada.

Erick frunció el ceño.

—Nadie sabe todavía qué le pasó.

—¿Y tú qué crees? ¿Que sigue con vida? —Le dio el último sorbo a la Pepsi cola tras una risita— Eres muy estúpido si eso es lo que crees.

—¿Quién pudo haberle hecho eso?

—¿Por qué habría de saberlo? ¿Crees que soy vidente?

Erick frunció los labios. Odiaba que le respondieran con otra pregunta.

—¿Qué crees que pudo haberle pasado?

—Alienígenas.

Por la naturalidad con la que lo dijo, le costó un momento caer en cuenta que estaba bromeando.

—Tía, estoy con la mierda al cuello aquí. Sé que desaparece... bueno, presuntamente muere mucha gente en Sáncrio todo el tiempo. Mientras más investigo, más me pierdo. Tú has vivido aquí toda tu vida, algo tienes que saber, algo tienes que haber visto, algo extraño o inusual que pueda ayudarme.

Ambas miradas se sostuvieron por un instante. Azul contra azul. La anciana habló moviendo nada más que los labios, como si fuese una estatua parlante:

—¿Has oído alguna vez de la montaña de Sorte?

—¿Qué?

—¿Eres un venezolano de treinta y tres años que no ha oído nunca sobre la montaña de Sorte?

—No, tía, ilústrame —repuso moderando la voz para que no se le notara la irritación.

—Pues mira, fantasmín, como su nombre bien lo indica, se trata de una montaña en Yaracuy. Un ancestral monumento natural también conocido como el cerro María Lionza.

La pausa que le siguió fue para comprobar si a Erick le sonaba el nombre.

—María Lionza. El demonio —declaró él.

—¿Demonio? —Le enseñó los dientes en una mueca burlesca. Un brillo extraño le asomó en los ojos— ¿Quién te dijo eso?

—La iglesia de mi parroquia. Creo recordar que mencionaban a una tal María Lionza cuando hablaban de brujería y santos.

—Pues sí, los cristianos la consideran como tal. Pero ¿qué no consideran los cristianos como obra del demonio? Cualquier cosa ajena a su religión es herejía. Tal vez ya no actúen como la inquisición, pero siguen tienen las mismas opiniones.

»Digamos que es una deidad de la naturaleza. Un ser mítico al que rinden culto por medio de rituales indígenas. De ahí a que se le relacione con brujos y santeros. Diría que es difícil delimitar donde empieza una religión y termina la otra, pero en Sorte, todos estos practicantes son bienvenidos. Allá verás un extenso mestizaje de culturas y creencias, desde monjes peregrinantes hasta babalaos y sacerdotes africanos —sin muletillas, sin trabas ni dificultades de ningún tipo, la anciana hablaba con tal fluidez y elocuencia que parecía un experto hablando sobre su especialidad—. El punto es que, a pesar de ser un centro bastante conocido y visitado por una parte importante de la población venezolana, sigue siendo un misterio para la mayoría. Un misterio con que el que no querrías meterte, se podría decir.

—¿Dices que es algo parecido a lo que está pasando aquí?

—Sí y no. Se supone que es un lugar para buscar sanación espiritual, te purifiques y rindas tributo a la diosa de la montaña,

pero, digamos que un grupo selecto de individuos busca otro tipo de cosas un poco más... extremas.

La pausa lo invitaba a adivinar, pero Erick negó con la cabeza en señal de completa ignorancia.

—pues —continuó ella—, este selecto grupo, más allá de rendir culto, buscan un tipo de fortuna más palpable. Una fortuna por la que hay que pagar un gran precio. Verás, yo pasé un buen tiempo visitando la montaña. Sé que crees que esta vieja decrepita apenas y salía de su casa, pero te equivocas. Adoro viajar y traer toda clase de suvenires a mi humilde morada. Esas figuras de cera que ves allá.

Erick miró a su izquierda. Sobre uno de los aparadores, junto a la colección de anillos y piedras, se alzaban tres estatuillas a color de no más de diez centímetros. Dos parecían ser hombres con sombrero y traje, y la de en medio era una mujer desnuda a caballo sosteniendo algo sobre su cabeza.

—Las traje de allá. La mujer, naturalmente, es María Lionza —continuó Lurdes—. Allá conocí toda clase de gente, entre ellos, un hombre que me estuvo guiando la mayor parte del día y me explicó todos los rituales. Me llevó a ver el famoso baile en candela a la luz de la luna. No es algo que pueda describirse así como así. Tienes que estar allí y verlo, experimentarlo.

—¿Bailaban sobre fuego?

—Por algo se llama así ¿no? El baile en candela es una de las atracciones principales. Allí verás a los llamados “materias” realizando una danza muy particular. Descalzos y borrachos, caminan y saltan entre las brasas y rescoldos de la multitud de hogueras a lo largo del campo. Pero, por supuesto, se supone que no son ellos mismos.

—¿A qué te refieres con que son “materia”?

—Este hombre sabía muchas cosas —prosiguió haciendo caso omiso de la pregunta—, era una enciclopedia ambulante sobre las costumbres y el folclore venezolano. Incluso manejaba los dialectos africanos. Podía pasar toda la noche oyendo sus historias. Si hubiese sido un poco más joven, habría intentado acostarme con él, pero el sexo intelectual también es bastante satisfactorio.

Erick intentó por todos los medios no imaginar a su tía desnuda, sin éxito.

—Quedamos siendo amigos y al año siguiente que regresé a Yaracuy, volví a verlo. Esta vez la confianza era tal que me contó varias cosas que se supone no deberías contarle a una dulce señora como yo.

»Me habló entonces de este grupo de personas que te mencioné. Él era uno de ellos. Un sacerdote. Me contó que de joven había sido un delincuente que se ganó a más enemigos de los que a nadie le gustaría. Siendo perseguido por la ley y todas las demás bandas criminales, acudió a su último recurso: la protección espiritual.

»Para hacerte el cuento corto, terminó adentrándose en lo más profundo de un culto que actualmente es desconocido para la mayoría, uno el cual el nivel de entrega de sus fieles deber ser total, de cuerpo y alma. Más allá de los santeros, más allá de los adoradores de María Lionza, este reducido grupo de personas adora deidades igual de desconocidas, entes que se comunican con ellos utilizando intermediarios. Obtuvo poder, sí, sus enemigos nunca pudieron tocarlo y su fortuna y fama aumentaron con el tiempo. Pero lo que ese hombre me contó que hacía para conseguirlo, Erick, no es para nada, digamos, “cristiano”.

»Sus dioses le exigían vírgenes. Siempre. Él era *materia*, lo que quiere decir que su carne era fértil para las posesiones. Me dijo que llegó a estar poseído por más de quince demonios a la vez. Él disociaba durante estos trances, por lo que no recordaba lo que pasaba, pero había visto a los anteriores sacerdotes en la práctica y sabía que, luego de ser poseído, violaba y asesinaba a la virgen en ofrenda. También sacrificaban bebés y hombres; por lo general, los hombres se entregaban en cuerpo y alma a estas misteriosas deidades, muchos de ellos no volvían a salir de esa cueva. Sí, cueva. Estos ritos se hacían en unas cavernas en lo más profundo de la selva, un lugar al que nadie más que los sacerdotes sabían llegar. Los iniciados y devotos eran llevados con los ojos vendados. Estos iniciados muchas veces eran sacrificados también de maneras horribles si estos no cumplían con los estándares de los espíritus, de modo que una cantidad ingente de personas desaparecía cada año entre los bosques de Yaracuy.

A Erick le empezó a temblar el ojo. Una secta. Lo sabía. Su tía también lo sabía. Sacerdotes, rituales, demonios. Una montaña remota olvidada por Dios era una cosa, pero una ciudad con zonas residenciales, industrias y colegios, a tan solo treinta minutos de Caracas, era otra.

—Veo que comprendes a lo que quiero llegar. Me pediste mi sincera opinión sobre lo que creo que podría estar pasando. No voy a negártelo, aquí hay brujos y practicantes de hechicería, incluso conozco gente que juega con la nigromancia, sin mencionar a los sectarios de algo que todavía no sé qué es, pero que para muchos de nosotros se ha hecho evidente.

»Me dijiste que te sentías abrumado. Haz caso a tu instinto, por una razón te lo dice, es algo contra lo que no puedes luchar porque simplemente no lo puedes comprender.

»Pongamos el caso de Semipalatinsk, un sitio que hoy en día se encuentra desolado en el país de Kazajistán —Erick la observaba en silencio, genuinamente asombrado por las cosas que su tía sabía y aún recordaba—. Durante la Unión Soviética, este sitio era habitado por una serie de pueblos de muy bajos recursos y nivel educativo prácticamente nulo, por lo que cuando ocurrió un desastre nuclear por la zona que se estima fue de proporciones aún mayores que el de Chernóbil, miles y miles de personas murieron sin tener la menor idea de lo que estaba pasando.

»Tan solo imagínalo, una panda de campesinos ignorantes que no conocían más que las labores del campo, como si viviesen aún en la época del medioevo, muriendo de a miles por algo invisible que parecía mucho peor que cualquier enfermedad. Habrán creído que por fin el día del juicio había llegado, que el mundo se acababa. ¿Pero era el fin del mundo? ¿Era una maldición, un castigo de Dios? No, ni una cosa ni la otra. Es algo tan fácil de comprender para nosotros como que el fuego quema. Sin embargo, para esta pobre gente, era algo completamente fuera de su entendimiento, y dime, ¿cómo te defiendes de algo que no entiendes?

»Sí, aquí hay un fenómeno que se manifiesta cada cierto tiempo y que se cobra la vida de aquellos que andan por la vida como la oveja descuidada que se separa del rebaño en tierra

de lobos. No estamos en condiciones de saber aún qué es, pero existe. Una parte de nosotros prefiere apartarse y tomar sus provisiones, andarse con cuidado, y otra se decanta por rendirle culto a aquello que no entiende.

Erick quiso sostenerle la mirada, pero no pudo. De pronto se sentía cansado, triste. Y algo que le hervía en las entrañas comenzó a subirle por el cuerpo, algo que en su mente le parecía como un caldo rojo que se vertía por los canales de su sistema nervioso.

—Estupideces, tía —espetó, enardecido—. Secta o no, un crimen es un crimen, mi trabajo es resolverlos e impedirlos. Dame un nombre, al menos uno solo, para investigarlo; si ha hecho algo, lo sabré, y basta con una llamada para que le caigamos encima la PNB y yo.

—Erick, Erick... —reprobó ella torciendo los ojos— Creí que eras alguien más inteligente ¿Qué parte de que la situación aquí está completamente fuera de tu control no entendiste? Muchos lo han intentado y el resultado es invariable.

Erick negó con la cabeza. La idea de detenerse era como si le dijeran que se tocara las orejas con los labios. «Por favor, Erick, te lo suplico» rogaba la voz de Elizabeth en su cabeza.

—¿Qué le digo a mi prima entonces? ¿Qué es mucho para mí? ¿Qué nunca habrá justicia para Marco?

—No finjas que te importa tu prima o Marco. No te importa nadie que haya quedado en Sántrico, sea familia o no.

Erick se levantó.

—No soy lo que tú crees.

—Eres un agente corrupto y drogadicto que cree que puede reivindicarse haciendo esto.

Una sensación extraña, como una vibración en las cienes, le asaltó al instante. Sintió que el sudor se le enfriaba, y la ira, su único mecanismo de defensa contra el miedo, quedó por momentos obnubilada tras la espesa niebla de la consternación.

—¿Qué? —Fue lo único que alcanzó a decir.

—¿Qué de qué? —repuso la anciana arqueando las cejas— ¿Vas a negarlo? Ahórratelo. Aquí estamos en confianza, nos podemos decir lo que sea.

«Cálmate» decía una segunda voz, más clara que el ininteli-

ble y tempestuoso idioma de la rabia. «Ella no sabe nada, sólo rumores. Calma, calma, calma.»

—¿De qué crees que estás hablando?

—De ti, obviamente —hizo un gesto interrogativo, como si no comprendiera cuál era la incertidumbre de Erick—. Eres solo otro corrupto más ¿y qué? Eres literalmente una gota en el océano.

—¿Qué has escuchado de mí?

—Sólo lo cierto. Siéntate y relájate, vale. Me estás provocando acidez.

—No ¿Quién te ha estado diciendo eso? —A punto estuvo de agarrarla del cabello y obligarla a responderle por la fuerza, pero aún podía controlar sus impulsos— ¿No te da pena andar creyéndole todo a la gente? ¿Chismes sobre tu familia, tu propia sangre?

—¿Por qué sigues negándote a ti mismo? No es tan difícil, cariño, simplemente se trata de tener la humildad de aceptar tus errores y...

—Maldita sea, vieja mal parida —sacó la Beretta de su funda, pero no le apuntó. El arma quedó colgando a un costado como parte de su brazo—. Cállate ¡cállate de una maldita vez!

—«Cálmate, Erick, contrólate.»

—No saques el arma si no piensas utilizarla —lejos de parecer asustada, la anciana lo miraba desde su asiento con un aire de seriedad sosegada—. Recuerda que uno de los grandes errores del hombre es subestimar a la gente y a las situaciones. Todos subestiman a la pobre anciana Lourdes, y muchos aún lamentan su error.

—¿Quién eres? —gruñó. Tenía los dedos en torno al arma crispados por la ira. La mirada de Erick era una tormenta de hielo azul—. O mejor ¿qué coño eres? No eres normal, eres una...

—Tampoco me considero alguien común y corriente —ella sonrió y apoyó las manos en una rodilla con naturalidad—. Si te sirve de consuelo, sí, soy una vieja rara, horrible, obesa e hipócrita. Sí. Muchas de mis sonrisas son falsas, al igual que mis cortesías, pero sigo siendo humana, al igual que tú. Eso quiere decir que en el fondo, puede que tú y yo no seamos

tan distintos. Sé que te doy asco, te causo una repulsión tal que incluso me tienes miedo. Siempre ha sido así, desde que eras un mocoso pegado aún a las tetas de tu madre. ¿Me quejé alguna vez? ¿Te lo reproché? ¡No! Así es como tú me percibes y no hay nada que pueda hacer al respecto. Esa es la realidad.

—Si tanto me odiabas ¿por qué no me apartaste y ya?

—Ay, Erick, no seas ridículo ¿Cómo voy a odiarte por verme tal cual como soy? Me aprovechaba de esa aversión que sentías hacia mí y te jugaba bromas pesadas. No te lo voy a negar, me divertía muchísimo, pero eso no es odio.

Erick pensó en su madre. De pronto se sentía muy triste.

—Ven —su tía se levantó. Estando él sentado, verla desde debajo de esa manera le resultaba muy inquietante—. Tengo algo que tal vez quieras ver.

La siguió por el pasillo entre las lúgubres paredes negras que daban una sensación claustrofóbica. Aquella casa tenía cuatro cuartos, pasaron por uno que tenía la puerta abierta, por donde pudo ver que todavía estaba el gigantesco piano que Erick recordaba, con una fina capa de polvo encima y rodeado de estanterías llenas de adornos y muñecos horribles que parecían de vudú. El otro cuarto era el que siempre estaba cerrado. Erick jamás logró descubrir qué había allí. Incluso desde afuera de la casa, la ventana de esa habitación estaba tapeada con madera. De niño le daba curiosidad, pero con el pánico que le daba su tía, tampoco tenía demasiadas ganas de entrometerse en el secreto de esa habitación. El otro cuarto y era donde dormía Lurdes, también cerrado como la mayoría del tiempo, y el último, el de visitas, donde Erick se quedaba hacía tantos años. Todo seguía tal cual como lo había dejado, la cama con sus sábanas azules y la película de polvo que le caía todos los días, el armario blanco con las puertas chirriantes, la gaveta de roble con el reloj de mesa y la ventana con persiana. De un cajón de la gaveta sacó un álbum de fotos. Erick se extrañó: definitivamente no recordaba que hubiese un álbum allí.

—Sabía que algún día volverías. Guardé esto aquí para ti —pasó rápidamente las páginas hasta que se detuvo en una, sacó la fotografía y se la entregó—. La bella Damaris y su

fantasmín —sonrió.

Erick contempló la foto. En ella aparecía su madre muy joven, con el cabello corto y la expresión seria que siempre tenía. Estaba acostada sobre una camilla con una bata de hospital puesta, y entre sus brazos, un bulto de mantas que envolvían un pequeño rostro pálido.

—La única foto del día en que naciste —dijo Lurdes.

—Sí —fue todo lo que pudo decir. Se la iba a entregar de vuelta pero Lurdes levantó una arrugada y voluptuosa mano.

—Quédателя. Te dije que era para ti.

Erick miró nuevamente la foto, absorto. Así estuvo un rato, hasta que su tía rompió el silencio.

—Vas a morir, Erick.

No levantó la mirada, pero sabía que su tía lo miraba con esa horrible sonrisa suya.

—Si sigues metiéndote donde no te llaman, hurgando en los rincones más negros de la ciudad, vas morir. De eso estoy tan segura como que el sol sale por el este y se esconde por el oeste. Y lo peor de todo es que ni siquiera sabrán qué pasó contigo. Nadie llegará a saber lo poco que llegaste a averiguar. Desaparecerás y ese será el fin del asunto. Si quieres volver a ver a tu madre, Erick, sigue mi consejo. Lárgate de Sántrico esta misma noche, ahora que puedes.

Capítulo 7: San Quinting

San Quinting era el único colegio privado de Sáncrito. Ubicado al norte de la ciudad y colindando con el pueblo de Las Mercedes. Era un complejo espacioso de tres edificios blancos y achatados, ocultos en la distancia por la tundra del Guatopo. En una de las aulas del segundo piso, mirando hipnotizada los árboles a través de la ventana, Nicole sentada en su pupitre mientras la algarabía típica del resto del salón cuando no estaba el docente se intensificaba con el lento, muy lento paso de los minutos.

—Nicooo —graznó la ladilla de Kevin.

—Que no me digas Nico. Suenas a que soy hombre —contestó ella lanzándole una mirada hostil.

—Ay, vale ¿Y a ti qué te pasa?

Nicole volvió la mirada a los árboles.

—Estas toda odiosa porque no te dejaron ir a donde Ray —aseguró Kevin esforzándose por hacerse escuchar entre la bulla del salón.

—¿Y eso? —intervino Christian apareciéndose detrás de Kevin.

—Nada, que la tienen sometida —repuso él.

—No les he dicho todavía —respondió Nicole, obstinada.

—Bueno, pero si quieres no vamos tampoco y nos quedamos en tu casa —convino Christian mientras le hacía señas a Sasha para que se acercara.

—Ja, no seas marico tú —objetó Kevin—, llevo días cuadrando el alcohol con mi primo.

—Llévalas a la casa y ya, eso no se pierde.

—No dejaron a Nicole ir para la reu y van a dejar que vayamos a rascarnos a su casa —rebatía el muchacho con sarcasmo.

—¿No se puede, Nicole? —quiso saber Christian poniéndole una mano al hombro. Ella lo miró sin expresión alguna.

—¿Qué quieres? —llegó diciendo Sasha.

—Tu novio que está intenso con lo de Ray —explicó Christian—. Si Nicole no va yo no voy.

—Verga, y yo soy el intenso —se burló Kevin— Ni te la has terminado de cuadrar y ya te estás amarrando tú solito.

—Ay, Kevin, no seas rata —sonrió Sasha.

—¡Coño pero es verdad!

A todo esto, Nicole examinaba discretamente a Christian. Ciertamente, el chamo le tenía bastante paciencia. Era amable, humilde, honesto y, durante las dos semanas que llevaban saliendo, no la había presionado o incomodado. Si llegaba a oficializarlo, se convertiría en su primer novio.

Ese pensamiento la aterrorizaba y se odiaba a sí misma por eso.

—Sí iré —decidió en tono tajante.

Christian arqueó las cejas.

—¡Qué bien, Nico! —se emocionó Sasha.

—Nicole —corrigió ella.

—¿Segura? ¿Y tus papás? —inquirió Christian.

Ella se tomó unos segundos antes de responder. Nunca desobedecía a sus padres y mucho menos se escapaba de casa. En lo tocante a fiestas, sólo había ido a alguno que otro cumpleaños familiar.

—Si llego antes de la mañana, no debería haber problema —aseguró.

Capítulo 8: Kuzimu

Héctor se percató de una cosa: si el infierno existía, debía de estar descendiendo lentamente hacia él.

Cuando tenía diez años había sido adoptado por la psicóloga del orfanato. Ella, una mujer muy tranquila, de voz suave y movimientos taimados, tenía una fe muy grande en el altísimo, arraigada de un seno familiar en extremo católico (su madre era directora de un colegio de monjas) que pretendía inculcar en el joven Héctor con solo unos meses bajo su tutela.

Héctor ya tenía cierta fama de ser un caso difícil, por lo que la psicóloga le dio cuidados y atenciones especiales. A ojos de Héctor, eso estaba muy bien, pero en casa el verdadero problema era la madre de su madre adoptiva. La anciana estaba enferma, nunca llegó a saber exactamente de qué, pero cargaba siempre una bombona de oxígeno conectada a un respirador. Además, su hija tenía que administrarle una cantidad absurda de pastillas cada día y comprarle suplementos alimenticios, equipos ortopédicos, contratar terapeutas, entre muchas otras cosas que tampoco precisó. Desde que Héctor llegó a esa casa, la vieja ya quería separarlo de inmediato de su madre; siempre estaba asignándole nuevas tareas del hogar, haciendo comentarios mordaces y reclamándole a la psicóloga el trato tan especial que estaba recibiendo.

Para ser un niño de diez años, Héctor no tardó en maquinar un plan para sacar a la anciana de la ecuación.

Un día, luego de darle sus pastillas, la psicóloga salió de casa como de costumbre hasta que se hiciera el mediodía. Héctor tuvo tiempo más que suficiente para darle todo un pote de pastillas por la fuerza y, al ver que la anciana los vomitaba y sin más remedio que recurrir a otros métodos, le puso una almohada sobre el rostro y presionó con todas sus fuerzas. Eso tampoco dio frutos, la vieja seguía retorciéndose y peleando hasta mermar la resistencia de Héctor, de modo que rodeo su delicado cuello con ambas manos e intentó asfixiarla por varios minutos. Finalmente la anciana cedió, dejó caer los brazos y quedó con la boca abierta y un

hilillo de saliva corriéndole por la barbilla.

Transiciones entre la llegada de la psicóloga, luego de los vecinos, los paramédicos y finalmente de la policía era todo lo que Héctor recordaba de ese día. Por la noche, en el hospital, escuchó a los doctores y a su madre hablar sobre “el coma” y la posible recuperación. Más tarde, ya habiendo crecido y dándose cuenta de las cosas, supo que la policía había identificado el intento de asesinato y mandado a arrestarlo. A partir de allí comenzó su progresivo declive en una espiral de crimen y decadencia moral y psicológica. Pero lo que realmente le hacía recordar a Héctor esos lejanos días era la introducción de la religión a su vida; el cristo que se sacrificó por él y al que debía rendirle homenaje por siempre, el Dios que todo lo ve y que todo lo sabe, los mandamientos y pecados del hombre que eran castigados con el fuego del infierno. Cada día la psicóloga le leía versículos del viejo y el nuevo testamento y lo instaba a rezar, repitiendo todo lo que ella dijera. La fórmula invariable de la oración consistía en súplica, arrepentimiento y agradecimiento. “Libranos del mal...”

Al principio, cuando Héctor comenzó los asesinatos, pensaba a menudo en Dios. “Todo lo ve, todo lo sabe”. Sí todo lo veía y todo lo sabía entonces le parecía bien lo que hacía. Hasta el momento, había matado docenas de personas en distintas ciudades y pueblos, había hecho sufrir de manera horrible a mucha gente, física y psicológicamente, había destruido familias, enviudado a hombres y mujeres y dejado huérfanos a quién sabe cuántos niños. Héctor se percibía como una fuerza irrefrenable que nada podía saciar o aplacar. Él era Dios, y si no lo era, definitivamente tenía que estar de su lado, pues seguía suelto, impune, invicto, sin pagar por toda la sangre que había derramado en su camino.

Por lo menos, eso era lo que había creído hasta hace unos días. Algo había venido por él, lo venía a buscar y tenía la grotesca sensación de que no importaba dónde se escondiera o a dónde escapara. Ese ser ya sabía de su existencia y más importante aún de lo que hacía con ella así que ahora estaría siempre cerca, asechándolo.

Entonces ese era el castigo de Dios. Esa era la manera en

que debía pagar por sus crímenes, siendo atormentado por un ente bestial y desconocido. No sólo eran las pesadillas, los dolores de cabeza y el estrés. *Sentía* al monstruo. De alguna manera, podía sentir que estaba justo fuera de su casa, rondando y vigilándolo. Los perros habían ladrado y chillado tanto que los tuvo que meter a la casa el mismo día que había encontrado a la mujer en el porche, hacía ya cuatro días. Incluso los dejó dormir en su cuarto, logrando hacerlo sentir un poco más a salvo. Pero desde ese momento las cosas no hicieron más que empeorar.

Todos los días, sin falta, empezaron a aparecer cadáveres en el porche. La cosa los estampaba contra la puerta embarrando todo de sangre. Más que cadáveres, eran restos, despojos difícilmente discernibles, pero que sin duda pertenecían a lo que alguna vez fue un humano. Por las noches los árboles susurraban, las ramas secas crujían; algo enorme se movía con pesadez entre los robles del patio trasero, pero cada vez que Héctor se asomaba por la ventana, no distinguía más que oscuridad.

En una ocasión lo vio, y aunque sabía que era una idea absurda, supo que lo había hecho a propósito. Héctor, de hecho, tenía el presentimiento de que todo lo que hacía el demonio, la criatura o cosa que lo acechaba, era para enviarle un mensaje. Lo primero que pensó fue que estaba marcando su territorio, dejando cadáveres frente a su casa a modo de desafío. Luego, cuando empezó a soñar con él, supuso que él era sólo una presa más a la que estaba torturando y asustando progresivamente antes de matarlo, como él mismo hacía con sus víctimas. Como un león jugando con su presa. Pero ya a estas alturas, sabía que cualquier cosa que él supusiera era inútil. Estaba lidiando con algo que claramente escapaba a su comprensión, la de él y cualquier otra persona, de hecho. Algo demasiado oscuro y turbio como para vencerlo él solo. Esto lo supo esa noche que atisbó a verlo, aunque sea solo una parte, o una sombra, ni siquiera estaba seguro de eso.

Cuando escuchó el apagado gruñido, cavernoso y salvaje, y se asomó por la ventana lateral de la casa, vio una figura de unos cuatro metros de altura parada junto a un pino.

Al principio creyó que era sólo una masa de oscuridad generada por la sombra de los árboles, pero justo cuando dejó de mirar vio por el rabillo del ojo cómo se movía y desaparecía en el bosque.

Tenía que escribir y dejar constancia de lo que pasaba. No pensaba desaparecer sin más como todos esos imbéciles de Sáncri-to. Si tenía que irse, lo haría peleando, y lo haría mostrándole al mundo quién había sido, a qué se había enfrentado.

Soy Henry Camacaro, el mayor asesino en serie de la década, puede que del siglo.

Había agarrado un cuaderno que apenas y había utilizado para hacer la lista de compras. Lo escribió a lápiz en su tosca y gigantesca letra a molde.

Estoy a punto de morir, o mejor dicho, de ser asesinado por algo que aún no sé qué es. Antes de que eso pase, dejaré constancia de todo lo que ha estado ocurriendo. Puede que la policía de mierda de aquí logre resolverlo algún día. Pero yo haré mi parte. Confieso ser “El loco de los Teques”, adjudicándome los asesinatos de cuatro mujeres y dos niños. No conocí sus nombres, pero por mi apodo, podrán dar fácilmente con mi caso. También fui conocido en el sur de Caracas como “La Bestia”. Allí maté a cinco personas (un hombre, un anciano y tres mujeres). Además, de niño, cegué a otro infante en el orfanato y herí a varios, incluyendo adultos. Luego dejé en coma a la madre de mi adoptante, lo que llevó a que me recluyeran en un reformatorio. Más tarde maté a uno de mis compañeros, apenas unos días de haber salido en libertad, y me encerraron de nuevo, esta vez en una cárcel de adultos teniendo yo apenas dieciséis años. Allí tuve tiempo de sobra para reflexionar sobre mi vida y planear mi próxima movida una vez saliese. Esos cuatro años coseché un odio enorme al mundo y a la gente. Un odio a Dios, si es que existía. Cuando salí, ya tenía mentalizado mi nuevo modus operandi. No volvería a ser atrapado más nunca, y así fue. Maté, maté y maté, y aunque tuve que huir varias veces y cambiar de locación, las autoridades no han tenido ni idea de mí. En Caracas llegué a ser sospechoso, pero nada más. Para más seguridad, huí de nuevo y hasta me cambié el nombre a Héctor Carver. Me instalé en Sáncri-to sabiendo que este sería el lugar ideal para continuar con mis crímenes ya que prácticamente aquí desaparecía gente todos los días. Pero ahora creo que de asesino pasé a ser la víctima.

Como confirmándolo, escuchó algo fuera de la casa, allá en los árboles. Héctor ni siquiera se molestó en echar un vistazo. Volvió al cuaderno.

Sé que la verdadera razón por la que muere tanta gente aquí va ahora por mí. No sé cómo explicarlo, pues parecerá que lo estoy imaginando o que la paranoia porque me atrapen ha escalado a tal punto de hacerme ver y oír cosas. Pero tengo perros, y ellos también lo han notado. Atila y Goliat, que siempre han sido valientes y templados, no paran de llorar y aullar por las noches. Están aterrados. Algo ha estado matando gente y dejando sus cuerpos mutilados frente a mi casa. Esta cosa es una especie de animal muy grande, lo he oído gruñir y rugir de vez en cuando. Incluso en una ocasión se robó a una de mis víctimas, a quien tenía atada en el cobertizo. Tal es su fuerza, que la arrancó de la viga de donde estaba amarrada. Esta cosa es salvaje, es peligrosa y es muy real. Ahora no me deja en paz, haga lo que haga, no puedo quitármela de la mente siquiera. Es cuestión de tiempo para que pase lo que ya sé que va a pasar, por eso escribo esto para que se sepa de una vez por todas lo que acecha en los bosques de Sántrico.

Leyó y releó la hoja. No tenía idea de qué más poner, pues había vomitado todo de manera resumida y comprensible. Sentía la morbosa necesidad de hablar más sobre sus asesinatos, cómo lo hacía, a quiénes elegía, pero sabía que se desviaría tanto del tema que haría parecer su confesión puras elucubraciones dementes de un paranoico esquizofrénico. No. Quería que tomaran su carta en serio, quería que comprendieran la situación tal como era.

Héctor se consideraba un hombre muy razonable y cuerdo. La única diferencia con el resto del mundo es que tenía adicción por la muerte, así como miles de millones la tenían por las drogas, la pornografía o el alcohol. Todas autodestructivas ¿Se supone que él era el loco por proyectar toda esa autodestrucción hacia fuera? ¿Era demasiado descabellado pensar que su método de catarsis era el dolor ajeno? Existía el homicidio justificado, cuando arrestaban a alguien que la sociedad consideraba como un monstruo era condenado a muerte, eso estaba bien y la gente lo celebraba como una

victoria. Celebraban la muerte. En la edad media el acusado era torturado en la rueda, desmembrado y asesinado lenta y dolorosamente frente a cientos de personas aullantes y extasiadas. Quemaban supuestas brujas a diario, la misma iglesia mató a más gente que cualquier otra organización terrorista moderna. Y eso estaba bien, la muerte siempre había sido parte esencial en los métodos del hombre para conseguir la paz y la seguridad. Héctor mataba supuestos inocentes, pero también mataba escorias. Él era como la muerte en sí, no discriminaba ni juzgaba, si estaba en el lugar y momento equivocado, esa persona tenía que irse, así de simple. Un animal salvaje que encuentra una presa en su camino no se detiene a pensar si esta es buena o mala, la ataca y punto ¿Eso hacía malo al animal? ¿Es acaso el león, el oso, el tigre, malos por naturaleza? Ellos saciaban un hambre biológica, él un hambre espiritual, maldición, si hasta los mismos osos juegan con sus presas antes de comérselas.

Asesinar era un arte, de eso estaba completamente seguro, y cualquier cosa que diga la sociedad, con sus millones de adolescentes adoradores de la violencia y el gore, de gente que vitorea una ejecución, de gente que mata animales por deporte, era una hipocresía descarada y bastarda.

La humanidad tenía asesinos en serie por una razón. Son los depredadores de la especie, aquellos que no niegan sus instintos básicos y se aceptan tal y como son. Se supone que matar a alguien de vez en cuando era una completa aberración pero ir a la guerra y ordenar el asesinato de millones de soldados y civiles era “el bien”. El hombre es una plaga maldita y repudiable, egoísta, manipuladora y doble cara. Él era un hombre, y no negaría su verdadera naturaleza. No ocultaba sus defectos, era alguien cuya única y más grande motivación era el odio, solo que no tenía el carisma ni la posición política como para que la sociedad lo considerase correcto. La humanidad es un monstruo, y él era muy humano.

Agramon se acercó a su cama, olisqueó la hoja y le lamió las manos. Él le devolvió el gesto rascándole tras la oreja con cariño. Él era humano, y también podía amar ¿Y cómo no amar

el amor incondicional de un perro? La mirada de afecto de un amigo de por vida. Con Agramon era particularmente especial, había sido el último de los perros en llegar, su mirada, su cercanía con él, sus hábitos, los hacían cercanos. Héctor los amaba a los tres, pero no podía negar la inevitable predilección por el pitbull de ojos claros como la avellana. Era el más asustadizo, pero había algo en él que tal vez le recordaba a sí mismo. Agramon era el nombre del demonio del miedo, y la dulce mirada del pitbull inspiraba todo menos eso. Sus canes, su única familia, nunca estarían provistos de la alevosía inherente al ser humano.

Masculló una maldición cuando abrió la caja de Marlboro y vio que quedaba un solo cigarro. Sacó a su mujer de metal y lo encendió. No terminó de fumárselo cuando cayó dormido.

Tuvo un sueño muy lúcido, tanto que parecía más un episodio alucinatorio. En él estaba atrapado en su propia casa, escuchaba los ladridos de sus perros provenientes de todos lados y a la vez de ningún lugar. Las luces estaban apagadas, pero de alguna forma podía ver lo que pasaba. Algo se arrastraba por el pasillo de la entrada, era la mujer cortada por la mitad, cubierta de sangre y con los ojos asomando entre el apelmazado cabello, ojos totalmente blancos pero que lo veían fijamente. Se arrastraba con los huesudos brazos dejando un espeso camino de sangre en la madera. Él buscaba la Colt por toda la sala sin éxito. La mujer se arrastraba cada vez más rápido, cada vez menos parecida a una mujer.

Héctor abrió los ojos. Los perros ladraban. Encendió la lámpara de mesa y comprobó que la Colt estuviese en la cama junto a él.

—Ya, ya —los calmó—. No pasa nad...

En el umbral del cuarto, a la atenuada luz de la lámpara, se veía en el entablado del suelo un claro rastro oscuro que llegaba hasta escasos centímetros de la cama. Era sangre. Empuñó la Colt y quitó el seguro, se asomó bajo la cama con la pequeña linterna de su gaveta. Revisó los armarios, las esquinas. Nada. Pero ahí estaba, claro como la luz del día, un espeso rastro de sangre que iba desde el umbral hasta la cama,

y viéndolo más de cerca, había como unas marcas de manos casi indistinguibles y algunos cuantos cabellos negros flotando en la roja inmundicia.

Héctor soltó el arma sobre la cama. La Colt cayó pesadamente con un eco sobre la madera. Apretó los puños hasta que se le brotaron de venas, cerró los dientes con tanta fuerza que los oyó crujir.

—Maldito —masculló— ¡Mal parido! —Aulló mientras volteaba la cama y pateaba la mesita de noche hasta destruirla —¡Maldito seas! ¡Jódete mal parido! —Arremetió contra el closet, descargó los puños sobre la puerta del cuarto, hundiendo la madera, maldijo y escupió insultos a todo pulmón, pateó el colchón en el suelo, ahora manchado de sangre, y finalmente propinó un puñetazo en la pared, abriendo un hueco.

Maldito seas, pensó, los ojos desorbitados de furia, los nudillos sangrantes. Maldito, maldito, maldito.

Los perros, que miraron todo retraídos desde una esquina, lo observaban expectantes.

Héctor estaba enfermo de ira, con unas ganas de asesinar más imperiosa que nunca. Él sabía por qué estaba así, por qué reaccionaba de esa forma, pero no quería terminar de aceptarlo, no podía permitirlo.

Héctor, por primera vez en su vida, estaba completamente aterrado.

Capítulo 9: Brujas y demonios

La semana pasada, cuando llegó a la ciudad, lo primero que hizo fue pasar por la comisaría municipal y solicitar los archivos de las últimas desapariciones, antes de ir a la hemeroteca para complementar la información. Cuando terminara con las entrevistas tendría que pasar otra vez a hablar con el jefe de la policía, Víctor Salazar, y ponerlo al día.

Al día siguiente de su llegada había entrevistado a Sasha Carreño, la última persona que vio a Marco Pascal. Al visitarla en su apartamento, los padres lo recibieron con fría hospitalidad y lo condujeron a la sala de estar.

La chica de diecisiete años era alta y morena, de cabellos como el color de la caoba. La delgada cara tenía la forma de una gota invertida, de pómulos altos y pecosos y los ojos acafeinados poseían el aire pretencioso de las niñas mimadas. Les explicó que él era un investigador privado y por eso sus declaraciones eran aparte de las que ya le habían dado a la policía. Luego conversaron sobre todo lo que sabía de Marco y por qué estuvo ahí la noche que desapareció. Los padres respondían todo por ella sin excepción, hasta las preguntas que se supone sólo tendría que saber Sasha.

—Disculpen el abuso, de verdad, pero si serían tan amables me gustaría hablar un momento con Sasha a solas —les pidió esbozando su mejor sonrisa postiza.

—Ella es menor de edad —zanjó el señor Carreño, un hombre de unos cincuenta años con el cabello rizado y castaño, el rostro alargado—. No debería hablar sola con la policía.

—Yo no soy la policía. Todo lo que me diga será estrictamente confidencial y no será anexado a sus ulteriores declaraciones —contestó con paciencia.

—No me parece —intervino la señora Carreño, casi idéntica a su esposo. Erick tuvo la impresión de que parecían más bien hermanos—. Nosotros somos sus padres y estamos a cargo de todos sus asuntos legales.

—Señor y señora Carreño, por favor, entiendan que esto no tiene nada que ver con una posible implicación de su hija

con el hecho. Sabemos de sobra que sólo es una testigo, pero resulta que también es la única testigo de un caso de desaparición de otro menor de edad —Erick se inclinó y los miró a los ojos, poniendo la cara que siempre ponía para generar empatía—, les prometo que más allá de eso no tendrá que relacionarse más con esto a menos que encontremos al culpable y su hija tenga que declarar ante un tribunal en el cual ustedes también estarán todo el tiempo presentes. Les pido, por favor, que colaboren conmigo para poder atrapar a quien sea que le está haciendo esto a la gente de aquí. Ayer fue Marco, mañana podría ser cualquiera —miró fijamente a Sasha para que entendieran el mensaje.

Los padres se miraron y tras un largo silencio el señor Carreño asintió. La madre, aún con gesto indeciso, siguió a su esposo apenas éste se levantó y desapareció por el pasillo. Sasha, que antes había estado serena (incluso parecía aburrida), ahora movía con inquietud los dedos y miraba a Erick de arriba abajo con evidente nerviosismo.

—Sasha —comenzó Erick—, cuéntame, sin prisa, cómo conociste a Marco y qué era él para ti.

—Lo conozco de mi colegio, el San Quinting. Era de otra sección, pero era amigo de uno de mis amigos, Christian.

—¿Christian qué?

—Ehh... López.

—Okey. Continúa.

Sasha prosiguió su testimonio, relatando que Héctor era sólo un conocido que había invitado a su casa esa noche por motivos escolares. Erick sugirió la posibilidad de que Marco fuera algo más íntimo, pero ella lo negó rotundamente alegando que ya tenía novio y que sólo fue por motivos escolares. Finalmente le preguntó si tenía algún dato, por mínimo que fuese, que le pudiera dar. Ella continuó negando.

—Muy bien —asintió antes de recostarse en el rústico sofá de cuero. Del bolsillo de la chaqueta sacó su teléfono, dio un par de toques a la pantalla y se la enseñó—. Por último, dime si viste este auto rondar por el vecindario el día de la desaparición de Marco.

Ella observó la imagen con el ceño fruncido. En la pantalla se

veía el Impala negro del 96 estacionado junto a un cobertizo. Erick la había tomado cuando visitó a Héctor justo antes de ir a la casa de Sasha.

—No —musitó—. No ese día, pero recuerdo haberlo visto antes cuando llegaba del colegio. No se parece a ninguno de por aquí.

—¿Qué tan antes? ¿Dónde exactamente?

—No estoy segura. Unos días. Y estaba estacionado a un lado de la calle, era el único carro estacionado por ahí.

—Y por casualidad ¿no habrás visto al conductor?

—No —respondió al instante.

—¿Y la placa? ¿Recuerdas si es como la que está en la foto?

—Disculpe, no vi la placa.

Erick asintió. Se levantó y llamó a los padres para despedirse. Era un hecho que Héctor había estado rondando por el vecindario. Nadie había visto la placa pero como había dicho Sasha, no había otros impalas de ese modelo por la zona. Aunque igual tenía que verificarlo, Erick sabía que ese sería el único Impala del 96 en la ciudad. El problema era cómo relacionar a Héctor más allá de eso. No había cuerpo ni escena del crimen, de manera que no tenía más evidencia que la de dos testigos que tan solo habían visto un auto. Aunque, por supuesto, era un auto completamente inusual justo el día de la desaparición. El segundo problema era que Héctor apenas tenía unas semanas en la ciudad. Si de verdad era responsable o cómplice de la desaparición y presunto asesinato, no concordaba con la teoría que Erick había estado hilando.

«Vas a morir, Erick —le había dicho la tía Lurdes—. Si sigues metiéndote donde no te llaman, hurgando en los rincones más negros de la ciudad, vas morir.»

Nada más pensar en ella se le revolvía el estómago.

Más tarde, sin embargo, cuando Erick pasó por el despacho de Salazar en el módulo de la policía municipal, el malestar no hizo más que empeorar.

Víctor Salazar, el jefe de la policía, era un hombre de unos cincuenta y pico, de rostro adusto y mandíbula ancha; tenía rasgos europeos tan marcados que cuando Erick lo conoció, días atrás, supuso al instante que no era de ascendencia venezolana.

—Ricardo —lo saludó el jefe estrechándole con fuerza la mano, la voz de fumador empedernido hendió el aire con malicia.

—Es Erick —corrigió con su sonrisa practicada— ¿Cómo está la vaina?

—Pelua y colgando —soltó una áspera carcajada—. Bueno, siéntate. Cuéntame todo.

«Todo —pensó Erick con amargura—. Todo lo que tengo se resume a nada.»

Víctor debió de percatarse de su poco entusiasmo, por lo que frunció los labios y aseveró la mirada. Los ojos verdes tenían matices dorados y castaños.

—Bueno, Erick, quedamos en lo que quedamos. Yo te daría acceso a todos nuestros archivos y tú nos traerías todo lo que has averiguado.

—Héctor Carver —soltó sin preámbulos. Sacó su cuaderno de anotaciones para recitar los hechos—: Marco Pascal desaparece el viernes 9 de Octubre, presuntamente cerca del sector Los Robles, donde fue visto por última vez por su compañera de clase, Sasha Peña. Marco dejó la casa de la niña alrededor de las ocho de la noche y no llegó a su destino —dio vuelta a la página. En la siguiente tenía dibujado en bolígrafo azul un mapa muy simple—. Los Robles queda a unas ocho cuadras de Campo Estrella, donde vive Marco. Eso es de diez a quince minutos a pie. A las diez sus padres se preocupan y llaman a su amigo más cercano, él les dice que estaba en casa de Sasha y les da la dirección. Minutos después salen con un vecino en carro a buscarlo.

Levantó un momento la mirada hacia Salazar. Él apenas y se había movido desde que empezó a hablar y su mirada fija e impasible resultaba pesada al cabo de unos momentos. Tenía una expresión ensimismada, completamente inmerso en la charla como un niño al que le narran un cuento. Erick se aclaró la garganta antes de proseguir.

—Al llegar y hablar con los padres de Sasha, se dan cuenta que Marco se había ido hace horas. Entonces llaman a la policía.

Tras la pausa, Salazar se encogió de hombros dando a entender que no había dicho nada que él no supiese antes. Pero Erick sacó el teléfono y buscó las fotos.

—Como ya sabe, la madre de Marco es mi prima lejana. Poco después de llegar, me llamó diciendo que una mujer de Los Robles se comunicó con ella para decirle que el día que Marco desapareció había visto por la zona un carro sospechoso que estaba como rondando lentamente por la avenida y pasó varias veces frente a su casa. Le llamó especialmente la atención el modelo del carro, un Impala anticuado, negro. Más adelante, cuando paso por el café de Barto, da la casualidad, la asombrosa casualidad, que me dice que hace poco conoció a un tipo nuevo en la ciudad, un tal Héctor que está recién mudado en la única casa frente a la avenida 17, internada unos metros en el bosque. Adivina qué carro me dijo que tenía el fulano Héctor.

Salazar asintió sin dejar de mirarlo.

—Me explica cómo llegar y voy de inmediato. Lo espero frente a la casa por casi una hora y cuando llega, en efecto, parece el mismo carro sospechoso que vieron en Los Robles. —le tendió el teléfono para que revisara las imágenes a placer—. Luego de hacerle algunas preguntas, las cuales anoté aquí —también le tendió el cuadernito—, me fui y volví en la noche para sacar las fotos al carro. Posteriormente visito a Sasha Peña. Resulta que ella también vio el vehículo días antes de la desaparición. Lo vio estacionado en la calle.

Erick hizo silencio por unos momentos para que Salazar procesara.

—¿Cómo me dijo que se llamaba? —quiso saber devolviéndole a Erick su teléfono y libreta.

—Héctor Carver. Llegó a principios de abril. Solo. No está casado ni tiene hijos. Un hombre aparentemente normal, educado y cauto, no muy elocuente pero, en general, me pareció un tipo tranquilo.

—¿Es el único sospechoso?

—Por los momentos.

El comisionado en jefe suspiró, Erick no supo si de decepción o cansancio.

—Enviaré a mi gente para que investigue la casa. Si es culpable de algo, habrá pruebas.

—Puede ser, pero suponiendo que lo fuera, me parece al-

guien que se esfuerza por mantener una imagen falsa, alguien que cuida bien las apariencias y no deja evidencia por ahí.

—Sí, alguien tan cauto que usó su propio auto para rondar por el vecindario donde cometería un crimen.

Erick sopesó la posibilidad de que Héctor fuese realmente responsable de la desaparición de Marco. La única explicación para que alguien como Héctor matara a alguien como Marco, sería que no era la primera vez que lo hacía. Tenía que gustarle matar indiscriminadamente, por puro morbo. Intentó hacer memoria de las fotos que Patricia le enseñó de Marco. Según ella, el muchacho nunca se metía en problemas, no le hacía nada a nadie, o al menos eso es lo que ella creía. ¿Sería tal vez posible que fuese un asunto de drogas? Era la única cosa por la que su madre siempre lo regañaba: varias veces le había encontrado porros en su bolso o en algún lugar de su cuarto. Si Marco compraba hierba, no estaría de locos asumir que se juntaba con gente de esa calaña. Y si Erick había aprendido algo de los drogadictos, es que muchas veces podían matarte por unos cuantos gramos.

Dejó las especulaciones para sus ratos de soledad y se dirigió a Salazar.

—¿Qué opina usted? Personalmente.

—No estoy aquí para opinar, sino para encontrar hechos.

—No sólo por Marco ¿Qué cree usted que pasa aquí? Todas esas desapariciones, todos esos años... Algo tiene que creer. En lugar de contestarle, Salazar se preparó café y sirvió para ambos. Se bebió al menos la mitad de la taza en completo silencio, entonces miró a Erick y sonrió.

—¿Eres religioso?

—No —era una pregunta que siempre le ponía incómodo. Su familia fue muy devota al cristianismo, pero para Erick eran simples delirios y supersticiones arraigadas por generaciones. Si existía un Dios, nunca había tomado en cuenta a su familia.

—¿Sólo crees en lo que puedes ver?

—A veces ni eso.

Salazar emitió una resollante carcajada, más burlesca que de complicidad. Se bebió el resto del café un par de tragos.

—Yo creo en Dios —afirmó clavando el verde de su mirada

en la azul de Erick. Ojos de bosque y ojos de océano—. No lo he visto, pero creo en él, así como no he visto lo que vive en Sántrico, pero sé que está ahí.

—¿Y qué cree que vive en Sántrico?

—Algo todo lo contrario a Dios. Si Dios da vida, esto la quita. Así de simple —de pronto, el comisionado ya no parecía tan adusto. Hablaba y se comportaba como si estuviese en un momento de soledad, exponiendo sus propias inseguridades—. Llevo más de veinte años en la policía. He visto muchas cosas, pero ni te lo imaginas, vainas de vainas, todo tipo de locuras, todo lo que se ve en las calles a diario. Tú tienes una idea.

Erick asintió.

—No soy alguien muy supersticioso ni crédulo —prosiguió Salazar—, pero le tengo respeto a la religión en general. Sé que hay cosas que no podemos comprender todavía, cosas que siempre han estado allí incluso antes que nosotros. Sería muy pretensioso pretender comprenderlo, pero al menos, como mínimo, me gustaría ver con mis propios ojos eso que se esconde, aunque sea verlo.

—Mi madre solía decir que la palabra tiene mucho poder —apuntó Erick—. Tenga mucho cuidado con lo que pide, jefe.

—Veinte años, Erick. Veinte años queriendo saber qué coño está pasando —se recostó en la silla y miró por la ventana, hacia los árboles— ¿Qué no daría yo por descubrir la verdad?

Cuando se montó en el carro, Erick todavía estaba pensando en lo que dijo Salazar. Rememoró lo que le había dicho Barto, el dueño del Café; aquello de la brujería, y se preguntó si debió habérselo mencionado al comisionado, ya que estaban hablando de cosas inexplicables.

—Todos los que llevamos años viviendo aquí lo saben —le decía Barto con convicción—, y los que dicen que no, lo saben pero se hacen.

—¿Saben qué? —Había preguntado Erick sin poder dejar de mirarle el diente de oro.

—Que en ese maldito bosque hacen brujería y vainas raras.

—¿Sí? ¿Cómo sabes?

—Como te digo, tienes que vivir aquí lo suficiente. Es como esa gente del llano que se saben sus cuentos —Barto le contó sobre su familia en Guanarito, le habló largo y tendido sobre las supuestas brujas que se transforman en pájaros gigantes y chupan sangre a la gente de la región—. Y como dicen, toda leyenda tiene algo de verdad —afirmaba Barto poniendo la mueca que siempre hacía relucir el diente de oro—; mi familia no es loca ni mentirosa, ellos han visto vainas. Yo he visto vainas aquí.

—¿Qué has visto?

—Vainas, chamo. Yo vivo subiendo esa colina de allá —señaló un punto en una loma alejada—. Varias veces veo como gente moviéndose en el monte, gente encapuchada. Escucho ruidos y voces por allá en los árboles y bueno, yo no me voy a meter para allá, pero eso tiene que ser brujería. Y el loco Esteban, que vive por allá abajo —señaló en dirección opuesta, hacia la calle que iba en bajada—, dijo que una noche iba a casa de su cuñado a pie por toda esa zona de monte por allá, y vio como un bicho todo negro y sin cara. Dijo que era como un diablo, con cuernos y todo. Él apenas lo vio arrancó a correr.

Erick no pudo hacer más que sonreír con sarcasmo. Creía que el tema de la brujería podía serle útil, pero no le apetecía quedarse escuchando a Barto hablar de brujas chupasangre y demonios sin cara. Una cosa era escuchar a Lurdes hablando con la propiedad y convicción de una profesora, y otra escuchar los balbuceos borrachos de Barto, un gordo malhablado con un ridículo colmillo de oro entre toda esa fila de dientes con sarro y caries, malolientes a chimó.

Condujo en dirección al apartamento, pero en el camino recordó lo que había leído sobre las primeras desapariciones. Había un punto en común en todas ellas, y era que todas las víctimas estaban relacionadas de alguna manera con Arvo: la empresa clausurada cerca de Taguaza.

Capítulo 10: Un paseo por el bosque

El clima había mejorado. Escuchó pájaros trinando en el bosque cuando se despertó. Había tenido una pesadilla en la que algo intentaba entrar por la ventana del cuarto. Estiró el brazo hacia la mesita de noche para rozar la pistola con los dedos a modo de rito matutino. Siempre le aliviaba saber que estaba ahí. Apenas se levantó Agramon levantó las orejas y se acercó a él. Atila y Goliat seguían dormidos al pie de la cama. Había olvidado que ahora dejaba a los perros dormir en su cuarto. Bajó, se sirvió un cereal y les llenó los cuencos de perrarina a los perros, que bajaron corriendo con sólo escuchar el sonido de la bolsa.

Desayunó de pie viendo por la ventana de la sala, viendo hacia la marea de árboles que se retorcían como víboras de madera más allá del claro. Las mañanas eran tranquilas, era cuando el bicho dormía, cuando Héctor se convencía que todo lo estaba imaginando, que se estaba volviendo loco y que lo único que había allá entre los árboles era monte y culebra. A partir del ocaso es que empezaba el terror nuevamente. Era cuando comenzaba el acoso, los ruidos, las sombras, los golpes y rasguños... y Héctor se retractaba de todo lo que había pensado en la mañana.

Atila, el imponente Doberman, se acercó para olfatear la mosquitera de la ventana. Era el más alto de los tres, parado junto a Héctor, le llagaba al abdomen. Y a diferencia de los otros dos, Atila era distante y hosco, de comportamiento mecánico y disciplinado. Era el que menos ladraba, el que menos tironeaba de la cadena cuando salían. Sí Agramon y Goliat eran como niños temperamentales y excitados, Atila era el anciano taimado y precavido. Y eso lo hacía el más aterrador. En opinión de Héctor, entre un perro que te ladra agitado y otro que te mira, completamente inmóvil, gruñendo por lo bajo, el segundo era con quien más había que tener cuidado. En cambio Goliat, el Rottweiler, era el más feroz, y a pesar de que Atila parecía más imponente y sombrío, sabía muy bien que Goliat era realmente el más peligroso. Goliat era el que

con más facilidad despedazaba a sus víctimas, era el que las montaba, el primero que lograba arrancarles una extremidad. Un auténtico violador asesino, como él.

Combinados, los tres perros eran una verdadera arma, una tormenta de dientes que él controlaba a placer. Al menos hasta el momento. ¿Qué pasaría si se volvían contra él? Si en uno de los arranques de ira de Goliat mordía la mano de su dueño y le gustase el sabor de su sangre ¿Qué podría hacer si entonces los demás se le unen en la insurrección? Era una posibilidad muy considerable, lo que convertiría al bicho del bosque y a la policía en el menor de sus problemas. «Últimamente los canes han estado muy asustados y susceptibles, debo tener mucho cuidado. »

La mañana se volvió el mediodía y el mediodía en tarde.

Héctor estuvo viendo televisión por horas y cada tantos minutos se levantaba a echar un vistazo por la ventana. No podía evitarlo. Sabía que pronto caería la noche y empezaría el show de siempre. Consideró incluso la posibilidad de devolverse a Caracas, pero ya había vendido el apartamento en Los Ruices y no conocía a nadie quien lo pudiese ayudar. Ahora que estaba desempleado, viviendo de esa venta y sus ahorros, sus opciones de traslado estaban bastante limitadas, de modo que tachó huir de la lista de posibilidades.

Pero, si no huía, tenía que quedarse y aguantar, y eso significaba considerar otras dos opciones más: quedarse a esperar a que vengan por él o ir y enfrentarlo directamente.

Pensándolo de la manera más racional que pudo, supuso que lo que tanto le había estado jodiendo la paciencia era un animal, uno muy raro, tal vez aún no descubierto ¿Una especie de mono, tal vez? La sombra que vio la otra noche moverse entre los árboles era tres veces más alta que cualquier gorila erguido. No podía ser un oso tampoco. ¿Y cómo explicaba las visiones, las pesadillas y apariciones? La mujer cortada por la mitad no pudo haber sido otra cosa que una pesadilla, y sin embargo había un inconfundible rastro de sangre viniendo del umbral, ahí donde se había arrastrado.

Era innegable el matiz sobrenatural de todo lo que había sido testigo. Pensó en brujas, en fantasmas, demonios, ánimas.

Venezuela tenía un amplio repertorio de mitos y leyendas procedentes en su mayor parte de zonas rurales y los llanos. Hectáreas y hectáreas de llano que supuestamente escondían historias oscuras. A Héctor le gustaban las películas de terror, pero nunca se interesó mucho por las leyendas venezolanas. Se preguntó si habría alguna leyenda relacionada al monstruo de Sántrico.

«Si fuese con más gente —meditó al tiempo que miraba hacia el bosque por enésima vez—, *sea demonio o animal, seguro matamos al maldito antes de que caiga la noche.*»

Pero sólo contaba con sus perros, y de todas maneras le daba la impresión que coser a tiros a lo que sea que encontrara por allá no era la solución. Antes le había disparado, estaba seguro de que sí, ese día cuando se llevó a la mujer y él lo siguió hasta tenerlo de frente. «No, no había nada frente a mí, solo un amasijo de árboles y oscuridad.» Pero sí que estaba ahí, era como no ver la luna porque unas nubes la habían ocultado, pero uno sabía que estaba ahí, tras las nubes, era un hecho. Y Héctor le disparo una, dos, tres veces... y la cosa seguía ahí, invisible, inaudible, pero ahí. Los perros también lo sabían y le gruñían y ladraban «*más bien lloraban y gemían.*» Estuvo así, pensando en total silencio hasta que se dio cuenta que había pasado casi media hora y todavía no tomaba una decisión.

«La decisión ya está tomada —se dijo—, sólo no he tenido las bolas de aceptarlo.»

De esta manera Héctor se atavió con el chaleco, los guantes, la gorra, la bandana y las botas militares; enfundó la Colt y el cuchillo; se colgó el rifle Winchester a la espalda, se llenó los bolsillos de municiones y les puso la cadena a los perros.

2

Cuando salió faltaba un cuarto para las cinco. Alzó la muñeca para consultar otra vez el reloj y vio que ya eran las seis. Había estado recorriendo la zona sur de Sántrico, al sureste de su casa. Era el sitio que más evitaba la gente, más allá de la línea de árboles que bordeaba la avenida 17. Caminó entre los cerros y colinas más próximos al Gua-

topo, bordeó arroyos, bajó terraplenes y hondonadas, recorrió senderos y cruzó por densas arboladas. El ocaso resplandecía en el oeste, sirviéndole de punto de referencia para no alejarse tanto de la ciudad. Deseó haber traído un mapa, pero calculó que se encontraba a unos dos kilómetros de casa. Los perros jadeaban, esnifaban el suelo y bebían de cualquier charquito de agua terrosa que se encontraban. Ya era demasiado tarde para volver sin que lo agarrara la noche, por lo que emprendió la marcha de regreso sin más demoras.

Pero cuando se encontraba ya a mitad de camino, cerca de un sendero de tierra por el que a veces pasaban carros, escuchó voces más adelante. Emitió un siseo para indicarle a los perros que no hicieron el más mínimo ruido y se acercó ocultándose tras una hilera de nogales que subían por un risco. Cuando alcanzó cierta altura los vio allá a un lado del camino. El cielo había adquirido ya un tono cobalto, pero aún lograba ver a cierta distancia y distinguirlos: El Corolla parecía del 2010, tal vez del 11, de un plateado oscuro y con las luces intermitentes aumentando de intensidad a medida que caía la noche. Frente al auto dos figuras recortadas contra los faros delanteros discutían sobre algo que Héctor no alcanzaba a oír. Cuando se acercó más al borde del risco y miró a través del visor del rifle, vio que eran un hombre y una mujer, jóvenes, tal vez universitarios, tal vez pareja. Y cuando vio que el capo del auto estaba levantado, supo lo que estaba pasando.

«¿Y ahora qué? ¿A esperar que algo aparezca y se lleve a esos imbéciles?»

La idea era tentadora pero no tenía sentido. No todo quien entraba en el bosque desaparecía. Era como el caso del triángulo de las Bermudas. Había una probabilidad de que pasara, pero no era la regla. Le dio la impresión de que esperar a que les pasara algo sería como quedarse mirando al cielo esperando que pasara un cometa. Y no sabía si los perros mantendrían el silencio tanto tiempo, estaban hambrientos y con sed, seguramente irritables. Pensó nuevamente en lo mismo de esa mañana, en si sus perros serían capaces de atacar a su amo. Se fijó en la pareja: él tenía el cabello largo y rubio, con

una sombra de barba puberta en las patillas y la barbilla; ella era alta y esbelta, atlética y sensual bajo las ceñidas prendas deportivas, el cabello amarrado en una coleta larga y castaña, el rostro agraciado y sudoroso. Mientras los examinaba, acarició el gatillo del rifle como quien juega con el pezón de una amante. Corrió el cerrojo sin dejar de apuntar. La chica estaba bastante buena, no podía permitir que un monstruo del bosque se quedara ese manjar para él sólo.

«No, a ti te toca otra clase de monstruo, mi reina.»

El pene se le puso duro ante la idea y un amago de sonrisa ensombreció el rostro de Héctor. Apretó el gatillo.

La cabeza del muchacho se estremeció y se abrió antes de caer inerte, todo en no más de un segundo. La mujer retrocedió por reflejo y se quedó un momento viendo el cadáver antes de lanzarse sobre él.

Los gritos a continuación le provocaron una sensación placentera a Héctor.

Corrió el cerrojo nuevamente y apuntó al pie izquierdo de la muchacha. Se quedó un instante contemplando el estado en que había quedado el cuerpo: a la luz de los faros, parecía que Héctor había ejemplificado con éxito la expresión de “volarle la tapa de los sesos.” De la parte superior de la cabeza surgía un revoltijo de carne. La potencia del impacto había sacado un ojo de su cuenca y de la boca, la nariz y la herida brotaban borbotones de sangre que serpenteaba por la tierra. Esperó pacientemente a que el pie estuviera en la mira mientras la mujer gritaba y pasaba el shock inicial, pero cuando ella se levantó y Héctor tuvo en ángulo perfecto...

El ladrido de los perros lo alertó, pero no reaccionó con suficiente rapidez. Antes de que pudiera despegar el rostro del rifle, un golpe, más fuerte del que haya sentido jamás, lo lanzó hacia adelante por el precipicio del risco. El borde no era completamente vertical, por lo que chocó con dos bordes filosos de roca antes de perder la consciencia mientras el rifle caía a su vez repiqueteando contra la piedra. Héctor no llegó a sentir el impacto final de la caída.

El dolor lo despertó. Cuando abrió los ojos vio el cielo completamente negro, sin luna ni estrellas, y en los bordes del

escabroso panorama y las copas de los árboles parecían arañar el firmamento con ramas salpicadas de follaje que parecían dedos espectrales.

Se incorporó y vio que Agramon estaba acostado a su lado. Por un momento creyó que estaba muerto hasta que el animal se levantó y le lamió la cara. El perro, al igual que él, estaba ensangrentado.

A su izquierda estaba el carro de la pareja aún con los faros encendidos, pero Héctor se percató que ya no estaba el cuerpo del joven y que la parrilla y el parachoques estaban cubiertos de sangre, más de la que había producido antes el disparo. Miró a su alrededor en busca de la muchacha, pero no parecía haber rastro de ella.

«El maldito se me adelantó —pensó Héctor conteniendo los espasmos de dolor que le atenazaban la cadera y la espalda—. *Y encima creo que me fracturó algunos huesos.*»

Cuando intentó incorporarse, un latigazo de fuego le recorrió desde el cráneo hasta la base de la columna. Las piernas las tenía rígidas, pero los brazos le respondían bien y aún tenían fuerzas. Se ayudó con ellos para darse la vuelta entre gruñidos de dolor y se arrastró hasta el Corolla para usarlo de asidero. Probablemente no haya durado más de cinco minutos, pero Héctor tuvo la impresión de que pasó el resto de la noche intentando levantarse. Clavó las uñas en los neumáticos y se aupó, pero tenía las piernas tan dormidas que tuvo que repetir el proceso varias veces y detenerse a descansar del dolor. Cuando lo hubo logrado, apoyó el culo en el guardabarros delantero y silbó varias veces, pero ni Atila ni Goliath aparecieron. Agramon se había quedado donde estaba, con la cabeza apoyada sobre las patas; parecía cansado y sangraba de una pata y por el morro. Ya no era el perro fiero y atemorizante de siempre, ahora parecía uno de esos sarnosos abandonados en los callejones más pobres de la ciudad.

Se arrimó hacia la puerta del conductor, la abrió y se desplomó sobre el asiento. Tal vez no se le había jodido la columna, pero el golpe en la espalda le había abierto la carne, pues sentía un terrible ardor así se moviera o no. Notó que la pistola también se le había caído, tan sólo conservaba las balas en los

bolsillos del chaleco. Se recostó de lado para evitar el dolor y buscó con la mirada sus armas. No debieron haber caído tan lejos, pero como se había desmayado antes de tocar el suelo no tenía idea de dónde podrían estar. La caída había sido de casi dos pisos, si no hubiese chocado antes con las piedras lo más seguro que es que estuviese muerto. De pronto cayó en la cuenta de algo curioso: si la criatura se había llevado el cadáver del joven y a su novia, ¿Por qué a él no? Si suponía que era porque pensó que estaba muerto, ¿por qué se llevaría entonces el otro cadáver? Si el bicho ese lo quería muerto desde hace rato ¿Por qué no lo terminaba de matar en vez de estarlo atormentando de esa manera? ¿Qué tenía él de especial o distinto? ¿Tal vez porque también mataba gente? Por supuesto, eran preguntas que no obtendrían nunca respuesta. Tocó las llaves del carro y encendió el motor. El rugido le indicó que todo parecía ir bien. El tanque de gasolina estaba a la mitad, el carro respondía a la primera velocidad, no escuchó ningún ruido extraño proveniente del mecanismo... si se habían accidentado, Héctor no sabría decir por qué. Salió y cerró el capó. Llamó a su perro y lo ayudó a montarse en el asiento trasero. Tanto él como su mascota se quejaban del dolor. Montó de nuevo y arrancó. Si no se equivocaba, aquel camino llevaba a la ciudad. Le preocupaban sus otros dos perros, pero en esa condición, en esa oscuridad, desarmado y herido tanto él como Agramon, no podía hacer nada.

Iba despacio, a unos treinta kilómetros por hora, atento por si veía a alguno de los perros o, en el peor de los casos, a su indeseado amigo del bosque. Pero más allá de la escasa porción de tierra que iluminaban los faros no había nada más que penumbra. Iba fijándose en sus manos despellejadas por la caída cuando algo apareció frente a él y pegó un frenazo.

La mujer, llena de tierra, más sudada que antes y el cabello recogido que antes estaba pulcro y liso ahora lucía desgredado como si ella también hubiese caído por un risco. Tenía la cara pálida y los ojos enrojecidos, pero parecía en perfectas condiciones y muy alerta. Se acercó a la ventana de Héctor, temblando y al borde del llanto.

—Por favor, ayúdeme.

No parecía darse cuenta que era el mismo carro en el que había llegado. Miró a Héctor en tono suplicante y sin esperar respuesta dio la vuelta al carro y subió al asiento del copiloto.

—¡Arranque! ¡Rápido!

Héctor obedeció y siguió por el camino a una velocidad mayor que antes. Agramon, acostado en el asiento de atrás, estaba tan desganado que ni siquiera se inmutó con la llegada de la mujer.

—Señor —dijo ella tras recuperar el aliento— Llame a la policía.

—¿Qué te pasó?

—Mataron a mi hermano —«con que era el hermano»—, lo mataron y me persiguieron.

—¿Quién lo mató? —pero ella empezó a sollozar. Tenía la cara tan pálida que pensó que se iba a desmayar. Pero lejos de eso, más bien pareció agitarse— Ya, tranquilízate.

—Por favor —balbuceó. Se le salían los mocos y el labio inferior le temblaba—, por favor, la policía.

—Tranquila. No traje mi teléfono. Iremos a mi casa y llamaremos a la policía. Tranquila que ya estás a salvo.

Capítulo 11: Economía y religión

Arvo había cerrado sus puertas en 1979 tras setenta y ocho años de su inauguración. Mucho se ha hablado de lo que hizo y no hizo Arvo, pero Erick recordaba ya desde su infancia, por allá en el 95, que la corporación daba todavía de qué hablar. Salió del auto y se acercó al gran portón de hierro del estacionamiento. Al fondo, a unos cien metros, se veía la fábrica abandonada.

Erick apenas la podía distinguir entre las rejas y el crecido monte a los alrededores. Sabía que estaba solo, pero no pudo evitar mirar sobre su hombro cada cierto tiempo cuando se moneó por el portón y saltó dentro del estacionamiento. El concreto del suelo estaba en su mayoría sepultado por una capa de tierra y por aquí y por allá había levantamientos por raíces y monte asomando entre las grietas. Una nube negra ensombreció la tarde y los árboles que rodeaban el complejo se volvieron siluetas negras que se movían con el viento.

Se acercó a las instalaciones para apreciarlas en su totalidad: bloques carcomidos de cemento que se apiñaban en una loma, cuatro chimeneas industriales unidas en pares a cada lado del recinto, contenedores de veinte metros de altura por diez de ancho aglomerados en filas. Todo considerablemente demacrado e infestado por la hierba y la vegetación que se enredaba entre los edificios como las venas de una mano.

Arvo había sido clausurado por violar leyes ambientales que protegían la salud pública. Uno de sus productos más famosos, *Arrivederci*, un insecticida que quiso desplazar a *Baygon* con una potencia más fuerte por menor precio. También fabricaba otros pesticidas utilizados para fumigaciones más grandes así como fertilizantes y desinfectantes, pero lo que provocó la demanda colectiva y posterior clausura de Arvo fue el uso del clordano, un químico sintético el cual era el principal componente de *Arrivederci*, también era utilizado para la fumigación de termitas alrededor de los cimientos de las casas.

Erick también averiguó que utilizaban clordano como pesticida en cultivos agrícolas, así como en jardines y patios,

de modo que era la formula milagrosa para Arvo hasta el 78 cuando la EPA (Agencia de Protección Ambiental), una agencia americana, prohibió el uso del clordano en los cultivos alimenticios y suspendió todo uso en el país, lo que dio fuerza a las demandas que había estado cosechando la compañía por años.

Parece ser que el clordano podía causar desde dolores de cabeza, desorientación, problemas de la visión, malestar estomacal, vómito, calambres estomacales, diarrea, ictericia, hasta convulsiones e incluso la muerte. Cualquier persona expuesta a un suelo fumigado con clordano era objeto de varios o todos de estos padecimientos, sin mencionar las graves repercusiones de este sobre el ganado.

La cosa no terminaba ahí. Se especula que Arvo incluso liberaba sus desechos químicos en el embalse Taguaza, demostrando así una negligencia inaceptable y descarada que ponía en peligro miles de vidas. Taguaza suministraba agua a ciudades como Guarenas y Guatire, sumando entre ambos una media poblacional de unos 394.000 habitantes, y que el estado, bajo tanta presión, terminó por sancionar la empresa en el 79.

La compañía intentó cambiar de fórmula, pero las demandas, sumado al progresivo declive económico, fue más de lo que podía permitirse, por lo que terminó en quiebra. El daño ocasionado por Arvo a lo largo de sus setenta y ocho años de vigencia eran incalculables. La agricultura y ganadería se vio irremediablemente afectada provocando que Sántrico, por un período de varios años, sufriese de más inflación que el resto del país. A nivel ambiental, se dice que las repercusiones fueron tan grandes que mermó una parte importante de la fauna al norte del Guatopo. A donde fuera que hayan desechado los desperdicios tóxicos, ese lugar moría lentamente.

Comenzó a lloviznar y Erick miró el cielo. La nube negra de antes se había apoderado de toda la bóveda celeste, a juzgar por la velocidad que iba ganando el viento, la llovizna pronto se convertiría en un diluvio.

Echó un último vistazo a las instalaciones, preguntándose si estaba desviándose demasiado de la investigación original

y se devolvió al portón. La borrasca arreciaba con fuerza meciendo violentamente los árboles y la precipitación venía tempestuosa por el septentrión. Erick se encaramó por la reja pero la lluvia huracanada le dificultaba la visión y le entorpecía los movimientos, cuando llegó al tope los zapatos le resbalaron y, aunque cayó de pie, pasó la mano por el filo de la reja. Corrió hasta el auto estacionado a un lado del camino de tierra y se metió, ya completamente empapado. Se miró la muñeca: la herida le recorría el lateral de la mano y sangre le corría hasta el codo.

Erick maldijo por lo bajo. Estaba asustándose. Se sentía vigilado, acechado. Miró por el empañado vidrio, pero allá en los árboles solo había oscuridad. Tanta gente desapareciendo cada año en Sáncrio que ya era una cotidianidad y a él se le ocurre adentrarse solo en un camino de tierra por el bosque para visitar una fábrica abandonada la cual de alguna forma tenía que estar relacionada con las desapariciones. Se sintió estúpido e irritado. Él, con su Beretta, no sería capaz de oponerse a la fuerza desconocida que había matado a tanta gente por tanto tiempo.

—Una secta —bisbiseó Erick—. Una secta satánica.

Tenía que serlo. Los rituales santeros no causaban ni de lejos tantos problemas. Eran los satánicos quienes por lo general llegaban al extremismo. Incluso los cristianos, pensó. Pero el caso de Jim Jones y su secta “Templo del Pueblo” era tan extraño como increíble. *Tal vez este también lo sea. Tal vez rinden culto a algo mucho más rebuscado y desconocido que Dios o el Diablo.* Vio la sangre fluyendo por su brazo y le vino a la mente las imágenes de los cuerpos mutilados de Lila Colares y Catrina Levski, la niña del 1912 y la anciana del 1941. Víctimas de algo monstruoso e imposible de perpetrar por un humano. Era posible que, tal y como se pensó, fuesen ataques aislados de animales. Era posible que hubiese osos negros al norte del Guatopo. Pero las circunstancias eran muy extrañas, del mismo tinte que todas las demás desapariciones.

Encendió el vehículo y se alejó de Arvo. Mientras iba manejando, aún nervioso y mirando a los lados del camino como si algo fuese a salir en cualquier momento del bosque, pensó

en Héctor Carver, el hombre que conoció hace dos días, el hombre con el Impala negro, un carro idéntico al que vieron en la calle Cloris la noche en que Marco desapareció.

Capítulo 12: Cuando los perros aúllan

—Carla —respondió cuando pareció calmarse.

Carla se sentó en el sofá de la sala mientras Héctor iba a la cocina y fingía una llamada a emergencias. Durante el trayecto a casa confirmó dos cosas: la primera era que Carla no sospechaba de él. No demostraba ningún tipo de rechazo o miedo cuando él se le acercaba y la rodeaba con un brazo para tranquilizarla. Incluso le devolvía el abrazo y apoyaba el rostro en su pecho, empapándole la camisa de lágrimas y mocos. La segunda era que Héctor, finalmente, comprobó que no se estaba volviendo loco. Resulta que Carla, luego de salir corriendo y dejar atrás el cadáver de su hermano al escuchar algo entre los árboles, pasó casi una hora siendo perseguida por, en palabras de ella, una especie de animal gigante.

No eran alucinaciones, no eran imaginaciones, no eran cosas suyas. El monstruo de Sáncriito existía.

—Escuché el disparo —le comentó ella cuando él volvió de la cocina y se sentó a su lado para preguntarle qué había pasado exactamente—, me asusté pero no pensé... me volteé y Diego estaba... —agitaba las manos en el aire buscando las palabras— Todavía no puedo creerlo. No puedo creer que esté muerto...

Estuvo un momento viéndose las manos, con lágrimas como ríos fluyendo por su rostro. Héctor creyó que ya no sería capaz de seguir hablando, pero sorbió con la nariz y continuó.

—Escuché algo más. Un ruido como de algo moviéndose y rompiendo cosas. Me asusté muchísimo y salí corriendo por el monte hasta que ya no pude más. Es la primera vez que vomito del cansancio. Corrí mucho más de lo que mi cuerpo podía soportar y aun así seguí corriendo. Me di cuenta que el ruido me venía persiguiendo. Lo escuchaba pero estaba demasiado oscuro para verlo. Era enorme, lo sentía como una presencia. Cada vez que me paraba lo escuchaba acercándose otra vez y volvía a correr hasta que llegué otra vez a la carre-

tera. Parece que di vueltas como una estúpida.

El resto Héctor lo sabía, de modo que la sala se sumió en silencio.

—Ya pasó —apuntó él, sorprendido de lo incómodo que le estaba resultando el ambiente tan callado—. Pronto llegará la policía.

—Diego —volvió a gimotear ella—. No lo puedo creer...

—Capaz alguien estaba cazando un oso o algo así —explicó Héctor viendo de reojo los leggins rasgados y los sostenes deportivos ceñidos a los abultados y sudados senos—. Erró el tiro y mató a tu hermano, y luego ese oso te persiguió a ti —¿Qué clase de cazador erraría así? Estábamos en una carretera despejada, frente a las luces del carro, haciendo ruido. Yo cazaba mucho con mi papá, desde que tengo once años. Ni yo era tan estúpida.

Mientras ella parloteaba, Héctor pensaba a toda velocidad ¿Qué haría ahora? Estaba la escopeta de doble cañón apoyada sobre el aparador, pero estaba descargada y los cartuchos yacían desperdigados en el desorden que tenía sobre la oscura superficie de madera. Era cuestión de levantarse, como quien no quiere la cosa, agarrar el arma y cargarla mientras ella continuaba lloriqueando; apuntarle, decirle que baje al sótano, atarla y continuar con la velada que había ideado apenas la vio.

Pero cuando se paró del sofá, unos ladridos lo detuvieron en seco. Carla y él se vieron las caras. Agramon, que estaba echado sobre el tapete a un lado del sofá, levantó las orejas. Venían de afuera. Héctor se asomó por el pasillo y vio la difusa silueta del perro contra la mosquitera. No paraba de ladrar y de arañar la mosquitera con la pata. Por su altura y la forma del hocico supo que se trataba de Goliat. Héctor se dispuso a abrir la puerta, pero Carla lo retuvo por el brazo.

—¡No salgas! —le suplicó— ¡No vayas afuera! ¡Por favor!

Él se la sacudió con violencia pero cuando se hubo librado ella lo asió por el cuello del chaleco. Tenía un brillo demencial en los ojos. Héctor, que siempre había visto gente asustada en su vida, supo que estaba aterrorizada. Estuvo a punto de gritarle una maldición pero en ese momento él buscaba las

llaves en su bolsillo y cuando ella tiró de su manga, el contenido del bolsillo de la chaqueta cayó al suelo: un puñado de balas de rifle.

Ella se quedó mirando las alargadas balas de alto calibre que brillaban con reflejos cobrizos a la luz de la sala. En ese momento, Héctor recordó lo que le había dicho: “Cazaba mucho con mi papá.”

Si era cierto, entonces Carla sabría de rifles y sus municiones. Carla, como dándose cuenta que él se había percatado de esto, cruzó corriendo la sala hacia la escopeta del escaparate. Él se quedó viéndola como un estúpido mientras cargaba el arma y corría el seguro.

—No... —intentó calmarla alzando las manos. La espalda le dolía a horrores igual que la pierna. Un movimiento rápido y brusco le saldría torpe y lento— Carla...

El cañón le apuntó directo a la cara. Goliat continuaba ladrando afuera. Pensó en cómo podría neutralizarla. La Colt se le había caído en el bosque, el rifle igual. Sólo le quedaba el cuchillo de caza del cinturón, pero estaba muy lejos de ella y si intentaba acercarse le volaría el rostro. Silbó para alertar a Agramon pero el Pitbull se lamía débilmente la pata herida y no les prestaba atención.

—Tú mataste a Diego —el cañón temblaba al ritmo del acelerado pulso de la chica. Los ojos rojos de tanto llorar seguramente le nublaban la vista. Si lograba echarse a un lado con rapidez...

Y así lo hizo. Héctor se lanzó a un lado para refugiarse tras el sofá y escuchó la retumbante detonación. Sintió los perdigones clavándosele en el hombro y el cuello. Una vez en el suelo se palpó la piel; sangraba copiosamente por multitud de pequeños hoyos en la carne. Otro disparo le hizo pegarse aún más del piso entablado. El borde superior del mueble de desmenuzó, esparciendo relleno afelpado por el aire. El segundo disparo también le dio en algún lugar de la espalda. Sintió que le rozó el área dorsal, que seguramente también estaría sangrando.

Desesperado, intentó incorporarse aprovechando que Carla recargaba, pero la pierna le traicionó y volvió a caer sobre

la madera. Se arrastró lo más rápido que pudo y se metió al baño. Cerró con llave la puerta y se alejó, recostándose sobre la bañera. Sacó el cuchillo y la esperó, sabiendo que no tenía salida.

«No, no puede ser que termine de esta manera.»

Pero allá afuera, Goliat empezó a aullar como un lobo. Se oyó entonces un bramido chirriante y ahogado, como un ronquido gutural, seguido del chillido mortecino de Goliat. Era el sonido que siempre emitían los perros en las películas cuando los mataban, el inconfundible último gemido. El instante de silencio a continuación no duró. Un fuertísimo golpe sacudió la casa. Héctor, que estaba apoyando el cuerpo en la bañera y parte de la pared, sintió la vibración. La criatura había entrado. No le hizo falta escuchar el grito de Carla para saberlo. El eco de un último disparo le llegó amortiguado por la puerta que lo separaba de la sala. Luego, al igual que Goliat, Carla emitió un chillido agudo y desgarrante, algo que pondría en tensión las cuerdas vocales y las fatigaría al instante. Se escucharon dos golpes, no supo si contra la pared o el piso, y entonces, algo pesado alejándose.

Héctor no se movió por varios minutos. Tenía miedo de salir del baño, pero era necesario curarse las heridas. Sabía que los disparos eran lo de menos, apenas lo habían rozado y aunque le dejaron el cuello, el hombro y la espalda en carne viva, eran heridas superficiales. Lo que en verdad le preocupaba era el golpe de la espalda. Tenía la columna tan adolorida que hacía una mueca con cualquier movimiento.

Y sus perros. Daba por hecho que estarían todos muertos. Goliat había aullado antes de morir, pero Agramon siguió en silencio hasta el final. No tenía mucha más esperanza con Atila, el Doberman, que perdió en el bosque hace ya casi una hora.

Finalmente hizo acopio de fuerza y salió de la bañera apoyándose de la pared.

«Si salgo de esto, quedará en silla de ruedas. Seguro.»

Abrió lentamente la puerta del baño y asomó la sudorosa cabeza por el pasillo. Ya sabía que vería los boquetes que habían dejado los disparos en la pared y el sofá, pero el desastre de

sangre en el piso y el rodapié era nuevo. La puerta de entrada estaba en el suelo, los goznes doblados sobresaliendo del marco y la madera astillada y arañada. Como supuso, tampoco había rastro de Agramon. En el suelo, embadurnada de sangre, estaba la escopeta. Carla había intentado recargarla, pero no le dio tiempo. Ahora ella también estaba desaparecida, al igual que sus perros, al igual que él muy pronto.

Se sentó en el pasillo. La agonía de la espalda no cesaba ni un segundo. Se sentía más cansado que nunca y completamente derrotado. No había manera, no había escapatoria. Las balas no parecían funcionar contra el bicho, la única forma con la que contaba para rastrearlo y atacarlo, además de con balas, eran sus perros y ahora los había perdido. Se preguntó entonces cuánto tardaría en volver por él. Cuánto más lo haría sufrir antes del inevitable final.

«Si Dios existe, está de mi lado» Recordó amargamente. Si Dios existía, le pintaría una paloma cuando lo viera, que sería muy pronto. Le pintaría una paloma y le enseñaría el culo, como él había hecho durante toda su vida. Al menos se iría con ese placer antes de que lo mandase al infierno por toda la eternidad.

«Si existe el infierno, no puede ser peor que esta mierda de mundo.»

Al menos, moriría en libertad y no en la cárcel, como muchas veces creyó que pasaría. Cuando veía programas sobre asesinatos, se decía que la mayoría se confiaba y no pensaban que podrían atraparlos, dando pie a que cometan errores. Pero Héctor sí pensaba en eso todo el tiempo, y si no lo pensaba, lo soñaba. Tenía la sensación de que eventualmente, cometería un error y lo agarrarían ¿Qué hubiese pasado entonces? Le gustaba pensar que daría pelea hasta el final, muriendo en un tiroteo contra la policía. Al menos se llevaría a varios con él al infierno, pues le haría falta compañía. Pero la realidad era que le daba miedo morir, más de lo que le gustaba admitir. Si la policía lo llegase a rodear, siendo realistas, lo más seguro era que se rindiera y dejara que lo encerrasen. Y entonces recordaba la pesadilla que era estar encerrado, y volvía a convencerse de que moriría a tiros antes de eso.

En cualquier caso, ya no importaba, no era el final que el destino le tenía preparado. Su final era desaparecer para siempre en la oscuridad del bosque de Sáncrito, como cientos de personas antes que él.

Capítulo 13: Días lluviosos

La herida tenía ya veinte horas desde que se la había hecho y todavía le escocía. Tal vez debió ir a la clínica a que le agarraran puntos, tal vez necesitaba también la antitetánica, pero Erick no quería perder más tiempo del necesario. Luego de la visita a Arvo regresó a su departamento y usó su botiquín de primeros auxilios para limpiarse la herida con yodo y vendarse.

Necesitaba un trago, y urgente.

El marinero de neón estaba tan mal diseñado que parecía un monigote deslumbrante burlándose de él en una eterna mueca deforme. Erick lo había estado observando incluso antes de bajarse del carro. Cuando entró el viciado aire de humo y vapores etílicos le sopló una bienvenida al rostro. En la barra había tres figuras sombrías inclinadas sobre sus jarras de cerveza. A la derecha dos hombres jugaban billar en la única mesa de la estancia. Había otro más sentado junto a la rocola a su izquierda, pero parecía dormido o muy borracho para moverse. Se sentó en la barra y le pidió al cantinero un trago de whiskey. El barbón le sirvió el agrio elixir y Erick se lo zampó de una. El licor le ardió en la garganta y le humedeció los ojos pero pidió otro. Y luego otro más. Necesitaba embriagarse rápido, le urgía un estado de ánimo distinto al que había tenido todos esos días. No aguantaba más esa maldita ciudad. El ingreso tan repentino de alcohol le hizo doler la cabeza, entonces pidió una cerveza. El cantinero, moviendo unos labios ocultos entre la espesa barba canosa, le aconsejó que lo tomara con calma. Erick le respondió con un hipido y dio un largo trago a la cerveza.

La mentolada sensación de embriaguez le transportó de nuevo a la academia, cuando estaba con Andrés, Julio y David. Cada noche, luego de hacer las rondas, iban a tomar al centro hasta la madrugada y luego volvían al cuartel tan borrachos que apenas podían manejar.

El recuerdo se le difuminó frente a los ojos cuando un joven enchaquetado, de no más de 25 años, se le sentó muy cerca y le invitó una cerveza.

—Gracias —dijo Erick haciendo un gesto interrogativo.

—Frank —se presentó el muchacho alzando su cerveza y tomando un trago—. No te había visto por aquí.

Frank tenía el pelo corto y oscuro, las mejillas pobladas de vello fino y una escasa chivita; los ojos negros parecían ávidos y cuando hablaba y gesticulaba, se movía de una forma que a Erick le recordaba su juventud, cuando creía que el mundo era suyo.

—No soy de por aquí —respondió Erick.

—¿Y qué buscas?

—Te aseguro que no a otros hombres.

Frank resopló en un amago de risa y bebió de su cerveza.

—No estoy en ese tipo de negocio.

Erick le echó una mirada valorativa con la intención de ser muy evidente.

—¿Seguro?

—Vete al carajo —pero lejos de estar molesto, Frank sonrió y siguió tomando como si nada.

—Gracias por la cerveza —exclamó Erick dándose un poco la vuelta con la esperanza de que el lenguaje corporal le diera el indicio suficiente a Frank para retirarse.

—Bueno —Frank se levantó. La chaqueta negra susurró con el movimiento cuando sacó la billetera para dejar el pago—, aquí todos nos conocemos, pregúntale al cantinero. Cualquier cosa que necesites, estaré cerca.

Erick se le quedó viendo mientras se alejaba. Para ser un vendedor de droga, tenía un pobre criterio, ni siquiera se había percatado de la Beretta que Erick siempre cargaba en el pantalón. De todas formas, ahora era expolicía, y aunque aún lo fuese, no haría nada al respecto. Si aún lo fuese, Erick se habría comportado de manera muy distinta.

Y de pronto, se dio cuenta de que aún podía hacerlo.

Se bebió el resto de la cerveza e intentó quitarse la idea de la mente. Ya ni siquiera se acordaba en lo que estaba pensando antes de la aparición de Frank, de modo que no tardó mucho en pensar en su padre.

Y siempre que pensaba en su padre, su humor empeoraba.

Las horas transcurrieron, no supo cuántas, no quería mirar su

celular, no quería saber de nada ni de nadie. La cabeza le daba vueltas y no podía enfocar bien la mirada. No sentía náuseas, y eso era un alivio, pero estaba tan mareado que no sería capaz de volver al hostal. Qué más da, dormiría en el carro. Pero incluso la perspectiva de levantarse y caminar hasta el estacionamiento le resultaba retadora.

Poco a poco los rostros a su alrededor se le hicieron tan difusos que sólo los distinguía como sombras, pero la única sombra que importaba ahora era la del bartender. El alcohol seguía fluyendo y fluyendo, sin advertencias ni estupideces, el hombre trabajaba en silencio proveyéndole de cada botella, de cada trago maldito.

Pensó en muchas cosas, yendo desde su familia hasta sus padres. Su papá había salido de su vida cuando tenía seis años. Por lo que Erick sabía, el viejo podría estar muerto incluso; era un borracho de esos que siempre dan lástima, sin familia ni amigos de verdad, inconsciente la mayor parte del tiempo y en un estado tan deplorable que más que lástima daba asco. Había tenido ocasión de visitarlo ya de adulto, había sentido curiosidad de verlo otra vez, sólo curiosidad, pero cuando la gente de la bodega que frecuentaba lo guió hasta el callejón donde su padre estaba dormitando junto a un poste de electricidad, apoyando la cara en el área oxidada ahí donde siempre mean los perros, cuando por fin lo logró despertar y decirle quién era, el hediondo viejo ese ni siquiera se acordaba del nombre de la madre de Erick. Por supuesto, no había tenido esperanzas de encontrar nada mejor que eso, pero de igual manera Erick no pudo evitar sentir la necesidad de arrancarse el apellido y la sangre en ese momento. Era peor que lástima, era odio, y el hecho de que ambos se parecieran tanto físicamente, incluso con aquellos lechosos ojos azules, lo hacía muchísimo peor. Era como estar viéndose a sí mismo en el futuro. Incluso le pasó por la mente sacar la pistola y matarlo ahí mismo en esa pocilga, como se merecía, pero Erick no se atrevió ni siquiera a tocarle un pelo. Se fue caminando sin mirar atrás, teniendo muy presente el hecho de que ya su padre, a pesar de su estado, estaba despierto y consciente, había entendido que él era su hijo y que había venido a conocerlo y

ni aun así dijo nada para impedir que se fuera, ni siquiera una maldita despedida. Nada.

El rencor y la rabia se le esparcieron por el cuerpo y alteró sus sentidos, como un segundo alcohol, y apretó la mandíbula tan duro que una punzada de dolor le recorrió los huesos. A grandes rasgos, pareciera como si, en efecto, se hubiese visto a sí mismo aquella noche en ese callejón pestilente a orine. No tenía nada, ni amigos de verdad, ni familia que le importase, ni un trabajo que le gustase. Tenía ya treintatréis años, si su vida no había sido un éxito hasta ahora con seguridad no lo sería en los años siguientes. Intentó mantener relaciones con mujeres, pero siempre terminaba alejándose, no podía darles la vida que ellas querían, no podía otorgarles los compromisos que exigían, tal cual como su padre cuando abandonó a su madre. Y así terminaría, en una esquina mugrienta, borracho, rayando la indigencia, y sus hijos, si es que los llegaba a tener, le mirarían desde arriba con el mismo asco que él había experimentado cuando estaba en su lugar.

Al final, todos nos convertimos en nuestros padres, solía decir alguien por ahí. No existía crueldad más grande para Erick que aquella realidad.

Miró alrededor, con la esperanza de divisar alguna prostituta cerca, pero las mismas siluetas seguían ahí donde las había dejado. Incluso la silueta de Frank, junto a la entrada, conversando con otro tipo, tal vez un cliente, tal vez un socio.

Qué tan malo podía ser un solo pase, una sola probada. La verdad es que lo necesitaba, realmente le hacía falta para poder recobrar fuerzas y no irse arrastrando al estacionamiento como un gusano. Qué idiota había sido al ponerse así. En ese momento podría venir un niño de doce años y tranquilamente robarle la pistola y su cartera, y él no podría hacer nada al respecto. Apenas y podía mirar hacia donde el cerebro le ordenaba a los ojos que mirasen, moverse era un trabajo mucho más difícil, al menos moverse con control. Pero sabía que no podía, era ridículo. Esa vida había terminado.

—¿Todo en orden?

Erick se sobresaltó y puso la mano en el mango de la Beretta.

Era Frank, pero no se tranquilizó. Si venía a robarle, intentaría al menos darle un buen cachazo.

—¿Qué?

—Relájate. Deja eso —Frank le retiró la mano del arma—

¿Necesitas ayuda para caminar al auto?

—Suéltame —se sacudió con violencia—. Me vuelves a tocar y te mato.

Pero Frank, de nuevo mostrándose contrario a la situación, sonrió.

—Tranquilo —levantó las manos, pero no retrocedió—, nada más te quería ayudar.

—Ayuda aquí —repuso Erick mostrándole el dedo medio.

—No seas así —le hizo señas al otro tipo con el que estaba hablando—. Vamos al carro, ven.

Entre los dos lo alzaron y lo llevaron dando tumbos hasta el estacionamiento. Erick señaló el sedán y cuando volvió a abrir los ojos ya estaba dentro del carro. Frank y compañía lo habían acomodado en el asiento del conductor. Erick se palpó el arma para comprobar que seguía ahí, al igual que la cartera. Sacó esta última y la abrió frente a ellos.

—¿Cuánto?

—¿Por traerte al carro? —Frank se miró con su acompañante, pero Erick no supo si seguía sonriendo— Va por la casa.

—Deja la gafedad ¿Cuánto el gramo?

Frank se miró de nuevo con el otro, esta vez largo y tendido. Esta vez estaba muy seguro que sonreía.

—¿Gratis? ¿No? Entonces muévela antes que me desmaye.

—Ciento cincuenta verdes.

—¿¡Un gramo! —espetó Erick— ¿Viene con una mamada?

—Ese es el precio actual. Tú sabes cómo está la calle.

—Tengo cien nada más.

—Entonces lárgate —aventuró el compañero. Tenía una voz rasposa y amenazante.

—Malditos choros —sacó el arma y por un momento ambos traficantes palidecieron. El acompañante incluso ya iba a arrancar a correr—. Cálmense —dijo con hastío mientras jalaba el peine y sacaba el cargador. Se los enseñó. Las balas que asomaban del estuche negro brillaban con los reflejos lu-

nares—. Quince balas de nueve milímetros. Parabellum. Creo que igual no alcanza pero es lo que tengo.

Frank y su socio examinaron el cartucho. Luego discutieron algo en susurros y Erick se preparó para que le pidieran los zapatos, la billetera o incluso, si tenían las bolas, la pistola, pero terminaron mirándolo y asintieron. Le entregaron una bolsita y cuando Erick la vio arrugó la cara.

—¿Qué vaina es esta?

—Meta.

Erick los miró con rabia.

—¿Y la coca?

—Eso ya ni se vende, viejo —le aseguró el compañero.

—Dejé una bala en la recámara —alzó la pistola—. Todavía les puedo caer a plomo.

—Sólo te alcanzaría para uno de nosotros. El otro te meterá esa pistola por el culo.

Erick masculló una maldición. Les entregó los billetes y les cerró la puerta sin decir más. Miró la bolsita: dentro había tres piedritas de un transparente lechoso y un polvillo blanco al fondo.

Pulverizó las piedras con la culata hasta que sólo quedó el polvo y lo aspiró. El golpe le dio directo y de frente. Un *shot* vigorizante que lo estremeció de pies a cabezas.

—No está mal —se inclinó y aspiró el resto.

Cuando Erick despertó todavía era de noche. Tenía una migraña terrible y un cansancio como pocas veces había sentido. La basura esa que le vendieron no sirvió de nada si aun así se quedó dormido. Se sintió estafado y estúpido, la rabia volvía a vendavales, a marejadas, como una tormenta. El colmo fue cuando miró abajo y vio que se había orinado.

—*Cada vez más cerca de convertirme en tu papá* —pensó—, *felicidades*.

—Maldita sea —murmuró. Volvió a repetirlo pero un poco más alto, y para cuando se dio cuenta, estaba gritándolo, presa de un ataque de ira. Golpeó todo a su alrededor: el vidrio, el asiento, el volante, la guantera.

Me das asco, Erick, me das asco.

Sacó la Beretta. Un hermoso espécimen, la 92 FS, todo metal y negro, como el mundo.

Pero no me convertiré en ti, papá, moriré antes de dejar que pase eso.

Se apuntó a un lado de la cabeza, justo sobre la oreja derecha.

Quitó el seguro.

Si llego a verte en el infierno, te haré pagar por hacerme esto. Te lo juro.

Erick hubiese apretado el gatillo. Después, cuando volvió a pensar en eso, se sorprendió de lo cerca que había estado de hacerlo. Pero por una diferencia de segundos, se podría decir que las fuerzas del azar o del destino lo salvaron, pues su teléfono vibró en su bolsillo.

Bajó el arma y miró la pantalla. Número desconocido. Atendió con el ceño fruncido. Ya estaba amaneciendo, eran las seis y pico, por lo que no tenía ni idea de quién podría ser a esa hora.

—Aló.

—Aló —la voz le sonó familiar— ¿Es el detective?

—¿Quién habla?

—¿Es el maldito detective o no?

—Sí.

—Es Héctor. Me visitó hace poco. Vivo cerca de la diecisiete. El de los perros.

Hizo memoria. El rostro adusto y extraño de Héctor apareció en su mente.

—Claro ¿Pasó algo?

—Sí —se le escuchaba adolorido, cansado—. Necesito que venga cuanto antes—. Tomó una pausa y se escucharon unos crujidos, como si estuviese caminando por el monte—. Ya sé qué está matando a la gente de Sántrico.

Capítulo 14: Taijitu

No sabía que era más largo, si el camino o el silencio. Se preguntó si alguna vez ambos tendrían fin. Por los momentos parecía que no. El desierto se extendía como un páramo uniforme y muerto, sin viento, sin sol, sin luna, sin nadie más que él en medio de la nada.

Pero de alguna forma supo el camino. Era inevitable, ineludible y definitivo. En su vida, Héctor creyó que había caminado sin rumbo, sin un trazo fijo, pero ahora sabía que realmente sí lo había. Su destino siempre estuvo ahí, no importaba si él se movía para allá o para acá, el final era el mismo. La muerte no se iba a ninguna parte.

Y aunque supo que le costó una eternidad llegar, por fin lo había hecho; aunque la oscuridad se había vuelto absoluta, sabía lo que vería, y aunque siempre había esperado ese momento, no estaba para nada preparado.

En la oscuridad había entes gigantes, presencias sin forma que lo juzgaban y desdeñaban. Sentía sus miradas como un plomo invisible en todo el cuerpo. Pese al miedo, levantó la vista y pudo distinguir uno de ellos: tenía el rostro alargado, barba castaña, cabello largo y ondulado; una túnica roja y azul ondeaba bajo una especie de capote blanco; tras su cabeza una aureola brillaba con la intensidad del sol. Y lo más aterrador de todo eran sus ojos, tan llenos de bondad y sabiduría pero que a él lo veían con severidad y desprecio. La figura era enorme, como un edificio, inalcanzable e inmaculada.

Por un momento Héctor creyó que lo devoraría o que lo aplastaría como a un insecto, pero el instante se hizo interminable. Así como sintió que pasó una eternidad caminando hacia allá, sintió que pasó otra ahí parado bajo la poderosa mirada del padre.

Pecador, blasfemo, libertino, asesino, torturador, verdugo, loco, corrompido, violador, profanador...

El coloso se hacía más y más grande, llegando a escalas imposibles, y ni así dejó de crecer a cada acusación.

Mentiroso, vil, despiadado, sucio, injurioso, maldito...

Se había hecho tan gigante que su pequeña percepción humana solo le alcanzaba a abarcar un ojo. Un ojo del tamaño de una plaza.

—Por favor —suplicó, sabiendo que la inutilidad de sus palabras era proporcional a la insignificancia de su ser—, no es mi culpa. Yo no pedí esto.

Pero el final había llegado. La condena estaba allí para pagarse. La oscuridad se hizo absoluta de nuevo. Todo desapareció, incluyendo el suelo. Cayó y cayó en un abismo que deseó que no tuviese fin, pero sí lo tenía. Al fondo, más allá de las tinieblas, un lago de fuego parpadeaba con una luz rojiza y tétrica. Héctor continuó cayendo entre gritos y lágrimas. Allá en el lago los gritos eran tan estridentes que opacaban los suyos.

Toda la eternidad, por toda la eternidad, por los siglos de los siglos hasta el fin de los tiempos...

Y el demonio del bosque estaba allá abajo, esperándolo.

Cuando despertó, Héctor por poco se sintió aliviado, pero recordó al instante que la situación ahí en la vida real no era mucho mejor. Las heridas comenzaron a arderle de inmediato. Se las había limpiado y cubierto con gasa, luego se tomó unos analgésicos y se quedó dormido en el sofá, donde momentos antes había estado Agramon acostado. Vio el reloj, había dormido cinco horas y aún seguía oscuro. El desastre de la casa seguía ahí donde lo dejó, el sillón del lado del pasillo tenía el espaldar destrozado por el disparo de la escopeta, con la felpa brotándole de las heridas. En el piso del pasillo y la sala había sangre, astillas, cartuchos de bala, casquillos, polvo y argamasa. Pareciera que hubiese pasado un huracán por ahí. En las paredes había chispazos de sangre y en una parte, en la madera bajo la escalera, había un golpe tan fuerte que la hundió por completo, cuando se acercó a revisarlo mejor, notó que había hebras de cabello colgando de las astillas, más sangre y un diente. Fue el golpe que había escuchado antes del silencio, al parecer le habían estampado la cara a Carla contra la madera.

La puerta de la entrada, junto con la mosquitera, estaba en

el suelo hecha añicos con las bisagras guindando del umbral. Salió para ver qué más encontraba, pero el magullado porche no le ofreció nada al igual que el terreno que tenía delante. Volvió a casa y se sentó junto al teléfono. Repasó en su mente la escena. Decidió que tenía problemas más grandes como para preocuparse si un detective averiguaba más de la cuenta al entrar a su casa y verla en ese estado. Sacó la tarjeta que había guardado en el cajón de la mesa del teléfono y marcó.

—Aló —pero la voz no era la misma que escuchó el día que aquel hombre fue a su casa. Se escuchaba ronca, pastosa, sombría.

—Aló ¿Es el detective?

—¿Quién habla?

—¿Es el maldito detective o no?

—Sí.

—Es Héctor. Me visitó hace poco. Vivo cerca de la diecisiete. El de los perros.

—Claro ¿Pasó algo? —preguntó tras una pausa.

—Sí. Necesito que venga cuanto antes—. Tomó una pausa, pensando qué podía decir que sonara convincente—. Ya sé qué está matando a la gente de Sántrico.

—¿Perdón?

—Las desapariciones. Creo que ya sé lo que está pasando.

—¿Ah sí? —definitivamente no se parecía en nada al tipo sonriente y servicial que había conocido días antes. Ahora sonaba sarcástico y despectivo—, Dime entonces qué coño de la madre está pasando.

—Será mejor que vengas —y colgó.

No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero necesitaba ayuda. Si quería salir vivo de esta, no podía hacerlo solo. Subió para cambiarse la ropa mugrienta de sangre, tierra y sudor. Pensó en Carla, también pensó en la mujer que había atrapado el día lluvioso, pensó en Marco... y recordó el sueño con las figuras colosales juzgándolo desde arriba, en Jesucristo condenándolo y él cayendo a las entrañas del infierno. Si así se tenía que ir, así sería, pero no sin dar pelea.

2

Antes de ir a casa de Héctor, Erick pasó primero por el Hospital para desayunar y buscar su libreta donde anotaba todos los hechos del caso, pero lo que se encontró al llegar le heló la sangre.

—Un inquilino se quejó de que había mucho ruido en uno de los pisos —explicó Úrsula, agitada—, subí a revisar y cuando llegué a tu habitación ya se habían ido, pero dejaron todo hecho un desastre.

—¿No vio a nadie? ¿Ningún extraño?

—Le juro que vi no nada, señor Erick. Nadie vio nada. Está acabando de pasar, cuando llegaste todavía estaba hablando por teléfono con la policía.

Erick subió a comprobarlo por sí mismo. La señora Úrsula no exageraba, era un auténtico desastre. Parecía un robo ya que estaban las cajoneras abiertas, las sábanas en el piso, los lapiceros, papeles y marcadores desperdigados por todo el cuarto. De la pizarra de corcho que había colgado en la pared habían arrancado las fotos de las víctimas, sus notas estaban destruidas y hasta su ropa tirada en el piso desgarrada. Parecía algo personal, pero ¿quién?

No encontró su libreta ni el resto de sus municiones. Se sacó la pistola vacía del cinturón y la arrojó con saña contra el suelo. Le dolía demasiado la cabeza, tenía hambre, sed, cansancio, pero lo que más sentía era ira. Era la maldita ciudad y su gente, todos en complot, todos contra él porque saben que está por averiguar algo.

Se montó en el sedán y salió a toda velocidad hacia la casa de Héctor. Desarmado, sin notas, sin ni siquiera ropa para cambiarse, lo habían dejado al desnudo e indefenso. Ahora sólo contaba con su celular, y con lo que le dijera Héctor cuando llegase. Más le valía al campesino ese de mierda que le contara algo útil, porque era capaz de matarlo a golpes si resultaba ser que lo había llamado para una estupidez.

Estacionó junto al Impala y cuando fue al coche, aún movido por el ímpetu de la rabia, se detuvo en seco al ver la puerta de

entrada arrancada de su base.

—Entre, detective, no tenemos todo el día —le llegó una voz desde dentro.

Comparado con lo que vio dentro de la casa, el desastre de su habitación en el hostel era apenas un desarreglo. Sangre, casquillos, golpes, rasguños... todo el ambiente era caótico y describía un escenario de lucha.

Héctor lo esperaba sentado en una esquina del sofá.

—¿Qué pasó aquí? —Erick se sentó en el sillón cuyo espaldar estaba destrozado— Te ves horrible.

—¿Me lo dices a mí o a ti? —Erick no se había ni lavado la cara desde que despertó de la borrachera. Incluso todavía tenía puesta la misma chaqueta marrón desde hace días.

—Fue una mala noche.

—La mía fue definitivamente peor.

—¿Qué pasó? —levantó la voz, apremiante.

Héctor comenzó a contarle lo que había estado soportando los últimos días, el asedio constante de algo que no tenía claro si era uno o varios hombres, si era uno o varios animales, si era un demonio o una bruja o un ser aún desconocido. Le contó que en varias ocasiones intentó cazarlo, cuando aún no sabía que era él quien estaba siendo cazado. De cómo la cosa, sea lo que sea, entró esa noche y rompió todo, llevándose a sus perros. Le contó también sobre los cadáveres que habían estado apareciendo con cada vez más frecuencia en la entrada de su casa, mutilados y eviscerados, irreconocibles. Erick lo escuchó todo en silencio.

—Yo seré el próximo —aseguró Héctor—. De eso estoy seguro. No sé cómo he durado tanto, pero ya no me queda nada —encendió un cigarro y le tendió uno a Erick—. Mis perros eran mis guardianes, perros bravos, Pitbull, Doberman y Rottweiler. Dígame, ¿Qué coño mata a semejantes perros, así como si nada?

Erick dejó que le encendiera el cigarro y caló el humo con lentitud, saboreándolo. De todas las cosas que Héctor pudo haberle dicho, eso era lo que menos se había esperado. No tenía ningún sentido, no encajaba con nada de lo que Erick había estado investigando.

—¿Pudiste verlo?

—¿No me estás escuchando? ¡No sé qué coño es! Sólo he visto sombras, movimientos rápidos en los árboles, gruñidos. Anoche cuando acabó con mis perros yo me encerré en el baño y no vi una mierda.

—¿Cómo explicas esas heridas entonces?

Héctor se tocó el hombro con la gasa ensangrentada.

—Antes de que eso pasara, fui por la tarde a intentar cazarlo. Me agarró por sorpresa y me hizo esto —le enseñó la zona baja de la espalda donde tenía otra gasa teñida de rojo—. Caí por un barranco y me hice mierda. Hasta me jodí la columna, si intento ponerme en pie ahora gritaría como un cerdo al que estuviesen degollando.

—¿Por qué no estás en la clínica?

—¿Me vas a interrogar o vas a ayudarme?

Para Erick, Héctor seguía siendo un sospechoso. Varios testigos afirmaban haber visto su Impala rondando la zona los días previos a la desaparición de Marco. No creía que eso fuese una coincidencia, pero nada de lo que había acabado de contar parecía mentira tampoco. Era demasiado estresante que a cada paso que daba, en vez de obtener respuestas se triplicaban las incógnitas.

—La verdad, ahora que me lo dices —Erick entrecerró los ojos, haciendo memoria—, no es la primera vez que algo así pasa aquí. Entre los archivos policiales de todas las desapariciones que ha habido desde hace décadas, hay un par que se ajustan a este caso.

Le contó por encima todo lo que había leído desde la primera ola de desapariciones, pero cuando llegó al caso de Roman Azino en 1911 y Catrina Levski en 1941, se adentró en detalles.

—Se dice que al señor Azino lo arrastraron con una fuerza sobrehumana por la terraza y lo sacaron de su propiedad por encima de una valla de dos metros. Se encontraron marcas muy similares a rasguños de garras en la madera, que también estaba combada, como si algo de un peso colosal se hubiese apoyado por encima, entrado, agarrado al señor Azino y saltado de vuelta al bosque por encima de la valla. Se sabe que

por la zona ha habido osos desde hace tiempo, pero es difícil imaginarse a un oso saltando a más de dos metros de altura.

»El otro caso, treinta años más tarde, ocurre en una zona próxima al bosque, no lejos de aquí. Una anciana viuda fue atacada en la madrugada por una bestia desconocida. Todos los vecinos aseguraron haber oído los rugidos de un animal gigante. La ley explicó luego que había sido un oso, aunque los vecinos difirieran argumentando que así no sonaba un oso. La anciana quedó peor de lo que pudieras imaginar, y la casa más o menos así —señaló el caos de la sala junto a ellos—, la puerta derribada de la misma manera. No digo que sean el mismo bicho, pero he hecho mi tarea y hay casos similares a lo largo de los años, sin mencionar el descuartizamiento de una niña de doce. La policía siempre creyó que fue obra de un asesino, pero las imágenes del cuerpo podrían sugerir otra cosa. Tal vez no había marcas explícitas de garras o dientes de animal, pero lo que le pasó a esa pobre niña lo hicieron con una fuerza inhumana. Algo capaz de despacharse a tres perros agresivos al mismo tiempo.

—Es un monstruo entonces.

—Yo no dije eso.

—Pero es lo que implicas. Ya me da igual si es un monstruo, si es un animal o el mismo diablo. Me da igual lo que creas, cumplí con informártelo, con advertirte. Sé que al menos alguien sabe qué fue lo que me pasó antes de ser un número más en esa lista de desaparecidos.

—¿Es que tienes pensado quedarte? Tendrías que ser bien idiota. Yo ya estuviera...

—Pero no eres yo. No tengo adonde más ir, ni quiero. Me quedaré esta noche esperando a ese maldito para darle unos tiros antes de que me asesine. Quiero verlo con mis propios ojos antes de irme, es lo mínimo que me debe.

—Parece que sí eres idiota entonces. Escucha, hablaré con Salazar, el comisionado en jefe de la policía. Él está más interesado en estas cosas de lo que crees. Podrían mandarte algunos oficiales por esta noche, al menos hasta que logres reparar esa puerta.

—De mucho servirán un par de bocados más para el bicho

ese. Aunque, sí ¿por qué no? Así puede que se lleve unos cuantos disparos más.

—Me alegra tu entusiasmo. Antes de irme, ¿podría ver el resto de la casa?

Héctor lo pensó por un momento y luego le hizo un gesto desdenoso con la mano.

—Como quieras. No queda mucho que ver ya.

Erick revisó el sótano, la cocina, el segundo piso, los baños y los cuartos. En el cuarto de Héctor creyó ver algunas gotas de sangre seca en el suelo.

—¿Todo bien allá? —le gritó Héctor desde la sala.

Erick le gritó que sí mientras veía el cajón lleno de balas de la mesita de noche. En el último cajón encontró un papel escrito a lápiz por ambos lados. Se lo guardó en el bolsillo y bajó a la sala.

—Yo que usted no me despegaría de esa escopeta ni para mear —le dijo a Héctor antes de salir de la casa.

—No se preocupe por mí. Llame a esa gente de la policía para esta noche, los estaré esperando.

Erick se montó en el sedán y se alejó. Vio que a un lado de la casa, a la sombra de un árbol, había otro carro, Un Corolla plateado. No se había fijado en él cuando llegó. Condujo pensando en Marco, intentando imaginar cómo habrían sido sus últimos momentos de vida. Se lo imaginó siendo devorado por un gran monstruo, mitad oso mitad demonio, con cuernos y colmillos gigantes y ojos rojos penetrantes. Estacionó en el hostel con flojera de saber que tendría que llegar arreglando todo ese desorden que le dejaron.

Se quedó un momento el carro para aclarar sus ideas y su mente. Empezaba a urgirle otra esnifada de metanfetamina, necesitaba más energía para lo que le deparaba. Sacó la carta del bolsillo para hacer tiempo y comenzó a leer conteniendo un bostezo.

Soy Henry Camacaro, el mayor asesino en serie de la década, puede que del siglo.

Erick hizo una mueca de desconcierto ¿Era acaso una novela

que Héctor estaba escribiendo? Vivir solo en una cabaña en el bosque era de los sitios más trillados para escritores. En ningún momento se imaginó que a Héctor le gustara ese tipo de cosas.

Estoy a punto de morir, o mejor dicho, de ser asesinado por algo que aún no sé qué es. Antes de que eso pase, dejaré constancia de todo lo que ha estado ocurriendo. Puede que la policía de mierda de aquí logre resolverlo algún día. Pero yo haré mi parte. Confieso ser “El loco de los Teques”, adjudicándome los asesinatos de cuatro mujeres y dos niños. No conocí sus nombres, pero por mi apodo, podrán dar fácilmente con mi caso. También fui conocido en el sur de Caracas como “La Bestia”. Allí maté a cinco personas (un hombre, un anciano y tres mujeres). Además, de niño, cegué a otro infante en el orfanato y herí a varios, incluyendo adultos.

Erick leyó y leyó, absorto. El mundo dejó de existir a su alrededor. No se escuchaba nada, no veía nada más allá de la aparatosa caligrafía de Héctor. La frente comenzó a humedecerse de sudor.

...Para más seguridad, huí de nuevo y hasta me cambié el nombre a Héctor Carver. Me instalé en Sáncrito sabiendo que este sería el lugar ideal para continuar con mis crímenes ya que prácticamente aquí desaparecía gente todos los días...

...Incluso en una ocasión se robó a una de mis víctimas, a quien tenía atada en el cobertizo...

...Es cuestión de tiempo para que pase lo que ya sé que va a pasar, por eso escribo esto para que se sepa de una vez por todas lo que acecha en los bosques de Sáncrito...

No se podía mover. No reaccionaba. Los latidos le taladraban las sienes con una rapidez exorbitante.

—Maldito hijo de puta.

Su propio comentario le hizo reaccionar, como si no hubiese sido de él. Encendió el motor y salió del estacionamiento llevándose casi la verja por el medio. Aceleró todo lo que el auto le permitía y estuvo a punto de chocar cuando una camioneta Pick-Up roja le cerró el paso. Lanzó una maldición y fue a

dar retroceso pero una furgoneta blanca lo bloqueó por atrás. Erick estaba tan exaltado por el descubrimiento que no unió los puntos, no se dio cuenta de que lo estaban abordando hasta que los hombres de ambos vehículos se bajaron y le apuntaron con un arma.

—¿Qué coño...?

—Erick Müller.

—No sé quién es ese —se llevó la mano al cinturón, pero había tirado la pistola en el hostal.

—Nos costó encontrarte.

El disparo le hizo cerrar los ojos y cubrirse el rostro. No supo más nada luego de que le golpearan en la base del cráneo con la culata del arma que sostenía aquel hombre gordo de pelo canoso.

Capítulo 15: La fiesta

Nicole había durado casi dos horas arreglándose para la fiesta. Era medianoche y ya sus padres dormían. Se había lavado, secado y planchado el pelo, se pintó los labios de un rojo granate, se resaltó las cejas y pestañas, se empolvó el rostro y se probó casi todo lo que tenía en el armario. Terminó decantándose por un conjunto de falda y blusa de tiras con escote en v ceñidos al cuerpo y botas negras largas hasta las rodillas, pulseras y zarcillos plateados y discretos y una cartera oscura con detalles de plata. Casi nunca se maquillaba ni se arreglaba de esa manera, pero había visto a Sasha hacerlo tantas veces que se sabía los pasos de memoria y había practicado en secreto. Se preguntó qué diría ella cuando la viese, si le gustaría, si se burlaría, si ni se daba cuenta del cambio, y más importante, qué diría Christian. Él era la razón de esa noche, él era el motivo por el que engañaría así por primera vez a sus padres. Si a Christian no le gustaba, ya nada de lo demás tendría sentido. Mientras pasaban los minutos, esperando que fuera exactamente las doce de la noche para encontrarse con los muchachos en la calle, Nicole se comía la cabeza pensando y pensando en todo lo que podría salir mal, desde sus padres descubriéndola, hasta ella haciendo el ridículo en la fiesta ¿Y si llegaba y Christian ya estaba con otra? ¿Y si la invitaba a bailar, se ponía nerviosa y se enredaba? ¿Y si...?

Doce de la noche. Ni un minuto más, ni un minuto menos, Nicole salió por la ventana, por el hueco que había dejado quitando las bisagras horas antes, luchó un poco para mantener el equilibrio, ya que era difícil doblar tanto las piernas con botas que le llegaban por encima de la rodilla. Dio un brinquito y cayó en el pasto con toda la elegancia que pudo trastabillando un par de pasos hacia atrás, aunque sabía que sus movimientos eran torpes, sabía incluso que sus expresiones lo eran, sentía el maquillaje pesándole en la cara, estorbándole. Se obligó a dejar los nervios y a no estrujarse la cara, caminó por la acera hasta la avenida que había pactado con sus amigos.

Entre tantas imaginaciones, tantas situaciones vergonzosas, decepciones y preocupaciones, a Nicole no se le pasó ni por un momento la idea de que moriría esa noche.

Más adelante se encontró con Kevin. A pesar de ser de quien menos se esperaba un cumplido, el muchacho le silbó arqueando las cejas.

—Pero miren a Nico vale —le dijo sonriente—. ¿Qué estoy haciendo yo con Sasha?

Al rato se les unió Christian quien también la miró sin disimulo y le dijo que estaba preciosa. Sintió que el corazón se le iba a salir por la boca cuando le tomó la mano mientras caminaba.

Llegaron a la calle de Sasha, donde la chica surgió de la oscuridad tan galante y sensual como de costumbre, todo zarcillos, anillos, collares, maquillaje y perfume, una fragancia suave pero abundante.

Ella también la felicitó por su aspecto, le dio un abrazo y le dijo lo feliz que estaba de que había venido.

—Vino fue por Christian hija, contigo ni pendiente —soltó Kevin.

—Ya vas a empezar tú con la chocancia —contestó Sasha.

A su manera, Nicole le tenía afecto a Kevin, por muy molesto que fuera a veces, sentía que ya nada podría quitarle la noche que tenía por delante. De modo que todos, incluyéndolo a Kevin, se impresionaron cuando ella empezó a reírse de sus chistes. Y cuando atravesaron un área sin luz, en una calle desierta, Nicole jaló a Christian por el cuello de la camisa y le plantó un beso. El contacto con sus labios la embriagó más que cualquier licor que pudiese tomar más tarde. La emborrachó de poder y deseo.

—Ay ¿pero que es este poco de monte? —empezó a quejarse Sasha cuando iban subiendo la pendiente boscosa que daba a la urbanización de Ray.

—Eso es ahí mismo princesa —la tranquilizó Kevin—, no falta nada.

Pero el camino, pobremente asfaltado, no parecía tener fin. Nicole intentaba atisbar más allá de unos metros pero estaba demasiado oscuro y la iluminación de la calle dejaba bastante que desear.

—¿Estás seguro que sabes dónde queda? —preguntó Christian.

—Bueno, gafo ¿y no fuimos el año pasado?

—Fuimos en carro, nos llevó el pana de Ray.

—Bueno eso es ahí mismo, después de la subida.

Pero llegaron al final de la pendiente y no parecían estar cerca de nada. Un claro de tierra se extendía por varios metros cuadrados en lo que parecían unos terrenos baldíos. El camino se había terminado y si seguían se adentrarían en el bosque.

—Coño, menos mal era ahí mismo —Sasha sonaba asustada.

—Mi amor, por favor. Sí vamos a llegar, cálmense.

—¿Y eso que fue?

No estaba segura de haberlo oído, pero le pareció que sí. Un ruido detrás de ellos. Kevin se echó a reír.

—Pero ustedes son bien cagados ¿no?

—Marico, tú sabes que esta zona es full peligrosa —intervino el otro—. Haz el favor de agarrar el camino que es que yo también me estoy obstinando ya.

Y según Kevin, el camino que era, estaba peor de lo que imaginaron. Se adentraron por un monte donde las ramas de los árboles les arañaban los brazos y las caras. Sasha soltó una maldición cuando pisó un charco fangoso y Kevin también cuando al rato se apoyó de un tronco y se le clavó un pincho en la palma.

Nicole, aterrada, estaba a punto de sugerir que se devolvieran cuando vieron unas luces a lo lejos. Notó que las luces se movían y se estaba acercando a ellos con rapidez. Fue entonces cuando junto a ellos se detuvo una camioneta Pick-Up roja, seguida de una furgoneta blanca muy sucia. El rostro que apareció tras el vidrio de la Pick-Up era regordete, con barba de pocos días y cabello canoso.

—Buenas noches —saludó el hombre. A su lado, de copiloto, iba una mujer morena de nariz aplastada.

—Buenas —le devolvieron el saludo.

—¿Van a donde Julio?

—No. A donde Ray —señaló Kevin.

—Yo también voy para allá —acotó la morena.

—¿No era por aquí? —Kevin se puso rojo.

—No vale, estaban yéndose bien lejos. Súbanse, así van con mi hija.

Kevin hizo un gesto a los demás. Nicole se sintió algo nerviosa por montarse en la camioneta de un extraño en mitad de la noche, pero a la vez aliviada porque ya no tenían que seguir internándose por la oscuridad. Además, estaba con Christian y sus amigos. Se encaramaron en la parte de atrás y el hombre arrancó, seguido de cerca por la furgoneta.

Al cabo de unos minutos también fueron por una subida, cosa que la tranquilizó. Se preguntó cómo Kevin era tan estúpido para confundirse así de subida, pero cuando llegaron al terreno elevado, se encontraron con más maleza y oscuridad.

—Chamo —dijo Kevin mirando a Christian. Tenía una mirada extraña—, estoy seguro que la vaina no era por aquí.

—Tampoco era por donde nos estabas llevando —respondió él intentando sonar jocosos.

—No, marico —repuso Kevin frunciendo el ceño—. Este tipo no va a casa de Ray.

Antes de que nadie pudiese decir nada más, la camioneta se estacionó frente a una casona. El lugar estaba rodeado de árboles y se encontraba considerablemente lejos de la última urbanización que pasaron.

—Bájense pues —ordenó el hombre, que cuando se bajó del vehículo, se dieron cuenta que era bastante gordo.

—Señor ¿dónde estamos? —inquirió Christian.

—Bájense —de la furgoneta se bajaron dos hombres más, rostros impasibles y despojados de humanidad.

—Kevin... —gimió Sasha, al borde del llanto.

El gordo agarró a Kevin del cabello y lo tiró de la camioneta. Los gritos se elevaron en la noche, pero nadie los podría escuchar a esa distancia. Las cosas pasaron rápido y todo a la vez, de modo que Nicole apenas se percató de que los hombres los rodearon, alguien sacó una pistola, otro un cuchillo, y que Christian intentó resistirse pero también fue golpeado en la cara y arrojado al suelo. A ella alguien la agarraba de los brazos y la empujaba hacia la casa. Antes de entrar, miró hacia atrás y vio que alguien traía a un tipo colgando del hombro, un tipo rubio con chaqueta marrón.

Capítulo 16: La danza de sangre

En el bosque, una sombra era la más oscura de todas, una oscuridad que se cernía entre los árboles y se arremolinaba tras el latir de un corazón muerto. La oscuridad se materializó en una carne negra, en pelo, garras y colmillos hechos de sombra. Los ojos amarillos se abrieron por completo en dirección a la casa. Los troncos se torcieron bajo el peso. Crujidos de la madera rompiéndose hicieron eco en la noche.

Había sido un día nublado, por lo que la noche también lo fue. Desde la ventana de la habitación de Héctor, el bosque de Sáncrito, sin la luz de la luna, estaba tan oscuro que dejaba de ser un bosque. Héctor no lograba distinguir ni siquiera los árboles, todo era una amalgama negra gigantesca, oscuridad eterna que se extendía por el horizonte y más.

Los analgésicos no habían servido de nada, el dolor que Héctor sentía en la espalda y el brazo era tan contundente y persistente que no podía pensar con claridad, tenía un dolor de cabeza espantoso y comenzaba a sentir los inicios de la fiebre. Caminaba con mucha dificultad y cada paso era un latigazo lacerante de agonía. Sabía que tenía la espalda lesionada, de eso estaba seguro, era tan intenso que probablemente tendría otras afecciones eclipsadas de momento.

Muy a su pesar, tuvo que levantarse de la cama nuevamente para revisar que todo en su arsenal estuviese en orden. Sobre la mesita de noche parcialmente destrozada descansaban tres cocteles molotov. Había aprendido a hacerlos durante las manifestaciones en Caracas, un estudiante le explicó cómo fabricar escudos, molotov, máscaras antigás y demás armas caseras. Realmente Héctor no formó parte de las guarimbas, pero cuando había una, salía con la esperanza de ver gente morir frente a él. Aunque no tuvo éxito, aprendió cosas útiles. El molotov era sencillo, lástima que solo tenía en su casa tres botellas de cerveza a modo de recuerdo. Rompió una camisa para usarla de mecha y terminó de utilizar todo el alcohol que le quedaba luego de haberse limpiado las múltiples de heridas. Tenía el yesquero con la mujer de acero preparado en

caso de cualquier cosa. La escopeta de doble cañón reposaba junto a él en la cama como una amante. Los cartuchos estaban reunidos en un hueco que había hecho con la cobija. Era la única arma de fuego que le quedaba, contaba con eso y con el cuchillo de caza que lo tenía entre las molotov.

No había dormido la noche anterior, cuando se llevaron a Carla y Agramon. Esa tarde, luego de la visita de Erick, había dormitado apenas una hora en el sillón de la sala, pero la sensación de que la criatura ya venía lo despertó. Fue entonces que se puso a preparar sus armas.

Era medianoche. Héctor, acostado en su oscura habitación, intentaba descansar los ojos de a momentos pero la misma sensación de YA VIENE lo alertaba y sacaba de su ensoñación a cada instante. El cansancio y dolor que sentía era casi insoportable, y ahora su temperatura había aumentado. Si su cuerpo fuera una computadora estaría llena de virus, enlentecida, saturada y a punto de apagarse por un error de sistema. La cabeza le martillaba sin piedad y sin cesar, el sudor le perlaba la frente y se le metía en los ojos. Aferró el cañón del arma con fuerza para contrarrestar el dolor y el desasosiego mientras su mente divagaba como polvo en la penumbra. Cayó en cuenta de así se sentía, como una mota de polvo en la infinita oscuridad. Si moría esa noche, ¿Qué pasaría? ¿A dónde iría?

—Al infierno, por supuesto —hizo el favor de responderse él mismo.

¿Cómo sería el infierno? ¿Un interminable lago de fuego? Como decía la biblia, rodeado de millares y millares de otras almas torturadas y vociferantes en una agonía sin fin ¿O sería la oscuridad y su soledad para toda la eternidad? La segunda opción sonaba menos dolorosa, pero igual de enloquecedora. De cualquier manera, si existía un más allá, el suplicio sería su destino. Así se lo revelaban sus sueños siempre, así lo decía el mundo y así lo creía él. Tal vez la cárcel no era tan mala idea después de todo.

Estaba a punto de quedarse dormido otra vez cuando escuchó con claridad unos ladridos que provenían del piso de abajo. La imagen de Agramon se le formuló de inmediato.

Estaba vivo. Se levantó de un salto de la cama, haciendo caso omiso del dolor por un momento, se apoyó la escopeta en el hombro y salió del cuarto; bajó lo más rápido que pudo por las cortas escaleras de porcelana gritando el nombre del perro pero cuando llegó a la sala y vio la puerta arrancada parapepada sobre el umbral, tal como la había dejado, los ladridos cesaron. Levantó la escopeta y corrió el seguro.

—¡Agramon!

Silencio tras la magullada puerta mal puesta. Se acercó lentamente con el cañón en ristre y el dedo acariciando suavemente el gatillo. «Si tan solo pudiese darle un buen tiro en la cara, sea lo que sea... y si tan solo bastara con eso.» Se acercó más, muy lentamente, la adrenalina sofocando de momento los dolores y la fiebre, el pulso palpitándole en las sienes. «Un buen tiro, por Dios, que eso sea suficiente».

La puerta del sótano chirrió tras él. Se dio vuelta con naturalidad, sin imaginarse que el peligro pudiese venir de allí. Cuando vio lo que se asomaba por la puerta, no pudo reaccionar. Era como si el tiempo se hubiese detenido, su cuerpo simplemente no obedeció a ningún impulso instintivo. La cara roja, los ojos amarillos, los dientes. La mitad de ese rostro estaba escondido tras la madera, casi una parodia de timidez, bajo eso, sobresalían unos dedos largos y negros agarrando el borde. Héctor parpadeó y el ser ya estaba frente a él. El rostro alargado como una máscara y los dientes irregulares como estacas, tan numerosos que se superponían los unos a los otros. No le parecía humano, pero tampoco animal.

Estiró la enorme mano hacia él y una de sus uñas le abrió el cuello. El pinchazo de dolor le hizo apretar el gatillo. El disparo sonó apagado contra el gigantesco cuerpo. La sangre le bañó la cara a Héctor, pero la cosa no se movió, fue él quien se echó a correr escaleras arriba, pero a medio camino una garra le apresó el tobillo izquierdo haciéndole caer y vio como los dientes se le hundían en el talón. Dejó escapar un sonoro grito cuando el tendón se rompió entre los dientes de la criatura. Sacó el cuchillo y lo enterró en uno de los ojos amarillos. Un gruñido como el del león le reventó el tímpano derecho. Una uña se le clavó en el ombligo le abrió parte de

la pelvis. Siguió enterrando el cuchillo una y otra vez en el rostro y el cuello del monstruo, pero por más que salía sangre entre el pelaje, y gruñidos entre las fauces, el bicho no cedía. Le pegó un mordisco en la mejilla a Héctor y se la arrancándosela con facilidad. Héctor clavó de nuevo el puñal, esta vez en el otro ojo, y un líquido espeso y color crema le cayó encima. Logró ponerse boca abajo y arrastrarse hacia arriba por las escaleras hasta que llegó al salón. Cuando fue a levantarse, el tendón cercenado crujió y Héctor cayó de nuevo, pero se arrastró velozmente por el suelo hasta el cuarto dejando tras de sí una estela de sangre. Entró a gatas, consciente de que la criatura venía justo detrás de él, se lanzó hacia la mesa y agarró una de las botellas volcando las otras dos. El cristal estalló contra el piso en una miríada escarchada. Sacó el yesquero y cuando fue a encender la mecha, vio que la bestia se encontraba inmóvil en el umbral de la puerta, mirándolo. Los ojos, con las diminutas pupilas negras, estaban rodeados de sangre y pus, pero aún brillaban en la oscuridad como los del lobo. Entre el espeso pelaje del esbelto cuerpo manaba sangre dejando charcos. Era tan alto que aunque iba a cuatro patas tenía que estar encorvado en la habitación; del cuello le colgaban mechones de pelo como una melena al igual que entre las piernas, de donde asomaba un miembro viril oscuro y repugnante de gran tamaño. La cara también era velluda, pero a la luz se distinguía el color escarlata de la piel. La nariz ancha y achatada le recordó a la de los búfalos. Entre los dientes que parecían huesos rotos chorreaba la sangre ennegrecida de Héctor. «Es una especie de sátiro leonicio, un demonio.»

—Héctor —lo llamó la criatura. Sus fauces no se movían, pero la voz provenía de ella, una voz profunda pero humana—. Vas al infierno, Héctor. Te llevaré hasta allá.

La imagen del Jesucristo colosal que se le apareció en el sueño le vino a la mente, el maligno Cristo acusándolo con su ojo del tamaño de un planeta. No supo qué responder, se quedó mirando esos labios negros que hablaban pero no se movían, esa mirada entre amarillo y rojo que era odio hecho carne.

—Allá están los que mataste, Héctor. Te esperan para devorarte por toda la eternidad.

La mujer cortada por la mitad, la que se le apareció el día después de que se la llevaran de su cobertizo. Se la imaginó sobre él clavándole las uñas en el cuello y arrancándole la cara a mordiscos. Al igual que el monstruo, la mujer tendría una cara mitad humana mitad demonio.

—Tus perros van a violarte. Yo voy a arrancarte la piel. Así...

—con las garras de una mano se arrancó como un guante toda la piel del antebrazo. Ya había tanta sangre de la criatura en el suelo que había formado una laguna de color granate.

Cuando escuchó la palabra “violarte” Héctor estaba seguro de haber visto el pene del ser moverse. Luchó de nuevo contra la inmovilidad, contra el miedo. Tuvo que morderse la lengua hasta hacerse sangre para reaccionar. La mujer de acero escupió fuego y encendió la mecha. Arrojó con todas sus fuerzas la botella hacia la cabeza y aunque lo esquivó y la botella se estrelló contra la puerta, las llamas lamieron el pelaje del lomo y se extendieron rápidamente por todo el gigantesco cuerpo.

2

Cuando abrió los ojos, lo primero que creyó Erick fue que estaba en una pesadilla. Sentía como si estuviera bajo el agua: tenía la vista nublada y la audición embotada, le costaba moverse libremente y todo frente a él pasaba como en cámara lenta.

—Hay que... —escuchó decir a alguien muy cerca— No... Ahora... La sangre...

Sacudió la cabeza. Intentó tocarse la cara sin éxito ¿Qué coño estaba pasando? Lo último que recordaba... ¿Qué era? ¿Dónde estaba? Héctor... Estaba con Héctor. Se fue de su casa y entonces...

Una bofetada lo sacudió.

—Despierta.

Erick intentó enfocar la visión. Frente a él una cara muy anciana y torva le devolvía la mirada. No se fijó hasta más tarde que el hombre traía puesta una túnica roja.

—Ya es hora —escuchó detrás del viejo.

—Por... favor... —esta voz venía de su izquierda y era dis-

tinta, era la voz de un joven, tal vez un adolescente, y algo le impedía hablar con libertad.

—*Groot is die Koning van die bos* —espetó el anciano alzando algo entre las manos.

—¡*Groot!*—corearon voces que provenían de todas direcciones. A medida que más escuchaba y más veía, más iba entrando en contexto.

«Saliendo de casa de Héctor... un auto me cerró el paso. Cuando me bajé... no, no puede ser.»

Ya había recuperado un poco más las fuerzas y dio un tirón tras la espalda, ahí donde tenía atadas las manos. También se dio cuenta de que estaba en una silla de madera, con los pies atados a las patas.

«Pero era Héctor... estaba seguro. Héctor mató a Marco ¿Quiénes son ustedes entonces? ¿Por qué hacen esto?»

Su mente entonces lo traicionó respondiéndole con la voz que menos quería escuchar en ese momento. «Te lo advertí, Erick —le decía su tía Lurdes con esa sonrisa suya tan odiosa—, te advertí que pasaría esto.»

Maldita sea.

Ahora que veía mejor, notó que estaba en una espaciosa habitación en penumbras apenas iluminada por una fila de velas en el centro y en cada pared. Las siluetas frente a él se movían difusas, pero distinguía lo suficiente para saber que había por lo menos ocho personas ataviadas con túnicas negras, menos el anciano que estaba de rojo, y en torno a ellos, en un círculo, había más personas atadas en sillas, unas cuatro.

Estuvo a punto de decir algo cuando unos tambores empezaron a sonar. El bullicio parecía venir de todos lados y de ninguno a la vez, pero Erick supuso que los instrumentos estarían a sus espaldas, entre la oscuridad. El ritmo era agitado y disonante, caótico, y debido a que estaban en un lugar cerrado, sonaba particularmente alto. Al cabo de un momento se alzaron unas voces femeninas. Erick no distinguió qué decían, pero entre frase y frase, había voces que parecían recitar algo en voz más baja. Alguien detrás de él que estaría muy cerca dijo algo que sonó a “*malik*” y luego, a la derecha y como en respuesta, otra mujer pronunció “*malik alghaba*” pero Erick no pudo verle la cara.

Entonces, de entre las sillas, surgieron cinco mujeres, también con túnicas negras, que se reunieron en el centro de la estancia. El anciano de rojo les hizo una señal en la frente, como en miércoles de ceniza, pero cuando una de ellas se acercó a él vio que la marca era roja, se imaginó que de sangre.

Entre la escasa luz oscilante de las velas y el vapor humano que despedían todos los presentes en la habitación, fue testigo de cómo la mujer frente a él se desnudó por completo revelando un cuerpo esbelto y cobrizo. Cuando se acercó más, Erick también vislumbró su rostro y le pareció que tenía rasgos indígenas. La nariz con el puente achatado pero respingona en la punta, la frente y las mejillas prominentes, los ojos severos y achinados y una mata espesa y negra de cabello que le caía por los hombros. El ambiente comenzó a adquirir un matiz rojo y saturado, como si todo estuviese ardiendo, y cuando la mujer comenzó a bailar junto con las otras, Erick sintió que estaba a punto de desmayarse otra vez.

—Ayuda —masculó alguien detrás de las bailarinas, una chica. Erick cerró los ojos con fuerza y se mordió los labios. Intentó pensar en algo, en lo que sea, tenía que escapar, no podía morir ahí. No de esa forma.

«Te lo advertí» seguía croando Lurdes en su mente.

El tacto de la mujer lo sobresaltó. Le estaba ofreciendo algo en un cuenco. Trató de resistirse pero apenas podía moverse. Lo agarró con firmeza por la nuca y le vertió el cuenco en la boca. Aunque Erick escupió casi todo el contenido, no pudo evitar tragar una parte. El regusto metálico era inconfundible. Sangre. Pero no era sangre cualquiera, tenía algo más fuerte, algo que lo hizo sentir distinto. Se acordó de todas las drogas que había consumido en su época de policía y esto era más potente que cualquier de ellas. La habitación se oscureció de repente y cuando volvió a iluminarse, ya no estaban los monjes ni las bailarinas ni los rehenes. Pero dónde antes había estado el sacerdote rojo, a la mortecina luz escarlata de las velas, estaba la última persona que Erick deseaba ver en su vida.

La tía Lurdes tenía la cara más parecida a un sapo que nunca, con una corona dorada encima. La reina sapo. Estaba desnu-

da, las enormes piernas que él recordaba tan bien, con la carne celulosa colgando como lonjas de grasa, ahora expuestas en toda su desnudez. Las uñas de los pies alargadas y grises, con un sarro verduzco rodeándolas, seguidas de unos dedos callosos y retorcidos. Dio un paso hacia él. Entre las piernas, el pubis ensombrecía su sexo bajo una maraña verdiblanca de vello. Y de allí algo le escurría y le bajaba por la pierna, un líquido hediondo e infecto. Dio otro paso. La gran panza estaba llena de huecos y ronchas parecidas a hongos que minaban la rugosa piel a lo largo y ancho del abdomen, rollos de piel masosa rebotando sobre las caderas. El tercer paso que dio hacia él fue suficiente para que el olor se intensificara tanto que Erick tuviese una arcada. Pero no podía quitarle la vista de encima. Las venosas tetas guindaban hasta el final de las costillas con pezones negros como frutas podridas. Los brazos a cada lado del cuerpo como bultos de carne enervada. El cuello inflado, la doble papada, el rostro hinchado y sonriente con esos ojos de anfibio; los labios grises que parecían orugas obesas. La mirada. Erick estaba a punto de vomitar. La mirada. Otro paso. Las uñas como pezuñas de zamuro. La mirada. El hedor una autentica peste, la peste de la descomposición. Carne descompuesta. La mirada. Estaba justo frente a Erick. El chorro de líquido fétido se hacía más abundante y salía de la vagina entre grumos y coágulos marrones que encharcaban el piso. La mirada justo frente a él. Los ojos inyectados en sangre no eran humanos.

La reina sapo abrió la boca agregando una segunda capa de olores a la pestilencia que flotaba en el aire. La lengua era de un negro azulado como la de los muertos. Le inmovilizó el rostro con la manaza y cernió la boca sobre la suya. Sintió la podrida lengua introduciéndose como un parásito en su garganta. El vaho que emanaba de la boca ahora impregnaba toda la suya. Erick intentaba vomitar, pero la lengua bloqueaba su garganta. Los cuerpos ahora se tocaban entre sí. Sentía la pierna húmeda por el espeso líquido vaginal. Erick convulsionaba, el aire a sus pulmones bloqueados. Estaba muriendo. Los ojos de sangre lo miraban a escasos centímetros de los suyos. El iris como dos lunas negras rodeadas por un mar rojo.

Erick profirió el grito más fuerte de su vida.

Abrió los ojos. La lengua ajena salió de su boca dejando hilillos de saliva roja. El rostro que vio frente a sí no era el de su tía, sino el de la bailarina. Erick vomitó de todas formas. Ella lo desató con una daga y lo echó al suelo. Él no tenía ya la voluntad para hacer nada. Sus miembros no los sentía suyos, los movimientos le salían limitados y lentos. Levantó la cabeza haciendo acopio de sus escasas fuerzas: más allá de su propio pecho embarrado de vómito, más allá del contorneado cuerpo de la india que se introducía frente a él los dedos en la vagina, vio que uno de los otros rehenes aullaba de agonía mientras le pasaban un cuchillo por el abdomen. Otros también estaban siendo desatados y postrados en el suelo. La visión fue interrumpida por la aproximación de la mujer que se sentó sobre él y frotó su pelvis contra la suya con evidente intención. Erick ni siquiera sentía el pene, por lo que no se dio cuenta cuando la mujer se lo introdujo y comenzó a dar saltos sobre él. Miraba fijamente el techo, preguntándose si Marco y todos los desaparecidos en Sáncrito habían pasado por lo mismo que él ahora.

El dolor no tardó en llegar. Un ardor frío le recorrió el pecho y cuando levantó la cabeza vio que la mujer le tallaba algo con la daga. Ella estaba toda bañada en sangre, no supo de quién o de qué, pero mientras se movía sobre él ligaba la que ya traía ella con la de Erick que brotaba del pecho. El pegoste rojo emitía ruidos chapoteantes con cada roce y cada movimiento. Cuando Erick miró a la mujer a la cara, le pareció ver que los ojos de esta brillaban como de lobos. Los tambores seguían sonando, los gritos aumentaban a su alrededor, el aire se viciaba con los olores y el vaho de la gente, el calor que ya era insoportable y la sangre que embarraba todo el suelo y todos los cuerpos desnudos que pulsaban en una amalgama de carne.

En la oscuridad, algo se movía. El cuerpo de Erick se había quedado en la habitación participando en el demencial rito del sacerdote rojo, pero su conciencia ahora estaba en un lugar más oscuro todavía y más salvaje. Casi ni se enteraba que se trataba de un bosque. Y él sabía cuál. Allá en las tinieblas, el ser lo miraba con detenimiento.

«Fuiste tú —pensó Erick—, fuiste tú todo este tiempo.»

Un escalofrío seguido de dolor le recorrió el costado de la cara. Allá en donde estaba su carne, alguien le había cortado una oreja, y se la había metido a la boca. El cuerpo de Erick respondió agarrándole la cara y plantándole un largo beso al tiempo que fornicaba con alguien en el suelo.

—¿Qué eres? —preguntó a la oscuridad que parecía infinita.

La respuesta vino en una forma que no sabría explicar nunca, ni con todo el tiempo del mundo. Era como percibir algo, un sabor desconocido, olerlo y paladearlo, identificarla y archivarla en su memoria sensorial, pero sin saber aún qué era realmente. Percibía odio, toxicidad y muerte. Pero también pensaba, se comunicaba con él, era algo que entendía sin saber cómo, algo que no podía ser traducido en un idioma.

Muerte, muerte, muerte.

Erick ya no tenía miedo. Se sentía insignificante, como una hormiga frente a un oso, pero no temía. Era más como una necesidad de obedecer, de doblegarse.

3

En la nebulosa de su mente, las luces de las velas eran como astros opacos en medio de la nada. Parpadeó varias veces y miró a su alrededor en busca de sus amigos. No alcanzaba a ver quiénes estaban atados junto a ella. Era un círculo de rehenes, y entre ellos figuras difusas se movían como espectros y emitían susurros y exclamaciones vagas.

Nicole luchó contra las ataduras pero se sentía débil, la bofetada que le habían dado había sido tan fuerte que casi le hizo perder el conocimiento, en cambio, le emborronó la vista y embotó los sentidos. Intentó decir algo pero una mordaza le cubría la boca. Las lágrimas le rodaban por las mejillas estropeando el maquillaje que tanto le había costado ponerse. Los monjes decían cosas sin sentido, gritaban, murmuraban y entonaban cánticos en una lengua desconocida para ella. Al principio no reconoció a nadie, pero a medida que los ritos iban ganando intensidad, las velas le permitieron discernir un par de rostros. Uno de ellos era un

maestro de San Quínting. No recordaba su nombre, pero estaba segura que era él, un hombre bajo, de rostro redondo y bigote diminuto, y que se trataba de un maestro de pre-escolar. Alguien en contacto directo con los niños. Ataviado con su túnica negra, casi no lo reconoció, pero los demás monjes no le sonaron de nada. Tampoco el viejo de rojo, quien parecía dirigir el culto. Cuando empezaron a sonar los tambores, unas mujeres desnudas entraron de repente en la estancia y repartieron una especie de menjurje en un cuenco a los rehenes. Una le ofreció también a ella y cuando apartó la cara, la mujer le agarró la mandíbula con fuerza, le quitó la mordaza y le hizo tomar el pastoso líquido. Procuró no saborear demasiado, pero el regusto le quedó impregnado en toda la boca. Contuvo el aliento cuando identificó el componente principal del menjurje. Sangre. Quiso vomitar, pero algo había comenzado a hacer efecto en ella, una sensación que le enardecía el cuerpo y la separó de todas las demás sensaciones carnales. Sentía como si su espíritu hubiese abandonado su carne y vagara como una presencia informe por el ahumado salón. Cuando se dio cuenta ya no estaba atada, sino desnuda en el suelo. Escuchó gritos y súplicas, creyó escuchar el aullido de Sasha en alguna parte, pero la visión de un cuerpo flácido y sudoroso ocupó su mundo. Un dolor que le estalló desde abajo y fue endulzándose a medida que subía hasta su cabeza. Luego volvió a sentir de nuevo que se desprendía de su carne y se ligaba con algo más en el ambiente, algo oscuro y vivo. El dolor y el placer aumentaron hasta volverse todo su mundo. El “algo” entraba y salía de ella a voluntad, algo que aunque no vio con sus ojos, supo que tenía ojos rojos y saltones, como dos huevos cocidos embadurnados en sangre, y que la boca eran dos labios también rojos y carnosos, obscenos y babeantes, con una lengua que se enroscaba en ella y se introducía en su ser, en su nuevo yo incorpóreo.

Abrió los ojos y volvió a la realidad para darse cuenta que el sacerdote de rojo estaba sobre ella, embistiéndola con un doloroso falo que la hería como un cuchillo. Gritó tan duro que sintió como su cuello se ponía en tensión. El anciano la miró directo a

los ojos y vio que ahí estaba la cosa de antes, detrás de los acuosos ojos azules veía aquellos que eran rojos y desorbitados. El anciano la agarró por el cuello con fuerza y la montó con más intensidad, con la crueldad grabada en el descarnado rostro. Nicole pateó y manoteó al seboso hombre en un vano esfuerzo por dejar de sentir. Solo quería que parara el dolor, era lo que más deseaba en el mundo. Cuando estuvo a punto de rendirse y ceder ante la pesadilla, el viejo soltó un grito y salió de ella, dio vueltas en el suelo y se retorció como presa de una agonía mil veces peor que la de Nicole. Ella se levantó y casi se resbala con toda la sangre y fluidos que había en el suelo. Se dio cuenta que el salón se había convertido en un pandemónium de gritos y sollozos. A donde quiera que mirara, alguien desnudo se arrastraba por el suelo entre chillidos y gruñidos. Nicole se dirigió al altar donde había un cuchillo, lo agarró entre temblores y empezó a apuñalar al anciano que la había ultrajado, le hundió el filo una, dos, tres, hasta que perdió la cuenta. Todo lo que importaba era aniquilar a aquel ser maldito. El hombre no pareció diferenciar entre la tortura de la que ya era víctima y la de las puñaladas. Se limitaba a gritar y hacer movimientos espasmódicos. El cuchillo le abrió la carne en docenas de lugares distintos hasta que acabó enterrándose dentro de la boca con tanta fuerza que le atravesó la nuca. En el momento que el anciano dejó de agonizar y sus extremidades se distendieron como criaturas muertas, del laxo pene le brotó un purulento semen que le mojó el muslo, exhaló un jadeo, regurgitando sangre por la boca de donde sobresalía el mango del cuchillo, y perdió la vida.

Nicole arrancó el cuchillo del inerte cadáver y, presa de una cólera ciega, empezó a atacar uno a uno los monjes que se retorcían en el suelo ya moribundos. No se dio cuenta cuando, ya cubierta de la sangre de varias personas y enajenada en el irrefrenable deseo de eliminar la amenaza, le clavó el arma a Christian en el pecho. La puñalada había sido con tanta fuerza que le atravesó el esternón y le ensartó el corazón, matándolo en el acto. Sin embargo, en el último segundo, cuando se dio cuenta que iba a morir, ambos se miraron a los ojos, reconociéndose. Nicole retiró el cuchillo y retrocedió entre temblores sin dejar de mirar a su última víctima, al joven que una

hora antes la había besado a la sombra de una calle desierta. —Hey —la voz la sobresaltó. Se dio la vuelta con la hoja por delante y le dio en la cara al desconocido. Resultó ser el hombre rubio que había visto entre los rehenes, un tipo alto de ojos azules— ¡Espera! Tranquila, quiero ayudarte —se cubrió con la mano la raja que le había dejado en la mejilla derecha—. Soy policía. Dame eso—. Estiró la mano para intentar alcanzar el cuchillo que sostenía Nicole entre ellos, pero ella fue más rápida, segura de lo que tenía que hacer— ¡Nooo! El beso del acero le recorrió la garganta una primera, segunda, tercera, cuarta vez... Ella no dejó de pasarse el filo hasta que sintió los borbotones de sangre cayendo sobre su pecho hasta el suelo. El hombre le trató de quitar el cuchillo, pero ya era tarde. Nicole se esfumó entre los mareos de la pérdida de sangre, se sintió desvanecer en el aire como si ella misma hubiese ebullicido en un vapor de éter. Su último pensamiento fue para sus padres, imaginándoselos durmiendo a gusto en ese momento. Ella también iría a dormir.

4

Erick no pudo hacer más que ver cómo la vida se le escurría del cuerpo a la niña que tenía entre brazos. No tendría más de quince años y aunque murió con la máscara de la locura puesta sobre la cara llena de sangre, dilucidaba lo hermosa que era. La depositó en el suelo antes de mirar en derredor y darse cuenta que era la única persona en pie. Se tocó la cara mutilada, palpándose la mejilla abierta, un corte que le partió el labio inferior en dos y se extendió casi hasta la oreja que le habían arrancado. Se imaginó que se vería como el Guasón en esos momentos. Sentía el ardor en la piel lacerada, sumándole también los cortes del pecho, pero en su mente algo más le producía dolor y opacaba el de las heridas físicas.

En una esquina encontró parte de su ropa tirada en el suelo. Se vistió a toda prisa y salió de la habitación caminando entre los cadáveres y encapuchados agonizantes. Se dio cuenta que estaba en un sótano. Subió las escaleras y llegó a la sala de la casa donde agradeció respirar el aire fresco de la noche. No

tardó en encontrar las llaves de su auto, que estaban sobre la mesa del comedor. Terriblemente remendado, como un muñeco de trapo sucio, Erick se subió en su sedán tan solo con su camiseta y su pantalón puestos, el pecho aún empapado de rojo, el cabello en un revoltijo desaliñado y el costado derecho de la cara en carne viva, babeando sangre por la herida abierta. En su interior, muy al fondo, casi en una vaga sensación, sintió parte de la desesperación de Héctor en ese momento.

Capítulo 17: En el corazón de diablo

Los recuerdos le iban llegando como un torrente de agua: fluidos y constantes. Se preguntó si estaría muerto o dormido. Sabía que nada de lo que pasaba ante sus ojos era real, solo eran imágenes sacadas de su propia mente, de su propio pasado que por algún motivo se repetían como una película. Si esa era la muerte, revivir lo sucedido una y otra vez, no se pudo imaginar un infierno peor.

Héctor vio de nuevo cómo su antigua cuidadora lo rechazaba y le demostraba cada vez más y más miedo. Se vio golpeando y mordiendo a otros niños, siendo castigado y siendo golpeado luego por estos en venganza. Vio y vio cosas, y aunque sabía todo lo que estaba por pasar, no quería ver más.

De la nada, algo lo sacó de sus recuerdos y lo llevó a un sitio más oscuro y frío. Palpó a su alrededor, utilizando todos sus sentidos, pero no encontró nada reconocible. Estaba en un lugar imposible y extraño, pero que al mismo tiempo le daba una sensación de familiaridad, como si hubiese estado allí antes en algún momento de su vida. Sus manos se hundieron en una multitud de objetos casi ingrátidos que le rozaban los brazos. Tuvo la impresión de que estaba a gatas sobre un montículo de hojas secas, pero aún no podía ver nada y sus últimos recuerdos eran muy difusos, como cubiertos por una niebla.

Estaba en su casa, en Sántrico, enfrentándose al monstruo que tanto le había amargado la vida. Un ser oscuro y gigante, como un minotauro demoníaco. Recordaba el pelaje negro, la cara roja y los ojos amarillos. Lo musculoso e imponente que era. Le había lanzado la botella y la cosa se estaba quemando, luego él se arrojó por la ventana hacia el colchón que había preparado antes para ese momento... sin embargo, cayó justo al borde y la colcha solo sirvió para amortiguar la caída contra el suelo. Sintió el crujir de sus rodillas al partirse y, como aterrizó sobre el brazo derecho, el hueso cúbito se que-

bró y asomó su punta por la piel abierta de la muñeca. Luego recordó arrastrarse por el pasto, procurando llegar hasta el carro. Escuchó un fuerte estruendo cuando la criatura atravesó la pared de la casa y cayó detrás de él. Se arrastró con rapidez hacia su Impala, desesperado, pero el monstruo lo alcanzó antes.

Y ahora ¿dónde estaba?

Cuando por fin pudo abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba colgando de cabeza. Veía los árboles invertidos pasar junto a él. Intentó aferrarse a uno pero lo que lo estaba cargando tenía tanta fuerza que no pudo sostenerse ni por un momento, rompiéndose las uñas contra la madera. No podía moverse más, todo el cuerpo lo sentía inútil, como carne sin vida. De vez en cuando le llegaban punzadas de los lugares donde se había lesionado, pero ya Héctor estaba en sus últimas. Aunque no podía verse su propio rostro, sabía que el mordisco le había arrancado media cara, sabía que sus piernas estaban rotas al igual que su brazo, que seguramente la espalda se le había terminado de quebrar. Todo su cuerpo ya se había rendido, sólo podía mover débilmente el brazo que le quedaba y los ojos en un último vestigio de voluntad. La bestia se movía con presteza entre los árboles, se adentraba entre la maleza y el monte con una facilidad desconcertante. A pesar de su descomunal tamaño, apenas hacía ruido, tan solo unos susurros no muy distintos a los del viento en las hojas. Héctor no podía mover la cabeza para verlo, pero asumió que estaría colgando de su lomo, o del hombro.

En el momento en que cruzaron el cerro y la selva, llegaron a un bosque de pinos al que Héctor nunca había entrado hasta ahora. Los árboles delgados y matas sueltas pasaron a ser gruesos troncos oscuros y ramas de hojas casi negras. Las tonalidades del bioma hacían parecer que en vez de un bosque se estaban adentrando en un túnel inhóspito y profundo. Los cadáveres no tardaron en aparecer, Héctor los vio empalados en los troncos, cuerpos en todas las fases de descomposición, esqueletos con carne aún adherida a sus restos y huesos y calaveras de aspecto tan antiguo que estaban ennegrecidos. Por donde iban, no había ya ningún pino

sin al menos media docena de cadáveres colgando de sus ramas o clavados en la madera como la mujer que dejaron crucificada en la puerta de su casa. Vio un viejo sauce donde había una infinidad de cabezas que guindaban como si fueran sus frutos. La peste se hizo insufrible, tan penetrante que le costaba contener las arcadas. Entre las raíces vio cabezas de bebés y de ancianos, de monos y búhos, leopardos y osos... Incluso vio la calavera de lo que alguna vez tuvo que haber sido un cocodrilo gigante.

El monstruo mataba todo lo que encontraba y parecía disfrutar coleccionando los restos. Era un agente de la aniquilación total, una encarnación de la muerte en el mundo.

La naturaleza a su alrededor se precipitó en una oscuridad cavernosa. El eco y el chapoteo de los pasos en el agua le hizo darse cuenta que habían ingresado en una gruta. Héctor volvió a quedar a ciegas con tan solo el constante chapoteo resonando entre las rocas como único indicio de que todavía no estaba muerto. La temperatura aumentó sobremanera y por un instante se le ocurrió la demencial idea de que el demonio lo estaba llevando personalmente al infierno, tal y como había prometido. Estuvo lo que le pareció una eternidad allí colgando mientras se adentraban más y más en la caverna, como si no fuese a terminar nunca. Percibía que el espacio era tan reducido que, aunque no sufría de claustrofobia, empezó a transpirar e hiperventilar. La peste que casi le había hecho vomitar en el bosque volvió, pero esta vez daba la impresión que de allí provenía, que había entrado por fin a la guarida del ser donde reinaba la muerte y la podredumbre.

Finalmente fue depositado sobre un lecho blando y pegajoso. Se preguntó si no sería un amasijo de cuerpos. Se le salió un quejido jadeante cuando intentó moverse y los huesos rotos protestaron dentro de su carne. El gruñido que escuchó en ese momento provenía de unas fauces justo delante de su cara. En la total oscuridad, Héctor vio los brillantes ojos amarillos y gritó con lo último que le quedaba de fuerza.

Capítulo 18: Henry Camacaro

Henry Camacaro nació el 5 de abril de 1981.

Su madre, Catrina Ovalles, le dio a luz esa tempestuosa noche en el hospital Vargas. Al principio, había aceptado su nueva responsabilidad pese a la precaria situación de su día a día. Con treinta y tres años, soltera, desempleada y con sus únicos dos hijos muertos, lo menos que necesitaba Catrina era otro niño, pero cuando Iván Camacaro, jefe de la policía nacional, la forzó a tener sexo con él a cambio de recuperar su libertad y la había preñado. Cuando lo supo, se resignó a encargarse del bebé.

Pero esa noche, cuando Catrina tuvo a su tercer y último niño en brazos por primera vez y vio su rechoncho rostro entre las mantas, no sintió nada. Ni amor, ni repulsión, ni odio, nada. Para Catrina era como tener un saco de tierra en los brazos, le era completamente indiferente lo que pasara con él.

Sabiendo entonces que no amaría al niño, lo dejó en un basurero en Altamira, cerca de la montaña.

De alguna manera Henry sobrevivió esa noche a la intemperie, bajo la lluvia y a una temperatura de 20 grados centígrados. Por la mañana, una joven que trotaba con su perro encuentra al bebé entre la basura. Llama a la policía y Henry es entregado a un orfanato.

Los primeros años de Henry fueron un constante martirio para los cuidadores. Era de esos bebés que siempre lloraban, siempre gritaban y nada podía calmarlos. A veces ni el biberón funcionaba. Cada vez que un adoptante visitaba el orfanato, Henry estaba haciendo un escándalo con la carita roja y húmeda, de modo que pasaron de él hasta que ya era un niño. Jessica, una de las cuidadoras, era a quien más le tenía apego. Por lo general no se llevaba con los otros niños. Jugar y participar en actividades grupales lo espantaba y se quedaba viendo aferrado tras la pierna de Jessica, y si alguien intentaba acercársele inmediatamente chillaba y gimoteaba.

Jessica siempre fue comprensiva con Henry, intentado integrarlo poco a poco y logrando que se relacionase con los

demás, pero Henry nunca superó su dependencia de ella. Cuando lo adoptaron a los siete años, fue una verdadera lucha lograr llevarse al niño. Por más que Jessica le prometió que lo visitaría, Henry no paraba de debatirse y de llorar. Sus nuevos padres, una pareja casada de clase alta, tenían a otros tres niños adoptados. Eran personas sumamente alegres, filántropas, de sonrisa cálida y un claro conocimiento sobre psicología infantil.

Cuando regresaron a Henry al orfanato, esta pareja, que siempre llegaba a sus puertas con una sonrisa deslumbrante que llenaba de energía el recinto, estaba completamente irreconocible. Entre lágrimas, explicaron que sencillamente Henry necesitaba un tipo de cuidado especial (más tarde, cuando Jessica habló personalmente con ellos, revelaron que Henry mostraba un comportamiento demasiado violento, obsesivo y errático), se disculparon profundamente y se marcharon para no volver más nunca.

Henry se había ido del orfanato siendo un niño llorón, tímido y asustadizo para posteriormente convertirse en un pequeño monstruo; odioso, impulsivo, caprichoso y manipulador. Tenía más fuerza que la mayoría de los niños de su edad y apenas algo le molestaba respondía a los golpes, los rasguños y los mordiscos. Jessica lo recibió de brazos abiertos y miró en él una cara que jamás olvidaría: vio auténtica maldad.

Fue entonces cuando se volvió incluso más posesivo con ella, más agresivo e intransigente. Jessica, sabiendo que necesitaba un trato especial, decidió llevarlo a su casa temporalmente. Al principio todo transcurrió con normalidad, pero, eventualmente, Henry desarrolló una competitiva adversidad contra la anciana madre de la psicóloga. La mujer sufría de osteoporosis y comenzaba a mostrar los primeros indicios de demencia senil. Henry, celoso de que Jessica le dedicara tantos cuidados en vez de pasar el tiempo con él, intentó matarla alterando sus medicamentos, pero al darse cuenta que no funcionó, trató de ahogarla con una almohada.

Poco después, su madre se encontraba en coma y Henry recluido en un reformatorio con diez años de edad.

Lejos de reformarse, cosechó por años un odio aciago al

mundo. Delitos como hurtos, posesión de drogas, maltrato y desobediencia a la ley marcaron su pre adolescencia. Tiempo después de que sale en libertad, se queda viviendo en la portería de un colegio a cambio de limpiar el patio. Comete su primer delito grave al participar en una violación en grupo con los delincuentes que conoció en el reformatorio. La víctima fue una joven de catorce años a la cual quemaron viva en un monte una vez terminaron con ella.

Es en este mismo grupo donde Henry es objeto de burla y maltrato, siendo él el menor con quince años. Un día, mientras estaba a solas con uno de ellos, el que más solía meterse con él, lo empujó por un barranco. El chico no muere en el acto, pero se rompe las piernas, lo que le da tiempo a Henry de bajar el despeñadero, mientras el muchacho pedía ayuda a gritos, y aplastarle el cráneo con una roca. Luego se hace algunas heridas para posteriormente testificar ante la policía que actuó en defensa propia. Las averiguaciones de la vida de la víctima y su relación con Henry y los demás chicos lo conectaron con el crimen de la violación y asesinato de la menor de edad, de modo que Henry estuvo años encerrado y presentándose ante un tribunal hasta que finalmente, cuando cumple los dieciocho, es condenado a diez años de cárcel por cómplice de abducción, violación y asesinato, y gracias a las declaraciones de este, presentándose siempre como la víctima. La revelación de evidencias y el cuerpo de la niña, sumado a su buen comportamiento en la cárcel, le redujeron la condena a cuatro años. Sin embargo, en la cárcel también habían encerrado a uno de los cómplices y este esparció los rumores de que Henry era una rata, provocando que Henry fuera víctima del ataque de los reos, golpeado de gravedad y sodomizado con un tubo, además de haber perdido varios dientes. Al salir de prisión, a los veintidós años, Henry había invertido su tiempo en prepararse para presentar una prueba que le daría una beca en derecho en una universidad. Logró aprobar y comenzó a trabajar y estudiar. Por esa época, Henry desapareció a seis chicas, de las cuales tres se encontró el cadáver; uno en una costa (sólo la cabeza), otro en un basu-

rero y el otro en las alcantarillas. Además había testigos que coincidían en haber visto a un hombre con las características de Henry rondando sospechosamente por los vecindarios. Consiguió trasladarse al sur de Caracas, donde estuvo casi dos años y mató a ocho personas más (incluyendo hombres, ancianos y niños). De igual manera, solo algunos fueron encontrados. Finalmente la policía lo encuadra como uno de los sospechosos principales, a lo que Henry toma medidas drásticas: una vez disipadas en parte las sospechas, se va del estado e incluso se cambia el nombre. Hizo una investigación previa a todo esto para poder continuar con sus delitos y da con la pequeña ciudad de Sáncrito, donde el bosque circundante era una de las áreas con más desapariciones del país. Las leyendas locales del bosque y la incompetencia de las autoridades le terminan convenciendo de mudarse. Abandona la carrera, vende su piso y la mayoría de sus cosas para comprar la casa cerca de la infame avenida 17; adaptó la casa para convertirla en un sitio de tortura, se compró un rifle Winchester y una Colt de calibre 45, compró a sus perros y comenzó su nueva racha de asesinatos empezando por tres víctimas el mismo año, siendo Marco la tercera.

Henry pensaba en su vida, era lo único en lo que podía pensar, mientras los fantasmas del pasado le devoraban la carne una y otra vez en aquella pesadilla sin fin de la que no podía despertar.

Capítulo 19: Lo inefable

Mientras Erick luchaba por mantener el control del carro, asediado por una oleada de pensamientos que no eran suyos y que entraban en su mente como choques eléctricos, Héctor dormía en un sitio y corría en otro. Su carne, el Héctor que quedó inutilizado y vencido, se encontraba en la gruta, en el mismísimo corazón del mal, aletargado en una pesadilla sin fin. Pero el Héctor consciente huía y gritaba, lloraba y se arrastraba. Todo cuanto lo rodeaba parecía real, todo dolía, todo lo percibía como si fuese el mundo que siempre conoció, pero él sabía que no lo era, que estaba en una especie de trance inducido por el caldo salival de aquel maldito animal. Antes de despertar en aquella pesadilla de cielo negro y luna roja, el *Mungu* lo había arrastrado hasta esa pestilente cueva, donde habrían muerto por lo menos doscientas personas. Lo postró sobre piedra babosa, le abrió la boca con las garras hasta cortarle las comisuras de los labios y le regurgitar una mezcla de sangre y saliva que aún no se explica cómo no lo vomitó al instante.

El *Mungu* ¿Dónde había oído eso? *Mungu wa damu* lo llamaban algunos sectarios. Intentaba dilucidar su significado pero en su mente solo aparecía sangre y poder, sangre y vida, sangre y muerte.

Escuchó algo a sus espaldas. No otra vez...

La niña se asomó entre los árboles. La piel blanquecina de la muerte, los ojos brillantes de los lobos, el cabello rubio apelmazado y quebradizo, la cara cadavérica. Pese a estar tan cambiada, una versión oscura de lo que había sido, desde la primera vez que la vio supo que era la niña mimada de Caracas, la que secuestró y asfixió. Todavía tenía los hematomas amoratándole el cuello. Y en la boca todavía tenía la sangre de la última vez que le había arrancado la garganta a Héctor. Él corrió lo más rápido que pudo, sorteando árboles y espinos, cortándose con las ramas de los árboles y las zarzas. Corrió y corrió por tanto tiempo que las piernas le dejaron de responder. Se recostó tras un tronco. Frente a él, recortado

contra un cielo completamente negro, sin nubes ni estrellas, una luna llena y enorme resplandecía en rojo carmesí como la sangre arterial. No escuchó a la niña viniendo tras él, pero retomó la huida apenas recuperó el aliento. No dio ni dos pasos cuando un pie siguió de largo y cayó en un vacío. Pudo agarrarse a tiempo al borde, entre la tierra y hojas caídas, pero ya no tenía la energía como para terminar de subirse. Bajó la mirada, sabiendo quién lo esperaba allá en el fondo. En la infinita oscuridad del pozo, poco a poco fue asomando el rostro alargado, blanco y sin cejas de la mujer de Miranda, la que ahora se había convertido en una especie de araña, con las ocho extremidades inhumanamente largas y flacas, los ojos completamente negros de los insectos y la mandíbula que se le abría como los quelíceros arácnidos. Aunque era muy flaca, las extremidades eran tan largas que le costaba moverse en un espacio tan reducido. Subía lenta y trabajosamente hacia Héctor moviendo los colmillos supurantes de baba.

No puedo más, haz que pare. La araña le mordía las piernas, un dolor punzante y muy intenso, seguramente cargado de veneno. Con las extremidades delanteras le atenazó los tobillos y ayudándose con los colmillos le cercenó una rodilla y luego la otra. Luego le destazajó el muslo, raspando la carne con una lentitud agónica.

—Haré lo que sea. Haz que pare.

—Déjame entrar —escuchó la voz en su mente, la misma que salió del animal que lo había secuestrado.

—Lo que sea —gritó cuando la araña le masticó los tendones— ¡Lo que sea!

—Mírame.

Héctor luchó por mirar en la oscuridad.

—No puedo ¿Dónde estás?

—No. Mírame.

Fue entonces cuando Héctor abrió verdaderamente los ojos. No eran sus ojos reales, era como si dentro de su mente algo se descubriera. Y logró verlo.

—Sí. Te veo —Ya no estaba colgando de un paso, no estaba siendo devorado por la mujer araña. Sólo estaban él y el *Mungu*.

—¿Ves a Erick?

—Sí.

—Él me ha visto. Sólo él vivió para contarlo. No puede salir de Sántrico. ¿Ves esa línea?

—Sí.

—Toda la oscuridad detrás de ella es mía, pero más allá no puedo pisar. En cambio tú sí.

—¿Por qué?

—Los rezos. Me prohibieron entrar a la ciudad. Sólo puedo residir en el bosque. Busca a Erick y encuéntralo antes de que salga. Haz lo que mejor sabes hacer.

—Lo haré.

Héctor salió de la cueva con un andar pesado y torpe. Sus piernas rotas ya no le causaban dolor, sus heridas en el rostro, el brazo y el tobillo apenas le producían un cosquilleo. Caminó por el bosque alejándose de la guarida de la criatura, caminó y caminó por lomas, terraplenes, hondonadas y senderos hasta que encontró el camino a casa. La luna resplandecía en lo alto cuando Héctor logró llegar a su querido Impala. Se subió y encendió el motor con las llaves que aún tenía en el bolsillo. Sabía que Erick era su objetivo principal, y sabía que ahora mismo se encontraba manejando en dirección a su domicilio en Las Calles, pero Héctor tendría que pasar por otro sitio antes. Se alejó por la avenida 17 y se dirigió a la montaña, a la casa donde ocurrió el ritual.

Como llevado por un guía invisible, Héctor sabía dónde estaba lo que necesitaba, dónde estaría la casa y dónde estarían las armas. Aquella secta contaba con miembros bastante importantes, entre ellos algunos policías y militares. La casa era un sitio común entre ellos, de modo que se confiaban todo tipo de cosas para dejarlas allí. Una de ellas era el arsenal bastante surtido de armas de fuego y municiones. Héctor entró en la casa, pasó de la sala y caminó por un pasillo hasta un cuarto que quedaba al final. Lo abrió y allí, sobre una enorme estantería, estaba el santo grial de toda persona que deseara matar a alguien. Entre las pistolas, escopetas y rifles escogió un fusil Taurus T4. Lo apreció a la luz del bombillo que guindaba del techo, una auténtica belleza bélica. Héctor también se guar-

dó un cuchillo de caza y varios cartuchos. Salió de la casa con ese andar irregular y dificultoso, con el rifle colgando del hombro. Se metió de nuevo en el auto y puso marcha hacia el apartamento de Erick.

Héctor nunca había disfrutado mucho de la música, pero en el trayecto encendió la radio y comenzó a tararear a todo pulmón una canción de Black Sabbath. Ni siquiera supo cuál era, ni de qué trataba, sólo sintió el irrefrenable impulso de cantar algo que le alegrara la noche más de lo que estaba a punto de pasar.

Capítulo 20: Fuego Negro

Los sectarios habían dejado poca cosa intacta en su cuarto. Erick había traído poca ropa, pero había sido destrozada a excepción de una camisa blanca, unos jeans claros y unos zapatos deportivos. Se maldijo cien veces por no haber buscado su arma en el recinto donde ocurrió el ritual. También había dejado su teléfono, ahora todo lo que le quedaba era una muda de ropa y la cartera con sus documentos. Tenía que irse esa misma noche de Sántrico, ponerse en contacto con la policía nacional y conseguir que enviaran un operativo a casa de Héctor. Tenía la carta donde confirmaba los asesinatos en el bolsillo del pantalón, el testimonio de Sasha que decía haber visto el auto de Héctor en el lugar de los hechos esa misma semana, y aunque le resultaba imposible de explicar, sabía detalles de su vida que fácilmente lo relacionarían con los asesinatos de Caracas. El mal nacido estaba hundido, lo único que debía hacer ahora era salir vivo de Sántrico.

—No saldrás vivo, Erick —le había dicho su tía Lurdes—. Si continúas, no saldrás vivo de aquí.

—Claro que saldré vivo, puta —recogió las fotos y documentos y los metió en una carpeta manila— Saldré vivo, me iré a Estados Unidos y no volveré a pisar esta pocilga más nunca. No volveré a ver tu horripilante cara en mi vida.

De pronto, un espasmo le recorrió la espalda, seguido de un escalofrío en la cabeza. Una palabra había aparecido en su mente: *Mungu*.

¿Qué se supone que significaba eso?

Bajó por las escaleras con la carpeta bajo el brazo, maldiciendo a su tía, a Héctor y a los sectarios asesinos. Llegó a planta y fue a recepción. La policía ya había llegado, tres uniformados más jóvenes que él. Uno de ellos, una mujer baja de cara redonda se le acercó cuando la señora Úrsula le indicó con el dedo que ahí venía el denunciante. “Martínez” decía la chapa de la mujer.

—Su nombre y apellido.

—Erick Müller. Tienen que escoltarme hasta la comisaria de

inmediato. Tengo información muy valiosa para el inspector Salazar.

—¿Información de qué? —intervino otro, acercándose con las manos en la cintura, un moreno espigado de ojos caídos. Su chapa decía “Lopez”.

—No hay tiempo. Me quieren matar ¿Por qué creen que los llamé? —Erick respiró hondo para no alterarse. Sabía que si gritaba o se ponía obtuso, los oficiales tardarían más en hacerle caso—. Por favor, soy ex policía. Me pidieron investigar algo y poseo información de urgencia. Les suplico que...

Ya llegué, Erick.

Sus latidos se hicieron tan fuertes que casi podía oírlos. Héctor ya estaba en el edificio. Actuó con toda la naturalidad que pudo, pero las manos comenzaron a temblarle. Ya está aquí, ya está aquí.

—¿Señor? —el tercer policía se le acercó más que el resto. Su chapa decía Piñango— ¿Se encuentra bien?

—Sí. Lléneme a la comisaría cuanto antes, por favor.

Piñango, un joven calvo y fornido, abrió la boca para decir algo más pero se fue la luz en ese momento. Úrsula pegó un gritito. Los oficiales encendieron sus linternas de bolsillo y apuntaron a la pálida y sudorosa cara de Erick.

—Erick ¿no? —Piñango asintió con la cabeza—. Creo haberle visto estos días hablando con Salazar. Es tarde pero debería de estar todavía en el despacho. Vámonos entonces.

—Gracias.

La marcha hacia la salida iba encabezada por Piñango y López, entre ellos iba Erick, seguido de Martínez y Úrsula, quien iba tan pegada a ella como le era posible.

—Señora, no hace falta que nos acompañe —le espetó Martínez.

—Yo voy con ustedes hasta la puerta. No me simpatiza mucho la oscuridad.

Pero cuando llegaron al portón, una reja de metal derruida y combada, se dieron cuenta de que la habían cerrado por fuera. Piñango y López empujaron con todas sus fuerzas pero no cedió.

—Qué raro —acotó Úrsula—, yo no cerré la puerta y la otra llave la tiene el vigilante, que no ha salido del estacionamiento en toda la tarde.

—Pero si acabamos de pasar por aquí —rezongó Martínez iluminándole el rostro a Úrsula con la linterna—. La patrulla la tenemos estacionada aquí mismo.

—¿Qué quieres que te diga? Yo no fui —se excusó la temblorosa recepcionista.

—¿Podemos salir por el estacionamiento entonces? —intervino Piñango.

—Claro. El señor Guillermo es quien abre el portón del estacionamiento cuando se va la luz. Yo los acompaño.

Si Erick creía que el estacionamiento era oscuro el primer día que llegó, ahora sin luz en el edificio era como atravesar una cueva llena de autos.

El vehículo que iba entrando comenzó a tocar corneta. El cadáver del tal Guillermo, el guardia, se encontraba tendido sobre un charco de sangre en mitad del estacionamiento. La señora Úrsula lanzó un alarido de pánico tan estridente que Martínez le gritó algo, pero en ese momento Erick vio en su mente la Taurus, vio a Héctor apuntándoles. Todos escucharon el pestillo del fusil.

—¡Cuidado! —Erick apenas tuvo tiempo gritar. Agarró a la policía de la muñeca para ponerla a cubierto pero las detonaciones sonaron tan contundentes que el instinto le obligó tirarse al suelo. La carpeta de Erick cayó sobre un charco de agua.

La señora Úrsula, que todavía continuaba gritando, dio una sacudida cuando las balas le despedazaron la boca. El cuerpo de la señora cayó pesadamente sobre el pavimento. Martínez hizo amago de desenfundar, pero el jalón de Erick le entorpeció los movimientos y la andanada de disparos la alcanzó primero. Le echó el brazo izquierdo violentamente hacia atrás cuando los proyectiles le abrieron la carne de la muñeca, el antebrazo y el bíceps, atravesando y rompiendo huesos a su paso. La policía cayó acompañada de su propio alarido. Erick se arrastró hacia el carro que tenía a la derecha, dándose cuenta que López ya se había puesto a cubierto en ese mismo sitio y Piñango se había

corrido hacia el auto de la izquierda. Atrás escuchó cómo el carro que había intentado cruzar el portón semiabierto ahora retrocedía sin éxito y chocaba con el enrejado y la pared. Martínez terminó desenfundando con la diestra y lanzó unos tiros al aire a la desesperada. La sombra que era Héctor se acercó parsimoniosamente con el fusil en alto, los faros del auto haciendo relucir el cromado de la Taurus. La boca del arma escupió un fuego amarillento cuando Héctor apretó el gatillo y las detonaciones volvieron a inundar el recinto. Martínez se revolvió en el suelo bajo la inclemente ráfaga, los casquillos eyectados volaban por los aires y repiqueteaban contra el suelo. Erick fue testigo de cómo el poderoso calibre de la Taurus le desfiguraba el rostro a la mujer hasta volverlo carne molida, de cómo la sangre rociaba todo el entorno al son de los impactos. El brazo izquierdo extendido y completamente abierto enseñando los tendones y huesos. El rocío sangriento se perdió en el aire junto con el humo, Erick los podía apreciar con las luces del auto que ya había dejado de intentar retroceder.

López se echó para atrás hasta el otro carro mientras pedía refuerzos por radio. También le pareció escuchar a Piñango haciendo lo mismo desde su posición. Erick trató de agarrar la Glock de López pero él lo detuvo.

—¡Dámela! —le espetó Erick— ¡Nos van a matar!

—¡Suelta! —forcejearon por el arma hasta que los disparos del fusil volvieron a hendir el silencio. Eran tan sonoros que daba la sensación que desgarraban el aire.

—Sal de ahí, Erick —gritó Héctor— Mataré a todos en el edificio si hace falta.

Las balas destrozaron los faros del auto chocado, se clavaron en la carrocería haciendo saltar la pintura y convirtieron el vidrio en una telaraña. La puerta del conductor se abrió, pero Héctor también la acribilló a tiros. De ella emergió una mujer joven que se desplomó con el pecho ensangrentado.

—¡Mamá! —lloró un niño desde el asiento del conductor.

Héctor saltó sobre el capó y apuntó hacia él— ¡Mami!

—Aquí está tu mami —se mofó Héctor mientras sacaba el cartucho, recargaba y disparaba de nuevo.

La telaraña que había quedado de vidrio terminó por caer. En el

asiento del conductor dejó de haber un niño, lo que Erick alcanzó a ver era un despojo sin vida.

La rabia que sintió Erick en ese momento lo cegó de tal manera que evadió las órdenes de su instinto. Se volvió hacia el policía, le dio un cabezazo en la nariz tan fuerte que sintió el crujido del tabique en su frente. Aprovechó el aturdimiento para quitarle el arma, quitó el seguro y avanzó hacia Héctor disparando una y otra vez. Héctor saltó del capo y se perdió en las sombras. Los disparos de la glock resonaron con un eco estrepitoso y llenaron de agujeros las paredes de la fachada, el parachoques del auto y los neumáticos de una Merú. Cuando le tocó recargar, Héctor volvió a emerger hacia la luz soltando una nueva ráfaga. Erick se lanzó detrás de una Toyota y las balas impactaron en un Corolla plateado.

Estuvieron así por unos momentos. Héctor arremetiendo contra los autos y Erick agazapado entre ellos, intentando encogerse todo lo que su cuerpo le permitía. Cuando a Héctor le tocó recargar, Erick se percató de un sonido que no le gustó nada. En el momento en que se reanudaron los disparos, confirmó muy tarde sus sospechas. El ruido era de un líquido chorreando, la gasolina de alguno de los autos que manaba de la perforación dejada por una bala. Con la nueva ráfaga, otra bala picó contra el pavimento haciendo saltar una chispa. El resto ocurrió solo. Una pequeña fogata que no tardó en convertirse en una flagrante hoguera. El fuego chisporroteó hacia los demás autos y comenzó a consumir los vehículos a su alrededor. Pero ni aun así, los disparos se detuvieron. Erick hubiese dado una mano entera por un cartucho extra en ese momento. Arrojó la pistola, frustrado y asustado, temblando e hiperventilando bajo una capa de sudor. A pesar del fuego cada vez más voraz, sentía frío. El frío de la muerte ya cercana.

Los disparos cesaron. Por un instante el fuego también pareció contenerse. Ya abarcaba el espacio del al menos cuatro autos, era cuestión de tiempo, de muy poco tiempo, para que se extendiera hacia el resto y posiblemente a todo el edificio. Pero en ese momento parecía contenido, casi respetando el repentino silencio. Vio a López agachado gritando el nombre de su compañero Piñango. Y así como no pudo salvar al niño y a su

madre a tiempo, Erick no pudo hacer nada, tan solo gritar para advertirle cuando Héctor reptó a sus espaldas hasta alcanzarlo y rebanarle la garganta con una hoja que destelló con el brillo del fuego. López se arrodilló agarrándose el cuello, pero la herida había sido demasiado profunda, cercenando la yugular y la carótida de tal manera que la hemorragia fue instantánea, al igual que su muerte. López emitió un débil gorgoteo, ahogado en sangre, y se desplomó en un charco rojo.

En ese momento, la escena le pareció un cuadro. Un cuadro de esos temibles, de tinte apocalíptico, como los de Goya. Contempló la escena que pareció congelarse en ese momento: Los cadáveres en el suelo, en medio de un creciente lago de sangre, uno degollado y con la mirada en blanco, el otro con el pecho abierto a cuchillazos, las otras dos tan irreconocibles por las heridas de bala que parecían más bien víctimas de una explosión de granada, restos irreconocibles. Héctor de pie ahí con el cuchillo en mano, bañado en la sangre de sus víctimas, torcido como una especie de marioneta chueca, un espantapájaros, con los huesos sobresaliendo de sus rodillas, el rostro transformado en una mueca demoníaca, un esbozo de malignidad en estado puro, y todo, los cadáveres, la sangre y el asesino, iluminados por el anaranjado resplandor del fuego que le confería un aire infernal a toda la escena. Un pequeño pedazo del infierno en la tierra.

Pese al miedo, Erick se levantó y corrió hacia Héctor con un grito. Se abalanzó sobre el malogrado hombre y ambos cayeron en el charco de sangre del policía. Erick detuvo con la mano la hoja del cuchillo cuando esta salió disparada hacia su cuello. El filo le rajó la piel de los dedos y en unos segundos de forcejeo ya tenía la mano cubierta de sangre. Con la otra intentaba estrangular a Héctor, le clavaba las uñas en el cuello con saña, toda la ira acumulada por años restallaba en su sistema, la sentía manar de su cuerpo y le daba la fuerza para someter al monstruo vestido de humano.

De humano ya no tiene nada. Los ojos le brillan de amarillo como a los sectarios en trance durante la danza sangrienta. La persona que tengo debajo de mí ya no es Héctor, es la peste de Sáncrito reencarnada en él.

Si Héctor ya era un asesino perverso y trastornado, la presencia que le daba fuerzas ahora para mantenerse en pie aún con tantas heridas y con los huesos de las piernas rotos, era como verter un balde de aceite a algo que se quema. Potenciaba esa vena asesina al máximo. Ya a Héctor no le importaba ser descubierto, no le importaba quiénes eran sus víctimas, se encontraba completamente desinhibido.

Bajo el peso y la fuerza de Erick, el brazo de Héctor que sostenía el cuchillo crujió y terminó por romperse. El hueso salió de la piel por el antebrazo como una estaca. La impresión hizo menguar la fuerza de Erick, solo por un segundo, tiempo suficiente para que Héctor liberase la mano que tenía pisada, agarrase a Erick del cabello para atraerlo hacia sí y morderlo en la cara. Erick se echó violentamente hacia atrás, dejando el pedazo de mejilla en la boca de Héctor, y cayó de espaldas. El otro se tiró sobre él. Ya había cambiado el cuchillo de mano y le hundió la punta justo por encima del pene, retiró y volvió a apuñalar, esta vez en la zona oblicua, y luego en el abdomen. Erick le dio un golpe tan fuerte en los dientes que se los hundió y se fracturó la mano. Sin embargo, no lograba quitárselo de encima. Usó la mano buena, la que tenía la palma mutilada, para agarrar el hueso expuesto del brazo y retorcérselo, pero ya Héctor no sentía dolor alguno, era pura locura y frenesí, un *berserker* sediento de muerte que no pararía ni aunque tuviese mil heridas encima. Héctor retiró nuevamente la hoja y fue a clavársela en la frente, pero Erick se echó a un lado; cuando falló, perdió aguante y pudo quitárselo de encima. Cuando se logró parar, Héctor, desde el suelo, aprovechó para enterrarle la hoja en la pantorrilla. La puñalada le arrancó un grito a Erick, que de inmediato lo agarró tan fuerte por el cuello de la camisa que la tela emitió un sonido de desgarre, se impulsó y lo arrojó con todas sus fuerzas hacia el fuego.

Pero Héctor emergió de entre las llamas. Erick tuvo un segundo momento de enlentecimiento temporal. El ser que se erguía como un fénix maligno emanaba tanta oscuridad que las llamas parecían envueltas en un halo negro. Héctor volvía a ser una sombra, gracias a su nueva percepción, Erick lo veía como realmente era, un espectro tan negro de pies a cabeza

como el vacío nocturno. Lo único que lograba ver de él eran sus ojos, dos formas blancas sin pupilas ni iris, apenas distinguibles y ensombrecidas por las tinieblas del ser.

La visión duró sólo un segundo, de pronto todo ya era como tenía que ser. Héctor volvía a ser un mortal, lo veía envuelto en llamas que volvían a ser naranjas. De nuevo olvidó que ya el hombre no sentía nada, sólo la necesidad de matar. Salió del lago de fuego, arrastrando las piernas y tambaleándose, las llamas consumiendo la carne de sus hombros, sus brazos y su cabeza. Erick se fue a levantar pero el cuchillo en la pantorrilla se lo negó. Cayó sobre su pecho y empezó a arrastrarse, llegó hasta el auto que bloqueaba el portón, se metió por debajo y salió del estacionamiento. Trató de pararse otra vez, pero solo lograba ponerse sobre un pie, de modo que comenzó a cojear intentando no afincar demasiado la pierna herida. Miró hacia atrás y vio a Héctor saliendo de debajo del auto, ya no estaba prendido en llamas, pero tenía toda la parte superior del cuerpo horriblemente quemada; en lugar de cabello, ahora tenía una calva en carne viva, roja y chamuscada, negra en distintos lugares. De la cara emanaba humo y de la boca le salía el negro vapor de la inmolación, con la piel del rostro ampollada y cocida, con costras negras, sangre y grasa amarillenta recorriéndole todo lo que antes había sido piel.

Y cuando vio sus ojos, Erick supo que si le alcanzaba sería el fin. Eran completamente rojos, los vasos reventados por toda la esclerótica en torno a unas pupilas negras, de insondable maldad. Eran unos ojos que le decían a Erick que no importa cuánto corriera, él lo iba a alcanzar.

Capítulo 21: El Monstruo

Erick siguió cojeando lo más rápido que su cuerpo le permitía por el medio de la calle intentando no caerse, a sabiendas que tras él venía Héctor, un monstruo indestructible al que no le afligía ningún tipo de herida, ningún dolor; un monstruo que había liquidado frente a él a dos policías y tres civiles, uno de ellos un niño, casi un bebé.

—No corras, Erick —la consciencia con la voz de su tía Lurdes le habló en ese momento—. No te resistas a lo inevitable. Yo te lo advertí.

Pero siguió corriendo, dando brincos con la pierna buena, escuchando a sus espaldas los pasos arrastrados del monstruo cada vez más cerca. La calle estaba desierta, una amplia carretera iluminada por faroles altos a cada lado que proyectaban una luz amarillenta, casi sepia. Sentía una ira ajena en el pecho, un odio inconcebible que supo venía de Héctor, y era tan fuerte que le costaba distinguir entre eso y su miedo, ya le era imposible saber dónde terminaban las emociones de Héctor y dónde empezaban las suyas. Cuando llegó a una curva, vio que más allá de la calle había unos árboles. Se dio cuenta que ya no podía más, su cuerpo alcanzaba el límite y no tardaría en caer desplomado. Había perdido demasiada sangre por la herida del abdomen y la pierna, que fueron las más profundas. Faltaba poco para llegar a los árboles, tal vez si se escondía entre ellos... era la única salida antes de caer rendido.

2

El monstruo había llegado al límite del bosque. Se ocultaba entre la maleza y la oscuridad, que era como una extensión más de su cuerpo. Sabía que aún no podía dejarse ver, no podía llamar a su carne para estar presente de forma física, era tan grande que podrían verle fácilmente desde la calle. De modo que esperó. Sabía que Erick venía en esa dirección,

lo veía a través de los ojos de Héctor. Lo venía persiguiendo por la calle y ya no le quedaban fuerzas. Tan solo le quedaban dos opciones: seguir de largo por el bosque donde caería en sus garras, o quedarse en la calle hasta desfallecer y quedar a merced de Héctor. Al policía se le acababan las fuerzas y cualquier cosa que decidiera lo llevaría a su fin. Estaba acorralado. Lo vio entonces acercándose lenta pero insistentemente, cogiendo y dando brincos como un conejo herido. Estaba a punto de caerse, sudado y ensangrentado, ya al borde de su límite. Tras él venía Héctor, o lo que quedaba de Héctor, un apenas discernible ser humano que al igual que Erick se tambaleaba en medio de la calle, quemado hasta el punto de la desfiguración, echando sangre y humo a partes iguales. Los vio y sintió como su carne se hacía cada vez más palpable. Su pelaje apareció, brillante y espeso, junto con sus garras y sus dientes, sus ojos y sus músculos. La impaciencia casi le hizo salir a la luz de la calle, pero el límite estaba bien definido, estaba justo sobre la línea que separaba a la ciudad del bosque. Por más que lo quisiera, no podría ir más allá. Su dominio era la oscuridad y la naturaleza, lo salvaje y lo oculto, no lo civilizado y lo expuesto. Erick cayó hacia adelante, en la acera que colindaba con el bosque, con los árboles detrás de los que se escondía él. El hombre continuó arrastrándose, lentamente hacia el bosque, ignorante de lo que allí le esperaba, llenando el concreto del suelo de un rastro claro de sangre.

El monstruo gruñó de placer y sintió una erección al ansiar la carne de Erick, que ya estaba frente a él. Sólo faltaban unos cuantos centímetros, apenas una distancia de un metro, y sería suyo, tan solo...

3

Ya se había rendido. Las piernas cedieron por completo y cayó en el pavimento cual largo era. Miró los árboles a escasos metros de él y se arrastró, decidido a escapar de Héctor. Algo entre los árboles se movió, un susurro del viento tal vez, o algo más...

Ya no había tiempo de pensar, tampoco de temer. Tan solo

debía sobrevivir. No podía morir en Sáncrio ¡No podía! Clavó las uñas hasta rompérselas contra el concreto en su dificultoso avance. La tía Lurdes no tenía razón, estaba equivocada, siempre lo había estado. Él no perecería en esa maldita ciudad como toda su familia, como su padre, como sus primos, como Marco... No lo podía permitir.

—¡Quieto!

Se detuvo en seco y miró a un lado, hacia el origen de esa voz. Más allá de donde la calle se bifurcaba hacia la izquierda, habían llegado más policías. Una patrulla en auto y dos parejas de motorizados. De la patrulla había salido el hombre cuya voz se le había hecho familiar.

—¡Quieto te dije! —el inspector Salazar apuntaba con su arma reglamentaria hacia Héctor, que también se había detenido a pocos metros de Erick.

—¡Manos a la cabeza! —gritó otro, uno de los motorizados, levantando el arma al igual que los otros cinco policías.

Héctor gorjeó algo, una especie de eructo o croar. Había intentado responderles pero de sus achicharrados labios solo surgieron burbujas de sangre. Erick contempló nuevamente al hombre, era verdaderamente imposible que aún se mantuviese en pie, con la mayoría del cuerpo tan quemado que daba asco verlo, los huesos rotos sobresaliéndole de una rodilla y de un brazo, la camisa chamuscada y desgarrada que le descubría parte del pecho, también quemado y ensangrentado. Héctor miró de nuevo a Erick y continuó avanzando, como si le diese igual que hubiese seis policías armados apuntándole todos a él. Salazar le gritó algo más, pero Héctor no le prestó atención, y cuando ya casi estuvo sobre Erick (tan cerca que podía oler el nauseabundo olor de la carne quemada), en vez de gritos, los policías le atacaron con plomo. No distinguió cuántas detonaciones fueron, solo supo que muchas. Las seis pistolas descargaron sus cartuchos sobre Héctor, que por un momento dio la impresión de aguantar como lo había hecho el fuego, pero una de ellas le reventó el cráneo y al instante todo su cuerpo se derrumbó. Aún en el suelo, le siguieron disparando un rato más hasta que Salazar dio la orden de parar.

Erick se sentó para comprobar que estuviese muerto. Al verlo, uno podría jurar que Héctor había muerto hace tiempo ya, el cadáver era tan grotesco que tuvo que hacer un esfuerzo por no vomitar.

—¿Erick? —Salazar aún tenía el arma en alto y se acercaba muy lentamente hacia él— ¿Estás bien?

Y Erick a punto estuvo de responderle, pero algo tras él soltó un bramido grueso y explosivo. Al principio creyó que había sido un trueno excepcionalmente ensordecedor, o una explosión, pero había algo en el sonido que le confería vida, una especie de quejido grave. Era un rugido. Vio que Salazar empalidecía, con los ojos como platos, vio que el resto de los policías tenían la mirada clavada en el mismo sitio, algo detrás y por encima de él. Erick dio la vuelta y se quedó helado.

De entre los árboles se vislumbraba una criatura de unos cinco metros de altura, fornida y colosal, tan peluda que costaba distinguirla, los mechones largos y espesos parecían las hojas de un sauce llorón. La boca no era tan grande en proporción a su cuerpo, incluso parecía una boca humana, de labios negros y dientes rojos, como si en vez de baba salivara sangre. La lengua entre negra y roja como el granate asomaba como una víbora. Los ojos amarillos, los mismos que había visto de a momentos en el rostro de Héctor, brillaban en la oscuridad con destellos naranja rojizos.

Aunque Erick estaba seguro que ahora sí iba a morir, estando frente a semejante animal, fuera lo que fuera, este no se movió. Se limitó a seguir gruñendo mientras los miraba a todos con esos ojos plagados de venas, con esas pupilas incandescentes. Se dio cuenta de que la ira recalcitrante que había sentido antes, ese odio aciago e inexplicable no provenía de Héctor, si no de aquella cosa, lo volvía a sentir en ese momento; una frustración y rabia tan inmensa como el océano.

Nadie dijo nada, nadie se movió. El silencio se extendió por unos segundos de tensión. Finalmente, la bestia emitió un gruñido final, una especie de mugido gutural y cavernoso provocando que la baba roja se le saliera entre la fila irregular de dientes acolmillados. La sustancia cayó al suelo en un

charco grumoso y el monstruo retrocedió hacia el bosque y se desvaneció en la oscuridad.

Consternados, probablemente más asustados de lo que nunca habían estado en sus vidas, los policías tardaron unos segundos en reaccionar. Miraron a Erick y uno de ellos, una mujer pálida con el cabello recogido en un moño, fue la primera que se le acercó para auxiliarlo. Erick empezó a ser más consciente de sus heridas y comenzó a resollar por el lacerante dolor de los cortes, sobretodo el de la pantorrilla. Escuchó que llamaban a una ambulancia y vio como algunos se asomaban con cautela, arma en mano, hacia el bosque. Se percató de que Salazar aún no se había movido de su sitio, continuaba mirando el lugar donde segundos antes había estado el gigantesco demonio. Recordó entonces lo que le había dicho aquel día en la comisaría, que daría cualquier cosa por descubrir la verdad de Sáncrito.

Epílogo

Los siguientes días en Sáncrio posteriores al atentado de Héctor fueron un desastre. Luego de que la difunta Úrsula Marín llamase a las autoridades para que acudiesen al edificio residencial Camino Real, en el sector Las Calles, Héctor Carver, ahora identificado como Henry Camacaro, llegó al sitio por el estacionamiento, asesinó a puñaladas al vigilante y abrió fuego con un fusil Taurus T4 contra los oficiales, matando a dos de ellos, a la recepcionista y a dos residentes. El informe oficial de la policía especifica que Erick, con heridas por arma blanca, escapó por la calle y cuando estuvo a punto de ser alcanzado por Henry, los operativos de refuerzo, llamados anteriormente por el oficial Eduardo Piñango, quien sobrevivió a la balacera, llegaron en el momento justo para neutralizar al atacante. Erick, junto al policía Piñango (quien había sido herido en un muslo por un disparo del fusil), fue trasladado al hospital Antonio Baraya, donde fue atendido y se recuperó a los cuatro días.

Erick tenía una docena de pestañas abiertas en el navegador. Ya era la tercera vez que leía todas las noticias que había podido encontrar.

En ningún momento se menciona lo ocurrido en la primera avenida de Las Calles. En los periódicos no se habló de demonios ni monstruos, tan sólo del hombre desquiciado que acabó con seis vidas esa noche antes de ser abatido a tiros por la policía. Erick supuso que, aunque no estaba en los informes ni en los medios de comunicación, el evento habría sido ampliamente comentado y relatado por quienes atestiguaron a la cosa del bosque. Cuando aún estaba en Sáncrio y pensaba en eso, el *Mungu* era todo lo que le ofrecía su mente para identificar eso que vio.

Pero entonces salió a la luz la segunda matanza de la noche. Erick avisó a las autoridades sobre lo que había pasado en la casa donde lo tenían secuestrado. Las autoridades no tardaron en encontrarla y se toparon con nueve cadáveres en el sótano de esta. La escena fue descrita tal y como él la recordaba, un

lugar sombrío y mugriento, con el piso embarrado de sangre y un altar lleno de velas negras. Los cuerpos se encontraban con signos de apuñalamiento, cuatro de ellos eran de unos jóvenes de entre quince y dieciséis años. Su versión como testigo y víctima fue tomada como verídica: a menos de una hora del tiroteo en el edificio Camino Real, se intentó llevar a cabo un ritual de índole satanista. Se desconoce a qué religión o creencias exactas se afiliaban los miembros, pero aparte de Erick, habían secuestrado a jóvenes estudiantes con el fin de abusar de ellos y ofrecerlos en sacrificio. Aunque Erick recordaba a mucha más gente (por lo menos seis personas más de las que se encontraron en la escena), se desconoce el paradero de estas personas, al igual que su identidad. Al identificar los cuerpos de los sectarios asesinados, se encontraron con que el anciano que parecía liderar la secta era un acaudalado empresario, dueño de una línea de ferreterías, hombre de familia que asistía recurrentemente a la iglesia y planeaba ingresar a la política. Se sabe incluso que era conocido del alcalde de Sáncrito, Luis Santos, pero el político no ha prestado declaraciones al respecto.

Recordó a la mujer danzando sobre él, bañada en sangre y con los ojos amarillos incandescentes. Había al menos seis mujeres así y ninguna fue encontrada tampoco.

A la tarde del siguiente día de ambos siniestros (que combinados eran ahora conocidos como La Masacre de Sáncrito), se armó una humilde protesta a las puertas de la alcaldía. La gente exigía a gritos, amotinada en grupos que alzaban pancartas, un mejoramiento de las fuerzas armadas disponibles en Sáncrito. Madres, viudos, huérfanos y todo aquel quien había sufrido la desaparición o asesinato de un ser querido, vociferaba por acabar con la inseguridad. El mismo escenario de hacía décadas se repetía. Cuando el grupo de protestantes se dispersó, se sabe que en varios lugares de Sáncrito estaban ocurriendo algunos disturbios.

Una de las imágenes más controversiales que circulaba ahora por la red era la de un hombre con la cara compungida por el llanto, levantando una pancarta que mostraba en una foto a blanco y negro a su mujer e hijo de dos años. Eran los que Héctor había asesinado a tiros.

Erick, en su casa de Caracas, viendo todo desde su computadora, apartó la vista de la imagen. Pero era tarde, sabía que aquello lo perseguiría por siempre, y ahora había visto los rostros de aquellos a quienes les había fallado. Mirando las demás imágenes se encontró con los padres de Sasha entre los protestantes, los reconoció al instante, aquellos señores que lo habían atendido cuando fue a preguntar por el Impala de Héctor. No distinguió bien sus caras, pero supuso que reflejarían tanto dolor como la del padre enviudado. Pensó en Nicole, la chica que se había suicidado frente a él luego de matar a varios sectarios, y se preguntó si su familia también estaría entre la multitud. Cerró el navegador y se puso a recoger sus cosas para el vuelo del siguiente día. Poco antes había recibido la llamada de Andrés, preguntando si ya tenía todo en orden. Él le dijo que sí.

Sáncrito era historia, Caracas era historia. Por fin dejaría todo atrás y comenzaría una nueva vida en un nuevo hogar.

Pero por más que lo intentaba, no lograba convencerse de que habría un nuevo Erick. Pensó en Héctor, escapando de Caracas para iniciar una nueva vida delictiva en Sáncrito, incluso se había cambiado el nombre, pero no dejaba de ser la misma escoria de siempre.

Y al pensar en Héctor, pensó en la criatura del bosque. Él, o eso, había sido el causante de tantas desgracias a lo largo de los años, a lo largo de todo un siglo. La sustancia que le dieron de tomar durante el ritual era su sangre, eso lo sabía como repentinamente había sabido el pasado de Héctor. Era un saber inexplicable que aparecía sin aviso ni control. La criatura babeaba su propia sangre y obligaba a sus víctimas a consumirla para que sufriesen esa especie de trance en el que experimentaban sensaciones y percepciones extrasensoriales y paranormales. Eso le hizo a Héctor para que entrase en ese estado de enajenación total, de esa forma no sentía nada de lo que le hicieran, las heridas le daban igual, ni el fuego había logrado pararlo. Su cuerpo estaba al borde del colapso, fracturado en docenas de lugares, y aun así seguía matando y matando, como una máquina sin consciencia. De no haber sido por la llegada de Salazar y sus hombres, Héctor, así quemado y retorcido como estaba, lo hubiese matado sin problemas. Y

si no lo hacía él, lo hacía el monstruo que lo esperaba entre los árboles.

Y si el monstruo fue el causante de todas esas muertes ¿Quién era el causante del monstruo?

La respuesta la sabía incluso antes de conocer su existencia. Sabía en sus entrañas que ellos habían tenido algo que ver en todo lo que había estado pasando: Arvo, la extinta empresa de insecticidas. Más que eso, Arvo había sido una corporación sin escrúpulos cuyos altos mandos cometieron un sinfín de crímenes y agravios ambientales.

En las múltiples visiones que tuvo cuando la sangre de la criatura aún se encontraba en su sistema, vio cosas que aunque no sabría explicar, tenía la certeza de que eran una alteración en la naturaleza ocasionada por una contaminación sin precedentes, y con ello, el surgimiento de algo negro, horrible. Por lo que vio en sus visiones, sabía que de alguna forma, la naturaleza tenía consciencia propia, como si se tratase de una entidad gigante que piensa y a la vez no, que vive y a la vez no. Pensó que sería como una especie de consciencia colectiva entre todos los seres vivos del bosque, de los árboles, flores y plantas, de los gusanos, insectos y animales. Siempre había tenido el concepto de “Madre Naturaleza” como algo muy arcaico, impreciso, pero ahora tenía una idea completamente diferente sobre ello.

Arvo saturó el bosque de desechos tóxicos causando el surgimiento de un poder oscuro, de un método de defensa radical y demoniaco. Esta “Madre Naturaleza”, al igual que cuando el cuerpo humano utiliza la fiebre para matar la contaminación, utilizó una cura que terminó siendo peor que la enfermedad, aliándose con una fuerza oscura y desconocida que luego de acabar con Arvo, siguió alimentándose del dolor y la carne de los habitantes de Sántrico, creando (a través de sueños y visiones) su red de fieles que le facilitaban todo. Era un cáncer. Y aunque sabía que había remitido, no estaba seguro de si seguía allá afuera, si estaba dormitando para regresar más tarde o se había mudado a otra localidad, donde la gente aún fuese ignorante de su existencia. Tal vez habría muerto de hambre. Tal vez eso es lo que quiere que crean. Nunca lo

sabría. Tampoco sabía si de alguna forma los brujos habían ayudado al surgimiento de la bestia o fueron producto directo de ella.

Dejó las rebuscadas elucubraciones para el largo vuelo que le esperaba por delante. Ya tendría bastante tiempo para pensar todo lo que podría o no podría haber pasado, pero ahora lo que realmente necesitaba era un descanso.

Soñó con esa noche, Héctor acribillando a tiros el auto donde estaba el niño y su madre. El olor a pólvora que se arremolinaba en el aire, el humo saliendo del fusil, el parabrisas rociado de sangre. Luego el fuego y la escena de Héctor siendo iluminado por este, el cuerpo tan negro como el de una sombra, los ojos amarillentos del demonio de los bosques.

Se despertó, creyendo por un momento que se encontraba de vuelta en Sántrico. No. Habían pasado ya tres meses, Erick vivía ya en otro país, alejado física y emocionalmente de todo el caos que había dejado atrás en la ciudad maldita.

Pero jamás podría realmente dejarla atrás. Sántrico le perseguía a donde sea que fuese. Pensó en Salazar y el resto de policías que estuvieron con él cuando lo que vivía en el bosque hizo acto de presencia. Eventualmente, todos y cada uno de aquellos quienes vieron a la criatura a los ojos, fueron muriendo. Salazar fue, de hecho, el primero. Luego de tan solo dos semanas del incidente, se volcó en su auto por la avenida 17, cayendo por un barranco y perdiendo la vida. El resto tardó de uno a dos meses: sobredosis, suicidio, asesinato con suicidio, accidentes extraños. Erick quedó siendo el único testigo vivo del monstruo de Sántrico. Eso, por supuesto, no lo tranquilizaba.

Se levantó de la cama y encendió la lámpara. Miró el reloj: 3:30 am.

Estuvo un rato pensando en cómo todo había sucedido tan rápido. El primer mes de su llegada se había quedado en casa de Andrés. Luego, cuando empezó a trabajar con él en Amazon, logró ahorrar lo suficiente para alquilar una casa a pocas cuerdas. Fue una oferta imperdible, una casa de dos pisos, un ático y un sótano, algo anticuada y desgastada pero satis-

factoriamente espaciosa. Héctor quería contar con el espacio suficiente para almacenar productos que pudiera vender. Recordó el Almacén de Macri y se imaginó poniéndose igual de gordo que la dueña.

Esbozó una leve sonrisa antes de acostarse de nuevo, pero cuando estuvo a punto de apagar la lámpara, un chirrido distante lo detuvo en seco. Erick volvió a levantarse y aguzó el oído, pero no escuchó más nada. Se acercó a la puerta y bajó las escaleras. La casa estaba en completa oscuridad, sola y en silencio. Todo parecía en orden hasta que se percató de algo. ¿Había dejado la puerta del sótano abierta?

Un escalofrío le recorrió la espina. Intentó contenerse, pero fue inevitable, siempre que se ponía nervioso su mente le traicionaba de la misma manera: pensaba en la tía Lurdes.

Era absurdo. Lurdes era una vieja decrepita. Enorme y lúcida, pero igualmente vieja, encorvada y frágil. Y estaba a cientos de kilómetros de distancia en esa casucha de mal gusto. Era imposible que...

Pero entonces recordó lo último que supo de ella, que había desaparecido de casa poco después de los sucesos en Sáncri-to. Había hablado con su prima por teléfono y le había dicho que la tenía muy preocupada, que hacía tiempo que Lurdes no salía así de casa para viajar como antes.

Hasta entonces, nadie conocía su paradero.

Miró hacia el hueco del sótano. Lurdes era espantosa, pero era un ser humano, no un monstruo. Sin embargo, había escuchado un ruido. Tal vez lo había imaginado. Sí, tenía que haberlo imaginado, era imposible, Lurdes no podía estar allí abajo, cual sapo agazapado mirando a Erick con los ojos acuosos y amarillos desde aquella absoluta oscuridad.

La penumbra del sótano le respondió con silencio.

Era una estupidez. Tenía que crecer, tenía que madurar. Se decidió a bajar al sótano ignorando todas las señales de terror que mostraba su cuerpo.

Iba a bajar, iba a encender la luz y se iba a dar cuenta que Lurdes no estaba esperándolo allí donde nadie podría oírlo gritar. Pero...

¿Y si lo estaba?

Agradecimientos

Primeramente a mis padres, a quienes amo con todo mi ser. Al apoyo incondicional de mis tíos: Tomber, Lucy, Mirvida, Meudy, Franklim. Ustedes, aunque no lo crean, han contribuido indirectamente a la parte creativa y emocional de esta novela.

A mi segunda familia: Ibrahim, Moisés, Oswaldo, Jesús, Gabriel, Andrea, Augusto, Daniela, Oriana y Kevin. Ustedes creyeron en mí y en mis bizarras ocurrencias desde el colegio.

A Amanda, que me ayudó y dio ánimos como sólo sabe hacerlo ella.

A Marian, que me acompañó durante todo el camino, haciéndome reír por cosas de las que no estaba correcto reírse.

A Sora, que me dio fuerza en los mejores y peores momentos. Gracias por tanta fe en mí.

Y, por supuesto, al señor Alvaro, que revisó y corrigió exhaustivamente la novela y confió en mí desde el vamos.

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon el día 22 de mayo de 2021, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1994 en que falleciera el escritor y lingüista Iraset Páez Urdaneta

www.sultanadellago.com